

*Obsequio del autor*

www.flacsoandes.edu.ec

**EUDOFILO ALVAREZ**

# Ocho cartas halladas

~~~~~  
**SEGUNDA EDICION**  
~~~~~



**QUITO**

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

**1906**



## Cómo di con estas cartas

---

**E**L 1.º de Julio de 1900 murió en París don Rafael Portilla, tan amigo de Montalvo y protector nuestro. El 1.º de Julio de 1901 nos hallábamnos en Guayaquil, y habiendo pensado en la mejor manera de hourar la memoria de nuestro amigo, nos eucaminámos al cerro de Santa Ana, con ánimo de visitar en el cementerio las cenizas del autor de los Siete Tratados, y dejarle, como le dejamos, siquiera una tarjeta de recuerdo. Una vez allí, no sabiendo de fijo á qué parte dirigirnos para dar con la deseada sepultura, buscámos con los ojos á alguien que indicarnos pudiera, cuando la suerte quiso que alcanzáramos á ver á lo lejos un anciano de luenga barba y aspecto venerable, que

taciturno miraba al suelo: era un padre que contemplaba la fosa de su hijo recién muerto. Respetámos su actitud y nos pusimos á leer las inscripciones de los sepulcros.

Cuando se retiraba, nos acercámos á él, y con el sombrero en la mano, le pedimos fuera servido decirnos dónde estaba por allí la sepultura de Montalvo. Tan cortés anduvo el caballero, que se ofreció á ir á mostrárnosla en persona. Entre tanto ni él ni nosotros pudimos disimular el deseo de saber con quién tratábamos, deseo que no fue difícil de satisfacer, dada la simpatía de que mutuamente nos sentimos animados. Bien pronto supo él quién nosotros éramos, de dónde veníamos y á dónde pasábamos; así como á nuestra vez, supimos de él que era el huérfano de un simpático español, venido en el primer tercio del pasado siglo á establecerse en Guayaquil, donde casó con una ecuatoriana, del cual matrimonio resultó él con su hermano gemelo que ya era muerto. Llamábase don Carlos su padre, hombre, á lo que nos dijo, de clara inteligencia y noble corazón, cuyas inéditas escrituras desgraciadamente por la mayor parte había perdido y sólo le quedaba una muy pequeña, que le había sido imposible

dar á la estampa, por carecer de medios pecuniarios.

A la noche estábamos muy de amigos, y al otro día más: de suerte que entre tantas cosas que de España nos contaba, tuvo ocasión de hablarnos acerca de unas cartas dirigidas á su padre desde uno de los Ooluisas de Latacunga por un tal Alfredo de Granada; cartas que revelaban sus desdichados amores con una Ernestina de Toledo.

Contónos además acerca de ellos algunos pormenores, por los cuales, atando cabos, vinimos en conocimiento de una pequeña parte de su historia.

Y en prueba de la grande afición que nos había tomado el anciano, obsequiñonos con tres de dichas cartas, quedando en mandarnos las restantes por correo, tan pronto como pudieran ser habidas, pues que estaban mezcladas con otros de sus papeles. Pero ni él llegó á mandárnoslas ni nosotros le hicimos memoria de su ofrecimiento, sinó es en esta ocasión en que, correos van correos vienen, hemos logrado nos remitiera á lo menos cinco más de dichos documentos.

Estas son pues las ocho cartas que hemos resuelto dar á luz, en obsequio de la memoria de aquellos extranjeros, que vinieron á

regar nuestro suelo con sus lágrimas. Aunque suponemos que acaso al lector le sucederá también lo que á nosotros: sentir en el alma vernos á ciegas, precisamente en los trances en que más la curiosidad se aviva y más luz se requiere; pues ocho cartas no más no pueden nunca darnos á conocer toda la historia de largos años de tan infortunados amantes.



## Ocho cartas halladas

---

Lástima y grande es, volvemos á decirlo, que por mucho empeño que hemos puesto, no hayamos dado con todas las cartas del infortunado granadino, y así nos veamos privados de seguir sin interrupción el hilo de su desventurada historia.

Del sentido de las cartas y de lo que hemos podido averiguar, se infiere que Alfredo nació en Granada y Ernestina en Toledo. Los padres de la joven eran un tal don Francisco, honrado y devoto comerciante, que contaba con una menos que mediana fortuna, y doña Manuela, que aunque procedía de la nobleza de Inglaterra, no le habían quedado más miembros de familia que una anciana tía y

un primo que moraba en Londres con nombre de Lord Hámilton: persona esta última pacífica y casi inalterable, que gozaba de pingües rentas y frisaba con sus cincuenta muy largos de talle; amante de la ciencia y los viajes, que llegó á ser una suerte de oráculo para don Francisco, á quien su riqueza y su nobleza le deslumbraban de manera, que le hubiera sido imposible contrariar la voluntad de su *gran* primo, como solía llamarle.

El viaje de Humboldt al continente americano y la relación que de los Andes hiciera el futuro autor de "Cosmos", tanto interesó á lord Hámilton, que concibió el propósito de correr la América.

Ernestina era una niña del Tajo por su beldad: gracias á ella, hízose en Toledo muy popular su nombre. ¿Cómo se llama su niña? Ernestina, respondía en esa época la madre con orgullo. Como en Quito una Genoveva Arteta, una Eloisa Bustamante, el nombre de Ernestina pasó en Toledo de lengua en lengua á través de las generaciones. Toledo no ha vuelto á producir belleza igual decían las ancianas, y las hijas, que absorbas escuchaban tantos extremos de admiración, sentían en el alma no haber vivido entonces para haberla conocido.

De esta muchacha se enamoró desde muy temprano lord Hámilton.

El día que lo notó don Francisco, quedóse maravillado, y tal fue su alborozo, que en poco estuvo que no perdiese el juicio, porque, aunque es verdad que iba mucho á las iglesias, con todo, hubiera dado el alma al mismo diablo por tener fortuna: ese día vio entreabrírsele el paraíso. — ¡Mi hija, esposa de lord Hámilton! y se frotaba las manos fuera de sí de gozo. De pronto se ponía serio y retrocedía cual si un abismo se le abriera á sus pies. El temor que no se realizara su dorado sueño lo hacía ver espectros. — Lord Hámilton, lord... millonario... Inglaterra que es una tentación para el noble lord; Inglaterra, que produce, las más feas pero también las más lindas mujeres de Europa: imposible... ¡Pobre Toledo! tan grande en otros tiempos, y ahora tan pequeña, que es un grano de arena en el continente europeo, y más al pensar en la Gran Bretaña...” Salía de noche á su jardín, miraba al cielo, y se figuraba ver en una de esas estrellas á lord Hámilton, imposible de alcanzar, y suspiraba puestos sus desconsolados ojos en el firmamento. Pero ¡quién sabe! cosas hay que parecen imposibles,



*decía*

que cuando menos uno piensa se convierten en realidades. Lord Hámilton la quiere para sí, ~~lece~~ y renacía en su pecho la esperanza.

Éstas y otras cosas pasaban en la mente de don Francisco, cuando lord Hámilton determinó viajar por América de incógnito, llevando consigo á don Francisco, su mujer ó hija.

No será fuera de propósito decir que lord Hámilton y Ernestina eran dos caracteres tan contrarios como dos polos: ella, toda corazón, él, todo cabeza; ella, apasionada, vehemente, él tan tibio, que sus mismos amorfos semejaban á esas lámparas mortecinas que arden ante el Santísimo en las iglesias católicas: él no hubiera sacrificado nunca el conocimiento de una verdad científica á las exigencias y caprichos del amor: días hubo que se olvidó de su Ernestina, pero ni uno solo en que no rindiese culto á la ciencia. Hay más, veía en ella ciertas cosas que no dejaban de chocarle: por ejemplo, hubiera querido que renunciase al baile, á que era tan decidida: había vivido algunos años en Valencia y Aragón, y aprendido allí la Jota con tanto primor y gracia, que ponía asombro en el pecho de la misma zaragozana. En el tañer la guitarra, un prodigio, en el cantar, una sirena. La ale-

gría de la casa, todo estaba triste donde ella faltaba, todo sonreía á su presencia: sus primos gustaban de venir á pasar horas enteras en su compañía, porque su inventiva, sus donaires, sus graciosas mentiras la volvían interesante, cosa de ser el ídolo de toda la familia, el centro de atracción de todos sus parientes. Lord Hámilton veía en estas humoradas de su sobrina un dejo de desenvoltura, que algún tanto empañaba su pureza virginal y su inocencia, y se admiraba de verse á pesar de todo atraído hacia ella, él tan serio y tan grave, que tan indiferente se había mostrado con las lindas hijas de Albión. Mas en realidad de verdad, la supuesta desenvoltura de la joven no era sino la espontánea é inocente manifestación de su genio: su alma febril necesitaba expansión y la tenía, en tanto que se hallaba con los más íntimos de su casa, cuando nadie era más circunspecta en presencia de otras gentes. Su inteligencia superior, sus elevados sentimientos, su sensibilidad exquisita, de ninguna manera la alejaron de los quehaceres domésticos: gustaba del baile, pero también aplanchaba é iba á la cocina á preparar en persona los más delicados manjares para la mesa; y la repostería estaba siempre á su cuidado:

hacía sus vestidos tan sencillos como elegantes, tan bien y mejor que una modista, siendo á la vez costurera de su padre. Ocasiones había que cubierta la cabeza con su chal á modo de turbante, la veían, escoba en mano, barriendo un cuarto, un corredor, ó con plumero quitando el polvo á los muebles.

Lo que más interesante la volvía á los ojos de lord Hámilton era ver cómo Ernestina, no obstante ese carácter inquieto é independiente, se mostraba sumisa en un todo á su padre, y que don Francisco era en su casa algo más que el jefe de la familia, un soberano absoluto, cuya despótica voluntad era acatada y ciegamente obedecida por su mujer é hija: mas no por eso hemos de echar en olvido la plausible costumbre que él tenía de levantarse con las estrellas diariamente á rezar el rosario matutino al frente de su familia y servidumbre.

Escribió pues lord Hámilton á don Francisco, invitando á los tres á un viaje á la América del Sur, cosa que al punto fue aceptada por su pariente político, quien resolvió poner un sustituto muy de su confianza á la cabeza de sus negocios: arreglóse todo tan presto y bien que á los pocos días estuvo lord Hámilton en Toledo.

Ignoramos si en ese entonces había nacido ya el Cisne de Valladolid, Zorrilla, el más inspirado vate de Granada, como Byron lo fue de Venecia; pero en cambio había leído el lord á Hurtado de Mendoza, quien le hizo concebir el propósito de visitar un día la antigua capital del reino arábigo, y ésta le pareció ocasión muy oportuna para cumplir como cumplió con su deseo.

Vivía á la sazón en las goteras de la mentada ciudad morisca un joven pobre, descendiente por el lado materno de uno de los antiguos califas expulsados de España, ó hijo bastardo de un noble de Granada, que vivía disfrutando de vida regalona en el Salón del Prado en Madrid, frente al Jardín del Buen Retiro, y cazando en los montes del Pardo ciervos y jabalíes. Había crecido el joven en medio de la mayor miseria y experimentado desde muy temprana edad muchos de los sinsabores de la vida. Mas no fue esto un obstáculo para satisfacer esa sed de verdad que tanto le devoraba. Jamás su padre se había acordado de él; con todo, un día que á Granada vino le mandó llamar. Tenía el anciano en Barcelona una fábrica de hilados y tejidos, de la cual se había embarcado recientemente para Marsella uno de los

empleados, con nombre supuesto, hurtando á su señor buena suma de dinero. Era preciso, pues, que ocupase su puesto uno que de su entera confianza fuese, que no siguiera las huellas del primero, y pensó en su hijo, de quien había tenido siempre buenos informes. Trasladóse, como hemos dicho, á Granada, y le mandó llamar. Estaba ese rato fuera de casa. Como su madre yacía en cama cosa de veinte días con graves dolencias, y se les había agotado sus escasos recursos en médico y botica; el pobre joven tenía arranques de despecho: idolatraba en su madre y no podía sufrir verla de tal manera postrada. Su escasa librería era para él la niña de sus ojos: cada libro un tesoro. Qué hacer? pues tomó una de sus obras, la más costosa, pero también la predilecta suya, la Enciclopedia francesa, que dos años antes había comprado á costa de grandes sacrificios, y se fue á una librería de viejo, de donde volvió, en cambio de la obra, con un buen puñado de pesetas.

—Tu padre ha venido de Madrid, le dijo la enferma al verle entrar: acaba de irse un mozo preguntando por tí, que ha venido de su parte á decir que quiere verte, y que te aguarda en casa. El joven nada respondió: fué desde

luego á volver á la botica, curó á su madre según las prescripciones del médico, llamó á una viejecita, única criada que tenían, la ordenó que no se apartara de la enferma, y se fue para su padre. No pudo penetrar hasta él sin sufrir antes un buen espacio de antesala. Desde luego su padre trató de descubrir qué clase de sujeto era su hijo, y le dirigió preguntas encaminadas al efecto. Si es apto para los negocios, si de contabilidad se le entiende, podrá llevar el Libro de Caja, decía para sí: con lo cual esperaba economizar unas tantas pesetas al mes, puesto que á él no le pagaría más que la mitad de la renta que pagaba al primero, ya que su hijo debía con eso darse por bien pagado, haciéndole como le hacía la alta honra de recibirlo á su servicio. Mas resulta que su hijo echó á hablar en cosas diametralmente opuestas al cálculo: contóle los triunfos que como estudiante había alcanzado; le habló sobre literatura, sobre historia y bellas artes; manifestóle que el deseo de viajar era el mayor aguijón que en su pecho tenía.

—¡Ya me imagino, exclamaba entusiasmado, recorrer la Europa artística, visitando sus museos y sus maravillosos monumentos! Habló con acierto de la bella Italia: de Roma y de Florencia, de Pesto

y de Pompeya; recordó las ruinas de Grecia, de Egipto y de Sicilia; igualmente que las tres grandes naciones que en la ópera habían aventajado á todas las demás; la Italia, la Francia y la Alemania. En una palabra quiso que su padre comprendiese que la mayor ambición de su hijo era llegar á beber de las fuentes mismas de lo bello encarnado en el Arte en sus múltiples manifestaciones, desde la clásica antigüedad hasta la edad moderna. ¡Arquitectura, Escultura, Pintura, Música, Poesía! Desgraciadamente su padre no comprendió nada, pues le pareció cosa odiosa y detestable lo que de escuchar acababa, y todas sus esperanzas se desvanecieron como el humo:—¡Un mozalvete á quien le quiero sacar de la oscuridad en que yace, un pobre diablo, un cerdo con pretensiones de águila! La verdad es que hoy en día ésta es la gente más altanera. Así decía para sus adentros en tanto que su hijo hablaba, aunque supo eso sí encubrir su enojo: de suerte que sin descubrirle el pensamiento que abrigaba, apresuróse á despacharle de su casa, como lo hizo, con ánimo secreto de no tornar á verlo. Y en momentos que abrió la puerta para despedirle, hizo á sus espaldas un gesto de desprecio, y con ira y asco le miraba en tanto

que por la escalera bajaba, por donde nunca más volvería. El joven nada comprendió. Como nunca le daba nada, no extrañó que esta vez se portase como siempre.

Salido que hubo á la calle el joven, llamó el viejo á sus lacayos, en especial al portero, y de un modo terminante les ordenó que si alguna vez volvía el impertinente que acababa de salir, le diesen con las puertas en la cara.

Hecho lo cual cerró su puerta, echó una carcajada, escupió, y encajando una mano en la otra cosa de formar un apretado puño delante del pecho, la cabeza medio inclinada hacia el hombro izquierdo, púsose á pasear aceleradamente del un extremo al otro de la sala hablando consigo propio. — Mire usted, decía, qué insolencia, á qué tiempo hemos llegado. ¡Tan pobre y tan presuntuoso! Pues que se coma su literatura, que se vista con sus viajes. Miserable! pobre de centavo y soñando con quimeras. Es una desgracia haber engendrado á un baragán sin sesos: feliz mi vecino, cuyo hijo acaba de comprar un palacio en Madrid, y es gran capitalista y gerente del primer Banco de Barcelona: qué contraste con este idiota, que más y más se embrutece, que se vuelve una piedra, que no sirve para nada, que pierde el





tiempo en lo que suele todo holgazán, en leer poesías, en leer quimeras y mentiras, que mentira y no otra cosa es la poesía. ¡Degradado! que no haga nada por salir de la pobreza! no comprender el simple que la pobreza envilece!

En eso estaba de sus razonamientos cuando llamaron á la puerta.

—Quién va allá?

—El hijo del señor Mendoza quiere hablar con vuestra merced, dijo el paje.

—Déjale entrar.

Dicho joven le entregó una carta, que leyó en poniéndose los anteojos. Acabada la lectura, con semblante risueño dijo: "Diga Ud. á mi amigo y camarada que es un gran bribón, que pierde gordas sumas en el juego y que esta noche estará en su casa á hacerle que se desquite. Allá va por lo pronto esta puequeña suma." Sacó de una gaveta un billete de Banco, lo puso dentro de un sobre y se lo entregó al mensajero.

A la noche se supo que había perdido en casa de su amigo muchos cientos de fuertes en el juego.

Volviendo á nuestro joven, diremos que como ignoraba que su padre le había expulsado, volvió á él tres días después; mas los criados lo salieron al encuentro, y

rodeándole, todos á una y con fízga le dijeron:

—Señor Fulano, vuestro señor padre no tiene tiempo para recibir á vuestra señoría.

Cuando estaba en la calle oyó las risotadas de los mozos. Esto le indignó, y concibió el designio de dar cuenta de ello á su padre. Transcurridos ocho días, supo que ya estaba en vísperas de regresar á Madrid, de donde no solía venir á Granada sino muy de tarde en tarde. Fuése pues á despedirse de él, pero esta vez, cuando los criados le cerraron las puertas con estrépito, echó de ver que su padre, medio oculto detrás de una ventana de un corredor alto, lo observaba todo. ¡Ese momento anocheció para él, y las tinieblas penetraron hasta su espíritu . . . ! Comprendió el misterio y se retiró á su casa triste y cabizbajo.

Nada de lo ocurrido contó á su madre, de temor que se le agravara la enfermedad, limitándose á curarla con mayor ternura que antes; pero en vano, porque al cabo de una hora la vio empeorada mantenerse los ojos fijos en un solo punto. Sentóse el joven junto á ella. A lo cual esforzándose la enferma algún tanto y cogiéndole la mano le habló de esta manera:—¡Hijo de mis entrañas! ojalá que tu padre, viéndote huér-

fano te recoja: no hay cosa más triste para una madre que morir pobre. ¡Y ser yo quien te ha dado tan mísera existencia, é irme sin poderlo remediar! Dijo, y voló su alma á regiones más venturosas que la nuestra.

Tres años fueron corridos desde aquel malhadado día, cuando lord Hámilton vino á Granada, á principios de diciembre.

A la vuelta de una semana del arribo del inglés, la fama de la bella joven se había extendido por toda la ciudad. "Toledana" aquí, "Toledana" allí, la Toledana era el asunto de la conversación del día en todos los salones. Y aunque había muchas otrastoledanas en Granada, con todo, ya nadie entendía por tal sino la sin par Ernestina. Alfredo, que meses antes había obtenido del conservador de la Alhambra un puesto en su Dirección, vivía en las riberas del río, no muy lejos de la confluencia del Dauro con el Genil. De suerte que tenía diariamente que atravesar la ciudad para subir al alcázar, que sobre altísima y escarpada colina se levanta. Y en estas idas y venidas tuvo ocasión de ver hasta en las calles la admiración con que las gentes hablaban de la recién venida hermosura.

El joven doncel tenía un flaco: ser demasiado exigente con las

mujeres; les pedía mucho. En todas descubría algún lunar, todas le parecían frívolas y vanas, y las miraba con desdén: habíase formado en su cabeza un dechado de beldad femenil, y se burlaba de las falsas beldades de Granada. Muchas veces, solía decir, la fama de hermosas proviene sólo de que las tales son ricas y nobles: monopolios injustos de familias pudientes en menoscabo de la verdadera hermosura, cuyos derechos son desconocidos, sólo porque yace vestida de harapos en las bajas esferas sociales. En mi vida sólo á una mujer he amado, á mi madre, repetía con frecuencia, y se jactaba de ser invulnerable y fuerte. Era frío é indiferente con el sexo hermoso: las mujeres no le querían.

Acostumbrado estaba, pues, á oír á sangre fría esas ponderaciones acerca de la belleza de tal ó cual mujer. Con todo, era la fama de la toledana tan universal y extraordinaria que le picó la curiosidad: quería verla, más no era hombre que podía rebajarse hasta buscarla. Su orgullo acerca de la mujer no tenía límites, y dejó correr los días.

Alfredo era uno como ciervo en los bosques de Granada: más que en la ciudad gustaba de pasar las horas por las laderas, los cerros y los ríos. Granada era para él «una

ruina viviente», de donde todo había desaparecido con los Arabes. El nunca decía «los moros», sino «mis abuelos», y cuanto sus abuelos recordaba solía mirar con ternura infinita. Con harta frecuencia subía al Generalife, al pie del cerro del Sol de donde se domina la Alhambra. Generalife es la antigua residencia de estío de los reyes moros: de su palacio apenas si se conserva en pie una pequeña parte, que lo demás se ha convertido en ruinas. Los jardines del Generalife eran para él un verdadero encanto: sus terrados, sus altos y fantásticos surtidores de agua y sus grutas le hacían mucho bien. Y no era raro verle paseándose por bajo esas frescas bóvedas de cipreses, cuando no subía por una escalera morisca, llamada el Camino de las Cascadas, á lo alto del Jardín, á contemplar desde el Mirador la Alhambra, el valle del Dauro y la pintoresca ciudad. Hállase en dichos jardines un ciprés de unos seis siglos de edad, llamado *el Ciprés de la Sultana*.

Al pie de aquel árbol concurrían furtivamente en otros tiempos, en altas horas de la noche, atravesando cien peligros, dos febriles amantes: la esposa del abdallah Boabdil y el Abencerraje Hamet. Allí pasaba Alfredo horas enteras,

sentado al pie de ese ciprés, leyendo algo relativo á guerras, conquistas ó aventuras de los Sarracenos, cuando no trepaba la montaña hasta la Silla del Moro, cumbre en que antiguamente se alzaba una mezquita, que ha desaparecido. De cuando en cuando tendía la vista allende el Dauro, á las peñas cubiertas de nopal, coronado de encarnadas flores, donde las gitanas vestidas de iris, ceñidas las cienes con guirnaldas y animadas con grandes corros de muchachos y extranjeros, cantaban y danzaban delante de sus cuevas al són de guitarras, castañuelas y panderos encintados.

No solamente los gitanos le atraían hacia Albaicén: con frecuencia subía también al Sacro Monte, que mira para abajo la Silla del Moro, á través de un abismo por cuyas profundidades corre el Dauro sobre su lecho de oro. En el Sacro Monte hay un laberinto de subterráneos denominados *Santas Cuevas*. Para Alfredo ningún rincón de este dedalo era desconocido. Diríase el hijo del abismo, y que en la tierra las cavernas eran su morada propia. De hecho Alfredo era luraño y taciturno, aunque amable y culto en su trato con las gentes. Al juzgarle todos se engañaban: frío en la apariencia,

nadie era testigo de esas tempestades de su alma, de esa aspiración sin límites á lo grande y noble, de ese fuego que en su pecho abrigaba. Descontento de la sociedad granadina, solía visitar poco: casi siempre se le veía solo, debido en parte á su orgullo; rara vez en la ciudad, lo más en los campos. Las gentes le llamaban «El Animal montés».

Una noche se lo vio contemplando la ciudad desde lo alto de una roca, la mano en la mejilla. Estaban oscuros los valles, los bosques los barrancos: las altas torres parecían fantasmas, y sólo fracciones del río y las blancas fachadas de algunos edificios que de lleno recibían la luz de la luna, resplandecían. Rebosaban en su alma los recuerdos: la hora, el silencio de la tierra tanto le conmovieron, que de pronto exclamó:

— ¡Oh nobles sarracenos, dignos sucesores de Mahoma! decidme ¿quién como vosotros ha tenido un alma tan sensible? ¿quién ha apurado con mayor avidez el néctar de la vida; quién como vosotros se ha estremecido al escuchar en la naturaleza los acentos mágicos de su divina poesía? Cuando recorro tus contornos, oh Granada, á menudo suspendo el paso, á escuchar el gemido del viento en las copas de los árboles,

porque me figuro oír en esos gemidos los lamentos de mis abuelos. ¡Oh vosotros los vates que como el águila podéis alzar el vuelo á las altas regiones, benditos seáis! Mi pensamiento penetra en el seno de los tiempos, y mi corazón late á la evocación de mil recuerdos. El moro que viene por aquí llora á la vista de tanta pasada grandeza: sólo yo le comprendo, cuando miro desgastado este acrópolis sacrosanto, apogeo de su genio; cuando contemplo estas torres y estos muros, que en mudo silencio va derribando el tiempo . . . . . Oh Granada! tu pasado glorioso nunca más volverá. Oh hermosa Alhambra! ojalá los siglos te respeten, ojalá que la poesía no huya jamás de tus bosques sagrados, y que el Dauro y el Genil sean tus eternos centinelas!

Si Alfredo hubiera salido á la calle la mañana del dos de enero, habría conocido á Ernestina. El 2 de Enero es la gran fiesta de Granada, el aniversario de la toma de la ciudad por los Reyes católicos Fernando é Isabel, en que corren las grandes aguas del Alhambra. Solemne procesión recorrió á las diez de la mañana la Capilla Real, la Catedral y la casa del Ayuntamiento. A las tres de la tarde las jóvenes de Granada y de la Vega subieron á una alta torre



sita en la colina de la Alhambra, á echar á vuelo la famosa campana de la Vela, en conmemoración de aquel grande acontecimiento de 1492, en que el 2 de Enero, á las tres de la tarde, los tres pendones de los Reyes católicos tremolaron por vez primera en dicha torre. Las hijas de Granada tenían creído que con este acto de patriótica manifestación, llegaban á rendir el pecho del novio apetecido. Es la fiesta por excelencia, el día del triunfo de la Religión y de la Patria y de las reconciliaciones de todas las familias: todos los odios se borran, si no es el odio á los Moros; todos los corazones laten unísonos y todos los ojos brillan de júbilo: por donde quiera corros de gente cantan, bailan, chacotean. La ciudad está ebria, el placer anda á caballo.

Lord Hámilton, participando del buen humor general, salió por la mañana con su familia á ver la procesión, y salió por la tarde á la Alhambra á ver el destilo de las mozas. La presencia de la Toledana, vestida aquel día de color celeste, fue como la aparición de un ángel en Granada, y un cataclismo para las boldades del lugar: ella eclipsó toda hermosura, y los jóvenes que dirigían sus amorosos requiebros á las bellezas que iban y venían á la Torre

de la Vela, les volvieron las espaldas y se olvidaron de ellas. cuando vieron aparecer por entre los árboles de la Alameda esa maravilla de la creación. Lo que más cautivaba en esa angélica criatura era ver cómo á pesar de sus triunfos no era nada vanidosa: iba conversando con su padre, con su madre con la alegría de la niñez y el candor de la inocencia. Llegaba al extremo la muchacha de ruborizarse cuando la contemplaban.

Su fama de hermosa en Granada subía de punto día á día con los comentarios que acerca de ella comenzaron á hacer las gentes: decían que lord Hámilton era noble de Inglaterra y millonario. Lord Hámilton, persona grave y circunspecta, no era de los que cuentan sus secretos á nadie ni enamoran á la faz del mundo. Con todo, por aquello de "las paredes oyen" todos sabían que él era tío de Ernestina, á la vez que su novio; y era para ellos un hecho bien averiguado que el inglés se había declarado tal y había sido muy bien aceptado por la joven y sus padres. Detalles que ella ignoraba, pero que llegaron á oídos de Alfredo, quien como hemos dicho, no salió el 2 de Enero, que pasó triste ese día. La mañana tejió coronas de inmortales, y á la tar-



de se fue al cementerio á colocarlas sobre la tumba de su madre.

Ya se sabe que la Alhambra está sobre el alto promontorio de la *colina roja*: cuando uno desde su cumbre mira á Granada, tiene á su izquierda el hondo Valle de la Assabica, cubierto de un bosque de olmos, y á su derecha el Dauro que rodea gran parte del promontorio, antes de cruzar la ciudad y rendir tributo al poderoso Genil. No se le ve, se le oye al río, y hasta el rumor es vago y lejano: tal es la profundidad del cauce: espeso bosque cubre sus despeñaderos.

Un día, no sabemos si el cuatro ó cinco de enero, atronadora tempestad se desencadenó en las alturas. Un torrente cubierto de amarillenta espuma bajaba hirviendo y atascándose en ese estrecho cauce. Aun no escampaba en las cumbres, cuando ya el sol sonreía alegremente sobre Granada. Un concierto de ruiseñores, salido del bosque sacro, henchía el aire con su armonía. Era casi la hora del crepúsculo, y el astro de la tarde, con su disco enorme y sanguíneo, entre inflamadas nubes, rodaba al abismo en su carro de fuego, y los vapores de la tierra, sutiles y transparentes como las vestiduras de las hadas, se levantaban de los valles.

Alfredo, amante como era de estos espectáculos, había bajado al río á ver cómo esas rugientes ondas arrastraban troncos en su superficie y grandes piedras en su fondo, que cual truenos retumbaban. Quiso pasar á la orilla opuesta, mas el puente había sido arrastrado por el aluvión, y hubo de volver á la Alhambra por las mismas breñas del Monte de la Assabica por donde había bajado. Eso no era en verdad un contra-tiempo para Alfredo, que ya hemos dicho que era un gamo en el trepar escarpaduras. Cuando él subía así sirviéndose de pies y manos por las rocas, una célica aparición presentóse de improvviso ante sus ojos: era una joven alta, vestida de lila, que de pies sobre un peñasco miraba al abismo, en derecho en que el Dauro formaba un horrendo remolino. Los rayos horizontales del astro moribundo le daban al rostro, aumentando así el encanto de su persona. Alfredo, que estaba asido de una rama, quedóse confuso y absorto al ver aquella angelical imagen digna de adoración. Reparó en él la joven, y no fue menor su asombro al ver aquel gentil mancebo en esa actitud contemplativa. En eso, obedeciendo una voz que la llamara, dirigióse al centro del patio de los Aljibes, donde se la vio des-

aparecer por los pies entre los matorrales, como si la tierra la tragara. Cuando Alfredo subió al patio, ya la joven había desaparecido, y sólo llegó á sus oídos el murmurio de la brisa en las ramas.

—¿Es una dríada de aquestos árboles? pensó el joven admirado. Subyugado su ánimo por tan fascinadora aparición, encaminóse como un sonámbulo á la Alhambra al patio de los Arrayanes, donde á nadie encontró.—¿Es una ninfa de estas aguas en cuyo seno se ha sumergido? decía para sí el mancebo mirando al estanque. Y dióse luego á andar por aquel fantástico alcázar en su busca: subía y bajaba escaleras y altas torres; recorría sombríos subterráneos, largos y estrechos pasadizos . . . Subió á la torre de Comares; pasó por algunas salas, la de la Barca, la de las dos Hermanas, la otra de los Ajimeces, por el Mirador de Daraxa, hoy Lindaraja. Ya no era la sultana quien su pensamiento ocupaba en ese maravilloso dédalo: ya no eran esos encantos moriscos, esos recuerdos mágicos los que le preocupaban. Esa aparición . . . esa aparición . . . era el todo para él.—¿Qué enchicheo se oye en el jardín de Daraxa. Asoma la cabeza, busca con la vista por entre los naranjos.—Nada, no es otra cosa que el murmurio del

agua de la fuente. En la torre del Tocador de la Reina saca la cabeza por la ventana, y no ve más que un despeñadero, en cuyo fondo ruga el río. Tan fuera de sí estaba que hacía ciertas cosas de un modo maquinal. Pasó á las ruinas de la real capilla funeraria; descendió á los subterráneos, al cuarto de las Camas, al de los Baños, al otro de las Ninfas. Como no vio nada, tornó á subir las escaleras. Ya no le quedaba más que el harén, esto es el patio de la fuente de los Leones, y algunas salas de sus contornos.

Quizá en estos aposentos de estalactita, mitad baños, mitad grutas aparece su ninfa fugitiva, que como tal se figuraba su poética imaginación.

Entró á la sala de los Abencerrajes, pasó por las demás grutas, tan fantásticas como aquella, todo en balde: todo él mohino y desalentado salió al patio y sentóse sobre el borde del corredor, al pie de un templete, á ver saltar el agua de la gran fuente central, cuya forma le recordaba el Mar del templo de Salomón. Antes de ahora se había complacido, al ver aquella fuente, en traducir los caracteres africanos, grabados en la taza que apoya sobre los lomos de los leones: "Bendito sea el que concedió al Imán Mohámmad

mansiones deleitosas, que son por su belleza la gala de las mansiones . . . Confúndese á nuestros ojos el agua con el mármol, y no sabemos cuál de los dos es el que se desliza: . . . ¿Y qué es en verdad sino una nube que derrama sobre los leones sus corrientes, como un amante cuyos párpados están benchidos de lágrimas, que oculta por miedo de un delador?

Esto y más leía en la dicha taza cuando su ánimo estaba tranquilo, pero ahora? . . . más que mirando á la fuente parecía estar soñando. Las nueve del patio corrían aquella tarde sus aguas frescas y cristalinas, y el rumor de la del centro era tal, que en todas las cavidades del alcázar resonaba.

Los altos surtidores volvían á caer en forma de abundante lluvia.

El sol había entrado, y tomado el palacio un aspecto sombrío y desierto como de ruina abandonada, cuando de pronto advierte á través de la nubecilla de agua en un fantasma de color de lila, que pasa por entre las columnas del templete del fondo. Cual si eléctrica corriente le moviera, levántase y vase en seguimiento del fantasma; pero al llegar al bosque de columnas oyó voces que venían, y no tuvo más tiempo que ocultarse tras una puerta, en derecho de la Sala de los Secretos.

Asomó la cabeza y vio un grupo de tres personas, dos hombres maduros y una señora un tanto jamaña, que tomaron la misma dirección que el fantasma, esto es, por la salida del alcázar. Quedóse Alfredo confuso, teniendo como tenía conciencia de haber andado por todos los rincones del edificio, y no haber visto un alma. Ignoraba que cuando él subió al patio de los Aljibes, ella había descendido al subterráneo, donde sus compañeros visitaban la cisterna, y que á poco que entró él en el alcázar, entraron ellos también, tomando su misma dirección; que mientras él lo recorría todo con la mayor diligencia, los otros no se dieron prisa, y así se detuvieron muy tranquilos á gozar de la frescura del jardín de los naranjos y de la soberbia vista de la Torre del Peinador de la Reina sobre el río, el Sacro Monte y la antigua Granada que está en las laderas de Albaicín.

En el Mirador de Daraxa ó casa de Aicha se detuvieron largo rato, mientras la gusa les descifraba algunos versos: "Este es el palacio de cristal: ¡quién lo mire le tendrá por un espejo admirable y por una luna nueva! . . . Se percibe en este sitio de un fresco ambiente el hábito. Saludable es el viento, lánguida la brisa. . . De todo género



de belleza la más culminante lo tomado, cuyo esplendor las estrellas del cielo envidiarían. . . Todas las artes han contribuido á embellecerme con su gala y sus primores. No soy sola; pues se contempla un jardín desde mí, admirable. ¡No vieron los ojos otro semejante! . . . Quién me vea, me juzgará imagen de la voluptuosidad, que solicita de este vaso el amor y los favores”.

Del Tocador de la Reina se volvieron, con ánimo de proseguir al día siguiente la visita, y la casualidad quiso que al salir pasaran por el Patio de los Leones, en momentos en que Alfredo yacía al pie de las columnas. Alfredo salió también del alcázar, cuidando de no perder de vista al grupo, que se dirigió á la Villa de los Mártires, situada en la cumbre del Monte Mauror, en muy superior término respecto de las Torres Bermejas.

Alfredo se olvidó del mundo, de sí mismo, y ni cayó en la cuenta de esta su mudanza: apenas si sus oídos escuchaban el coro de los ruiseñores en los follajes. Púsose á vagar por el bosque como un autómatas, embargado su ánimo por el enagenamiento más profundo. Su alucinación le hacía ver en su interior mundos imaginarios, mil confusas quimeras, cuyos con-

tornos no alcanzaba á delinear. Cansado de vagar, dejóse caer pesadamente al pie de la torre de la Cautiva, donde se quedó adormecido. Quando abrió los ojos oyó que cantaban, pero tan distante, que á pesar de lo argentino de la voz, con mayor claridad que el canto llegaba á sus oídos el susurro del viento en las ramas vecinas. La luna estaba hermosa, y sólo el canto lejano y la brisa interrumpían la paz y la serenidad de los cielos. Alfredo no se movió del puesto, temiendo estorbar en lo más mínimo esa voz femenina, ese canto mágico que, venido de la parte de allá del valle, despertaba en su interior inexplicables emociones. Gozaba en lo desconocido de manera tan extraña y tan nueva, que á ser para reflexionar en ese rato, habría comprendido que el hombre duerme gran parte de la vida, y sólo se despierta y comienza una existencia digna de los ángeles el día en que siente en su pecho la misteriosa y divina llama del amor. Que amor y no otra cosa eran, aunque él no lo sabía, esas voces interiores, esa perturbación de la mente, esos horizontes luminosos, esos tenebrosos abismos: lo desconocido, lo insondable, lo maravilloso; ese universo interno en que había de todo,

aunque todo de muy confusa manera . . . Era el caos que abrigaba en su seno: el cielo y el infierno, la risa y el llanto, el arrullo, el rugido, el despecho; esperanzas, ensueños, ilusiones, entusiasmo: todo aquello que es propio de este arcano insondable á que se ha dado el nombre de corazón humano. Alfredo se hallaba en uno de esos momentos psicológicos en que pudiera hallarse un muerto que, vuelto á la vida, comenzara á salir pesadamente de la tumba; con esos ojos medio abiertos medio cerrados todavía, con que va saliendo de la nada y sin saberlo. Preguntadle á dónde viene, y no os sabrá responder: su conciencia está como sus ojos. Decidle que hay mares y montañas en la tierra, un cielo con estrellas, nevadas en las cimas, sombras en los abismos, mariposas y nidos en las ramas, iris en las lluvias, arrebales en las nubes: habladle de todo esto, y nada os comprenderá. En ese estado, como hemos dicho, se hallaba Alfredo. Levantóse en pie, y echó á andar hacia la parte de donde la música venía: en el camino conoció que la voz acompañada de piano, flauta y violín salía de la Villa de los Mártires, y que cantaban aquella parte del Orfeo de Gluck, en que el infortu-

nado amante, en clamorosas quejas, se lamenta de haber perdido para siempre á su Eurídice querida: no acababa de llegar al jardín, cuando calló la voz. Averiguó quién era aquella que de tal modo cantaba:—La Toledana, le respondieron. Esta palabra le hizo estremecer, y todo lo comprendió al punto.—¡Luego aquella vestida de lila que vi en las peñas, no era otra que la Toledana!

Pasó las horas en su lecho batallando: á ratos parecía tomar delirio, esa imagen que había visto le acosaba, y Dios sabe las veces que el nombre de Ernestina repitió aquella noche.

Levantóse al día siguiente con el alba: nunca había visto mañana tan rosada, ni Oriente tan bello, de ópalo, topacio y lapislázuli compuesto, de rosa y amaranto! Representábase en la imaginación como la flor del alba su bella Ernestina; y su nombre tan dulcemente sonaba á sus oídos, que llegó á creer que no había en la tierra otro que lo igualase en belleza, y cuando estaba solo, su gusto era repetir entre dientes, mirando al cielo: Ernestina... Ernestina...

Alegre lo pasó cuando le emplearon, porque ya podía comprar libros y satisfacer las otras necesidades inherentes á nuestra flaca

naturaleza; pero ahora? parecióle su ocupación horrible: vio en el empleo pesadas cadenas que pies y manos le ataban, y suspiró por la libertad: Esto no obstante, las realidades de la vida, que él quería desechar, estaban ahí presentes inflexibles como el hado. La reflexión pudo más en él, y se fue á la Alhambra á sus tareas cotidianas: lo cual fue gran suerte para él, porque así pudo ver una vez más á la que de tal suerte le tenía.

Efectivamente, lord Hámilton volvió con su familia á proseguir la visita del palacio, suspensa el día anterior, según llevamos dicho. No se cansaba el gusá de encarecerles lo maravilloso de aquel recinto: íbales diciendo cómo la imaginación arábica había querido que no faltasen en dicho alcázar ni las cuevas de las montañas, ni los árboles de los verjeles, ni los colores del iris, ni las fuentes de los valles.—Ya vais á ver, les decía, azulejos, mosaicos arabescos y elegantes ajimeces y alicatados de vivísimos colores, no menos que voluptuosos baños, en cuyas altas galerías dulce canto y suave música sonaba en tanto que el sultán y la sultana en muelles cojines reposaban. Luego les trajo aquella inscripción de Mohammed I, que en viejos caracte-

res cúficos cubre todos los muros del palacio: «No hay otro conquistador que el Altísimo». Más allá les leyó otra inscripción en elogio de Mohammed V: «Tú protejes contra el soplo de los vientos los más débiles vástagos de tu reino, é inspiras terror á las estrellas del firmamento: pues si las más luminosas tiemblan, es de miedo que te tienen, y si las hiervas del campo se inclinan ante tí, es para rendirte gracias».

Alfredo les seguía furtivamente. Cuando entraron á la sala de los Abencerrajes, paseando Ernestina los ojos por la techumbre exclamó:—¡Qué fantástico es aquesto! Y bajando luego la vista á una fuente de mármol que al centro estaba, la clavaron todos ellos en una mancha rojiza, que la creencia popular atribuyo á la sangre de la noble y poderosa familia de los Abencerrajes que, según la leyenda, fueron decapitados aquí, en castigo de amores criminales habidos entre su jefe Hamet y la esposa de Boabdil. Ernestina, que con tanta atención miraba aquello, hizo de pronto donairosamente un gesto con la cabeza y dijo:—¡Sabes, papá, que cuánto recuerda á los Mudéjares me encanta? en Toledo tenemos la mezquita y el Taller del Moro, y cuando me iba á los jardines de Santa María la Blanca,

mi gusto era pararme delante de esas pilas, donde los moros antes de la oración hacían sus abluciones.» Ann pronunciaba estas palabras cuando reparó en Alfredo, que se estaba oculto por ahí en el aljibe inmediato, visible tan sólo á los ojos de Ernestina. Al punto calló y se puso seria . . . Solamente ojos perspicaces hubieran podido observar en su semblante y sus labios trémulos cierta turbación, no obstante la habitual serenidad de su ánimo en las más críticas situaciones. Es que reconoció en él al gallardo mancebo que el día antes había visto en las peñas, á causa de lo cual ella no había pasado la noche más tranquila que Alfredo; porque la vista de un joven tan apuesto en actitud semejante la había conmovido sobremanera. ¡Quién me diera volverlo á ver! exclamaba en sus adentros Ernestina. Al salir de la sala le dirigió ella disimuladamente una mirada de fuego, que cayó como un rayo sobre el rendido Alfredo. Desde entonces los dos se comprendieron y se amaron, y en adelante Alfredo fue la secreta sombra de la gentil doncella.

Este fuego que iba creciendo en su pecho de una manera voraz, y que él mismo mal de su grado lo atizaba, mantúvole en conti-

nua agonía día y noche, no ignorando como no se le ignoraba que lord Hámilton sólo de paso había venido á Granada, y que bien pronto proseguirían su marcha á las Américas. Parecióle un sueño verse tan de pronto al borde de un abismo, y tan terrible aparecía á su imaginación ese momento de verla desaparecer de su presencia y para siempre, que no podía resignarse á creer que aquello fuera posible. ¡Y con todo, esa era la realidad! Con efecto, llegó á saber que la semana entrante se partían. Qué hacer? Alfredo no era hombre de aventuras para poder acudir á medidas violentas: fuera de que no contaba con la voluntad de la toledana, porque, si bien era verdad que había recibido de ella repetidas veces miradas que mucho le prometían, esto no obstante no le era dado saber de qué profundidad habían salido. Por otra parte, Ernestina, según toda apariencia, no era nada vulgar, y todo lo hubiera sacrificado antes que aventurar su honor; ni el mismo Alfredo era para precipitarla á una acción indecorosa. Pero el espectro que más espanto ponía en el ánimo de Alfredo era lord Hámilton, de quien días antes le dijeron que él era el novio de la joven. Alfredo entró pues en un estado de todo en todo violen-



to: terrible fue su combate interior. Nunca le habían visto las gentes de tan mal carácter, ni tan iracundo y ríspido como entonces. Pasaban las horas y con ellas su pasión crecía. Y hasta llegó á cobrarse miedo á sí mismo, como que tantas cosas había hecho de inconsciente manera, de que después se arrepentía.

No sabemos hasta dónde hubieran ido los extremos de Alfredo, á no haber querido la buena suerte que alguien le avisase que lord Hámilton buscaba con empeño una persona que le acompañara en su viaje de exploración á la América del Sur; don Francisco no era hombre de quien pudiera fiarse, puesto que, aparte de su edad, no entendía de más que sus negocios comerciales y de rezar.

Alfredo no tenía á nadie en su tierra, ni uno solo de esos vínculos más estrechos que los de patria, que tan atado mantienen al hombre á su suelo natal. Su tía paterna, rica y beata, odiaba de muerte á todo el que llevaba en sus venas sangre moruna, y en este odio envolvió al mismo Alfredo, quien en su vida había pisado los umbrales de su casa. Antes que le empleasen, tuvo horas amargas de miseria: estudiante, carecía de oficio y de los medios de trabajar:

acometióle la pobreza con furor: un día no tuvo más que dos huevos pasados por agua, y la víspera de emplearse hasta de aquel escaso alimento careció. Con todo, jamás se le había ocurrido acudir á su tía, y Dios sabe lo que hubiera sido de él, si personas extrañas pero humanitarias no hubieran venido en su socorro.

Resolvió pues ir á ofrecerse á lord Hámilton de subalterno suyo, y sobre tarde se encaminaba al efecto á la quinta de los Mártires. Auu no llegaba á la dicha casa, cuando se apoderó de él no sé que extraño temor, que crecía á medida que avanzaba. Llegado que hubo á la puerta del jardín, se paró: diríase que una sombra vino á su encuentro á cerrarle el paso. Hizo un esfuerzo y siguió adelante con lentitud; mas cuando puso el pie en el primer peldaño de la escalinata, la sombra pareció oponerle mayor resistencia que de primero: aceleráronse los latidos del corazón y retrocedió involuntariamente. Entró en un cenador de cipreses, donde se se sentó á descansar de la fatiga que le oprimía el pecho: la mañana antes la había visto en ese mismo cenador, jugueteando con una criatura de cuatro años, nieta del dueño del palacio. La joven se escondía de tras de las verdes-

paredes, y la niña, persiguiéndola, daba risotadas en logrando descubrirla y asirla de las faldas. Nunca pudo Alfredo admirar mejor que aquella mañana todo el donaire y gracia de la gentil toledana.

A cabo de una hora levantóse y miró al palacio, cuyas ventanas estaban iluminadas con las luces de la cámara: tenía aquello á sus ojos no se qué de avasallador, que acabó de rendir su amedrentado pecho, y así no pensó en más que darse prisa en salir del jardín antes que nadie le viera. Quien tanto temor le infundía, visto está, era la toledana: si ella no estuviera allí, Alfredo con paso firme entrara y con su habitual despejo se entendiera con el lord. Ernestina era para él como un imán, que atrae, y una montaña, que impone.

Al otro día supo que dos jóvenes le habían ganado la delantera en ofrecerle sus servicios al inglés, que afortunadamente no fueron aceptados, ora porque descubrió en ellos un espíritu aventurero y nada más, ora porque advirtió en entrambos la más supina ignorancia, no obstante que el uno de ellos pertenecía á una familia pobre pero de clara estirpe de Granada. Esta mala nueva le puso á Alfredo violento, y movióle á presentarse con premura ante lord Hamilton. Llamó á la puerta re-

sueltamente, é hizo saber al portero el objeto de su venida, con ánimo de obtener más fácilmente del inglés la venia para entrar, cosa que al punto le fue dada. Pero todos sus bríos se le aflojaron cuando vio á Ernestina en el salón: dobláronsele las rodillas y atáronsele los pies cosa de tropezar; sintió llamas en la cara y tal aturdimiento en la cabeza, cual si un síncope le acometiera. Lord Hamilton, que advirtió en su turbación, atribuyóla á natural timidez del joven y á extrema sumisión á su persona, y así se adelantó á darle la mano y brindarle asiento, infundiéndole confianza de amable manera, en cuanto lo permitía la sequedad de su carácter. Prudente Anduvo Ernestina en dejar á los dos. De la conversación que con Alfredo tuvo, quedó Lord Hamilton muy satisfecho de las buenas partes que le adornaban: con todo, le llamó para el día siguiente, en el que ofreció darle su resolución definitiva.

Otro día le dijo que cuanto acerca de su persona le habían informado en la Dirección de la Alhambra y otras casas de la ciudad, era para él, el mancebo, de todo en todo lisonjero: aceptóle y señalóle una renta, diciéndole que se aprestase para dentro de cinco días, en que irían á embarcarse en

el Guadalquivir haciendo rumbo á Cádiz, de donde con dirección allende el Atlántico se harían á la mar; y añadió que desde aquella misma tarde podía sentarse á su mesa con toda la confianza de un miembro de familia.

Salió de esa entrevista Alfredo medio enajenado: le parecía un sueño, y al bajar á Granada se le fueron las lágrimas. Granada se le presentó á sus ojos como un sér querido que le echaba en cara su ingratitud. El triste y lejano aullido de un can le llegó al alma. Todos los campos, todas las colinas entrevió á través de velo lúgubre, y hasta nos atreveríamos á afirmar que la propia Ernestina se eclipsó á los ojos de su imaginación en esos momentos, en que no tuvo otro pensamiento que Granada. ¡Granada, aquella misma ciudad donde tantos desengaños habia sufrido, le hacía derramar lágrimas! Dejar por vez primera y acaso para siempre el suelo donde habia nacido, y para qué? para irse lejos, á tierras tan extrañas... Estas consideraciones fueron para él tanto más conmovedoras, cuanto que abrigaba el propósito de nunca más volver, porque si bien es cierto que tanto amaba á Granada, no tenía allí, como hemos dicho un solo corazón que por él latiera: era extranjero en su propia cuna.

Por otra parte, América se le presentaba á la imaginación enal mundo desconocido y fantástico, y experimentaba secreta complacencia al pensar en que iba luego á ser arrebatado allá por los vientos del destino: el amor le hizo aventurero. Para él América y Ernestina llegaron á ser dos nombres inseparables, tras cuyas imágenes iba á sumergirse en un horizonte lleno de bruma, donde el misterio reinaba, y donde él mismo no podía saber lo que de su persona sería.

Bien que lord Hámilton le invitara á comer, no asomó aquella tarde: dicen que á la hora del crepúsculo le vieron cabizbajo errando por las vegas del Genil. A la noche, subiendo al cementerio, pasaba por junto á la Villa de los Mártires, cuando oyó que Ernestina cantaba el «¡Adiós Granada!» canción muy en boga entonces, compuesta la víspera de su vuelta para su tierra por un poeta moro, que había venido á conocer la Alhambra. Alfredo no pudo resistir: sentóse sobre una piedra, tapóse el rostro con las manos, y entre sollozos lloró y lloró amargamente.

Al otro día Alfredo estaba almorzando á la mesa de lord Hámilton. No obstante su habitual desenfado en el hablar y sus maneras, viéronle tímido en extremo,

tanto más cuanto que Ernestina se hallaba enfrente. Cuando ella le veía, él bajaba la vista. Notábase en ella mayor serenidad: ni titubeaba en el hablar como el mancebo: de suerte que difícilmente hubiera podido adivinarse que amara al granadino. Con todo, no pudo una vez resistir á la tentación de dirigirle una pregunta, con el solo pensamiento de que la mirase, porque mucho le cautivaban los ojos arábigos de Alfredo.

Conversando de sobremesa, hicieron el programa de ese día: «Aun no hemos visitado, dijo uno de ellos, las tumbas de los Reyes Católicos en la Capilla Real, ni la del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en San Jerónimo».

—¿Qué te ha parecido Granada? preguntó lord Hámilton á Ernestina.

—«Muy poética, lord». Y haciendo ese gracioso movimiento de cabeza que sólo ella sabía y echando á Alfredo un vistazo, prosiguió en tono de chanza: «La Alhambra y Toledo deben de pertenecer á una misma estirpe: ambas están sentadas con majestad sobre su regio trono. Verdad, papá, que debe de haber algún parentesco entre Toledo y Granada?»

—Sí, hija mía, el mismo que hay entre moros y cristianos». Res-

puesta que no agradó mucho á Ernestina.

Levantados los manteles, lord Hámilton y don Francisco salían parándose á trechos, hablando por lo bajo de no sé qué negocio, en cuanto doña Manuela pasó á la pieza inmediata á impartir órdenes á las criadas.

—A mí me gusta el ruido del agua, dijo Ernestina conversando con el joven, al tiempo que se dirigía á la ventana que daba al jardín; lo cual infundió ánimo en el receloso pecho de Alfredo. Esta es una de las más bellas fuentes de Granada, respondió él, asomándose á su vez á la ventana, á ver esa blanca y luminosa nube que, con la brisa, lejos de los surtidores volaba jugueteando con el iris. Cantaban las aves alegremente; el Genil, blanco como una plata, serpenteaba á lo lejos por un ameno valle, y el puente del lado de Granada se veía en parte á través de los follajes. A su izquierda, en lontananza, alzábase imponente la Sierra Nevada, de cuyas perpetuas nieves nace el Genil.

—Y cómo se llama esa bella colina de enfrente? preguntó Ernestina, mostrando la parte de allá de este río.—Es el lugar, respondió Alfredo, en que Boabdil, último de los reyes moros de Grana-



da, abundosas lágrimas derramó al contemplan por última vez la ciudad de sus abuelos, huyendo al enemigo vencedor. Desde entonces conocemos aquella colina con el nombre de «El Último Suspiro del Moro».

—Veo que estos recuerdos le conmueven, dijo ella. Ah, sí, ya comprendo, tiene Ud. razón: es que también sus abuelos fueron moros.

—¿Y cómo lo sabe Ud? se apresuró á preguntarle todo él sorprendido.—Sus ojos lo dicen, respondió ella, al tiempo que, arrimada de espaldas al vidrio de la ventana, las manos hacia atrás, jugaba levantándose de cuando en cuando sobre las puntas de los pies: sus ojos lo dicen, fuera de que ayer, cuando hablaba con el Lord, yo escuchaba desde mi peinador la historia de su vida, y lo hizo de manera tal . . . Aquí detuvo la lengua: diríase como que se torcía interiormente; respiró con dificultad y se quedó quieta, la cabeza para atrás y medio á un lado, viendo distraídamente para arriba. Entre tanto, Alfredo la devoraba con los ojos, y esa combada garganta de mármol le pareció divina. Sintió atársele la lengua. ¡Oh! si hubiera estado autorizado para ello, se habría ese rato puesto de hinojos á sus pies! Arrimóse ella al aute-

pecho de la ventana, apoyando la barba sobre la diestra y mirando á la colina de Boabdil; cuando de pronto se movió asustada, como quien cae en la cuenta de haber hecho algo que su razón no aprueba, y temiendo acaso haber sido indiscreta, se dio prisa á salirse del comedor. Alfredo permaneció en la ventana entre absorto y perplejo. Cerró los ojos, y púsose á escuchar la melodiosa voz de Ernestina, que áun resonaba en sus oídos.

Absorto Alfredo de los hechizos de aquella divina criatura, no sabemos hasta cuándo se hubiera dejado estar ahí, inmóvil, como encantado, á no venir como vino un paje á preguntarle qué ropa debía acomodarse en el saco de noche, y cuál en el equipaje, que ya todas sus cosas había hecho traer á casa para el efecto.

La víspera del viaje se lo vio á Alfredo otra vez en la misma ventana con Ernestina. No se ha podido descubrir acerca de lo que hablaban, mas no será difícil adivinarlo, si se tiene en cuenta que ya los dos se querían. Según toda apariencia los dos debían conversar sobre toda materia, lo más interesante como lo más frívolo, con tal de tener habla á sus solas, como lo han hecho tantos otros jóvenes, que habiendo nacido en

distante suelo, habiendo vivido desconocidos el uno para el otro, se han visto y se han amado, y llegan á esos momentos de éxtasis, en que pasan largas horas juntos, latiendo sus corazones de concierto en la plenitud de la dicha, en tanto que sus labios pronuncian maquinalmente palabras sin sentido. Ella estaba agachada, picoteando con las uñas las hojas de la hiedra que cubría la ventana, y escuchando algo que Alfredo le decía. Ese *algo* ¿quién no adivina? volvemos á decirlo. Desde que se vieron se comprendieron: él la miraba . . . ella le correspondía. El lenguaje de los ojos es el lenguaje del alma: la lengua miente, los ojos no. Después se atraen, se atraen siempre, y si de ellos dependiera, pasaran los días y las noches olvidados del mundo y de sí mismos en sabrosos coloquios, en esos diálogos que á veces no pasan de simples cuchicheos amorosos; en que se ven palabras entrecortadas; labios temblorosos, mejillas encendidas; en que declaraciones y promesas quedan envueltas en el misterio; en que se comunican secretos tan íntimos, que ni las ramas cercanas, ni las brisas que se rozan con sus mejillas pueden oír.

A la noche verificóse en Alfredo una suerte de reacción, en virtud de la cual se avivaron en su áni-

mo todos los recuerdos, los más delicados sentimientos que con Granada le unían: despidióse de las personas más queridas y recorrió por última vez ciertos lugares. Hacía meses que no había ido á la que fue casa de su madre, que á poco de su muerte cayó, y ahora estaba convertida en ruinas. Fue el último lugar que visitara. Los que le vieron dicen que parecía una sombra que vagaba en torno de esos muros ennegrecidos por el tiempo: entró al interior, que estaba cubierto de malezas y telarañas y recorrió todos los rincones de la casa: quedábase á ratos pensativo, otras corría lentamente la vista por todas partes, como para reconocer cosas que solo él sabía. Luego se quedó inmóvil como una estatua, delante de un lugar en que clavó los ojos, cubierto ahora de matas de ortiga y un montón de piedras que servía de morada á los reptiles: era el sitio en que estaba el lecho de su madre la tarde en que expiró. En la pared de ese sitio grabó con una astilla de hueso esta fecha: Enero 26 de 18 . . . Después, sacando de su bolsillo una cartera y un lápiz, escribió en ella la misma fecha. En dicha cartera se leyó también más tarde esta despedida:

“¡Adiós Granada! tristes despojos de mis abuelos! El destino me

arrebata de donde nació. Adiós Dauro, hijo de la montaña de los arrayanes; adiós impetuoso Genil, viejo Albaicín, adiós Suspiro del Moro . . . Ya no veré ni tus verdes colinas, ni tus bosques sagrados, ni tus amenos valles, ni tus olorosos huertos . . . Ya no oiré el canto del ruiseñor; ni el zumbido del viento en las cimas de tus olmos . . . ¡O sombra de mi madre! . . .” En estas últimas palabras se veía una mancha en forma de estrella: era una lágrima que había caído de sus ojos.

Estos son los datos que acerca de Alfredo y de Ernestina hemos podido recoger hasta el día en que partieron de Granada. De aquí adelante nos ha costado más trabajo seguir el hilo de su historia, que en su mayor parte queda envuelta en el misterio. Pues ya no tenemos otras noticias de ellos, sino cuando están establecidos en nuestra meseta interandina, en el Ejido de Latacunga, no se sabe en qué casa.

Una carta de Alfredo sin principio ni fin, y por ende sin fecha, á un tal Carlos en Panamá, dice lo siguiente:

“Ayer vinimos de Otavalo, donde hemos pasado tres meses y donde nos tocó ver las fiestas de San Juan y San Pedro, en las que más de una vez tomé parte. Si

algún día estoy de buen humor te las describiré en otra carta, ó bien lo haré de palabra la vez que nos veamos: muy animadas son y muy curiosas: tienen de triste y de alegre, y un tinte de poesía. Es la provincia de Imbabura región de lagos y montes, de valles y colinas: todos los campos son bellos por allá: los indios de Otavalo y Cotacachi, muy hermosos, y los varones traen largos los cabellos como las hembras. Su música y cuánto á los indios pertenece, lleva en sí un tinte de melancolía que al alma llega, y á través de sus gritos y sus cantos y sus febriles danzas, vislúmbrase el hondo abatimiento de esta raza. Diríase que cuando ríen, se ríen de sí mismos: espectros que cantan y que bailan al tiempo que descienden por la pendiente de la nada de una manera fatal. ¿O será que veo yo todas las cosas al través de las sombras de mi espíritu? tal vez los indios no tienen conciencia de nada, y gozan más. Triste está mi alma, Carlos. ¡Querer arrebatármela de mis brazos! esto sería arrebatarme la vida, arrancarme el corazón. No se cansa Ernestina de repetirme el horror que en el mar tuvo el día que lord Hámilton le declaró su amor y su pensamiento de casarse con ella. ¿Y eso don Francisco? . . . ¡qué

hombre tan cruel! no reparar en que la sola borrasca, que hacía crujir el buque, tanto y tanto había amedrentado á la pobre muchacha! Ernestina dice que ni la misma tormenta, ni la amenaza que de arrojarla en el mar se le hizo, le infundió tanto espanto como ver el airado rostro de su padre, que como un tigre feroz le mostraba los dientes. Grande es mi gratitud para contigo: un hombre tan brutalmente precipitado como don Francisco, ¿quién sabe hasta dónde se hubiera ido en su violencia, á no haberte interpuesto entre los dos? No se causan de conquistarla: ayer pasó Ernestina los ojos húmedos, encendido el semblante: yo ignoraba la causa, porque ella no me quería avisar, pero el paje Manuel me contó que su madre la había llorado y puesto las manos pidiéndole consintiera en aceptar la mano de lord Hámilton. A la sola consideración de que se le vayan los millones de las manos, muge como un toro don Francisco. Yo entiendo que, á pesar de nuestro disimulo, comienzan á sospechar que los dos nos queremos, y esto me hace temblar, amigo Carlos.

Pero ya tú estarás harto de mis quejas, que no á otra cosa se reducen mis cartas cuando á tí me dirijo. Perdóname, Carlos, perdó-

name, que es una necesidad en mí el desahogarme con un amigo tan noble y generoso como tú.

Dices en tu última que piensas venir á Guayaquil, y áun pasar á establecerte en Quito, y me pides te diga lo que me han parecido estas altas regiones del Ecuador. Cuán contento estoy con esta nueva, oh caro amigo, y sólo temo que no realices tu deseo.

¡Yo más quisiera prorrumpir en sollozos, en clamorosos ayes, que detenerme en frías descripciones! Mas, puesto que tú lo quieres, lo haré Carlos, lo haré, venciendo mi repugnancia:

El Ecuador es bello por dondequiera. Visto á vuelo de pájaro, el encantado Guayas es la más bella entrada de estas fantásticas regiones: caudalosos ríos son sus humildes tributarios, y sus numerosas islas y los bosques de sus riberas aumentan el encanto y poesía de esta maravillosa puerta de la comarca ecuatoriana. Las playas del Ambato y del Patate son ideales: no han de haber sido tan hermosos los ríos del Paraíso.

¡Ambato! no quisiera acordarme de ese lugar, donde tantos estragos hizo en mi pecho esta pasión que por la bella Ernestina padezco.

El salvaje Pastaza, abriéndose paso con mayor ímpetu que una legión de demonios por entre un





laberinto de montañas, da en el Agoyán un salto tan alto y formidable, que hace estremecer los montes con el peso de sus masas y el ruido de su estruendo, al paso que oscurece los aires con la niebla de sus hirvientes y espumosos abismos.

Y si vieras dónde estoy, me envidiarías: dudo que haya en la tierra lugar más hermoso que Colaisa, á pocas cuadras al norte de Latacunga. Colaisa es la mansión de la poesía: lo bello, lo sublime, lo risueño, cual notas escapadas de la universal armonía, despiertan en el alma sentimientos religiosos, emociones celestiales. Imposible no adorar aquí el poder y grandeza del Hacedor supremo, y no experimentar al mismo tiempo el justo orgullo de poder admirar la obra salida de sus manos. Oteros cubiertos de chozas de indios, árboles oscuros, verdes valles donde paco el ganado; cascaditas y arroyos; vegas y céspedes y juucos, y pastores que dormitan entre matas de *sigse*, todo aquí es risueño y apacible. A medida que el horizonte se dilata, va la naturaleza deponiendo ese deleitable aspecto, y tomando otro cada vez más imponente y terrible. Al otro lado de los ribazos, colinas de mayores proporciones; al otro lado de las colinas, ásperos cerros que se con-

funden con las altas sierras de los Andes de colores y formas diferentes, ya de pirámides gigantes, ya de murallas dentadas. Los más formidables volcanes, los más famosos montes, cuyas nevadas frentes se encumbran hasta el cielo, se dejan estar ahí en su inmovilidad eterna, cual centinelas del universo plantados por el Omnipotente.

Este es el cuadro con que naturaleza brinda al dichoso mortal que ha tenido la fortuna de hallarse en este rincón del mundo que se llama Colaisa. Hay tardes aquí tan bellas, cuando la noche comienza á cubrir la tierra con su manto, que tras esas montañas oscuras de occidente, aparece en el cielo un reflejo de moribunda luz tan expresiva y triste, que parece la lánguida mirada de una divinidad llena de melancolía. A esa hora el viento y las aves callan: todo en la naturaleza es calma y reposo. Cual si se hallara en un templo se recoge uno en su interior en religioso silencio, y cuando menos piensa siente humedecerse los ojos... Nunca el misterio es más elocuente como en estos ratos, nunca he creído con más fe en el más allá como en estos momentos solemnes de la naturaleza.

Las nubes, ya las ves suspendidas en los aires en forma de abrup-

tas montañas, de gigantes y animales fantásticos y palacios encantados; ya tranquilas y amontonadas como blanco algodón en las faldas de los montes, ó ciñéndoles la cintura en anchas fajas convertidas; ora son negros mantos que cubren las nieves eternas, ora enroscadas sierpes que dormitan en los cráteres de los volcanes, donde los rayos del ocaso las inflaman.

¡Pues las noches! Preciso es que vengas á Colaisa á ver una noche de luna: nunca la he visto tan grande ni tan bella levantarse lenta y majestuosa á través de una arboleda. Anoche bendije el nombre del Ticiano, que me había hecho ya gozar de un espectáculo semejante en una copia de su San Jerónimo en el desierto una noche llena de poesía.

El que ama debe vivir en Colaisa, vivir y morir aquí. ¡Cuántos no me envidiarían si á verme llegaran pasear con mi Ernestina por bajo estas frescas bóvedas de fragantes capulíes? qué de amantes no querrían discurrir como yo por estos campos apacibles? ¡Oh delicioso vernos solos sin más testigo nuestros amores que las inocentes indias que pies y brazos desnudos ordeñan sus vacas; sin más ruido en nuestros oídos que el concierto de las aves y la voz de la campana de la aldea vecina, y

el lejano sonido de la flauta con que los *danzantes* se divierten, y el tam-tam monótono y repetido del bombo, que parece la voz cavernosa de una raza que se extingue . . .

Este instante suena un trueno á lo lejos. Tiendo la vista á los confines del horizonte, y contemplo maravillado la enorme pesadumbre de esas moles. Mi alma, por una especie de contagio, alza soberbia la frente y se reviste de esa majestad augusta de los Andes. ¿Qué guardianes los que tiene el universo! El Tunguragua, el Llanganate, el Sincholagua, el Antisana son estos centinelas, y el remoto Chimborazo, el más alto de todos, y aquél más remoto aún, el inflamado Sangay, de eternas llamas coronado, y tú ¡oh excelso Otopaxi, el más bello á la par que el más terrible, que tan de cerca contemplo en este rato! tú, el asiento de perpetuos ventisqueros, que alimentas al Pacífico y al Atlántico con tus soberbios ríos; tú el engendrador de la Noche y el Fuego; tú el hijo del abismo, á cuya rouca voz tiemblan montes y valles, y el hombre horrorizado alza las manos al cielo, creyendo que ha llegado el último día de los tiempos . . . ¡ tú el padre de los terremotos, de los cataclismos, oh excelso Otopaxi, yo te saludo!

Dejémonos de entusiasmos. Lo que quiero es que vengas: no veo la hora de verte. Cuántas y cuántas cosas, ¡ay Carlos! te contaría. Vente, amigo, vente: todo aquí es inmensidad, magnificencia. Cuanto á lagos y montes, la patria de Tell envidiaría á los cenatorianos; cuanto á vegetación, hay selvas vírgenes tan dilatadas, que te hundes en ellas como en una mar sin límites, donde los árboles son tan altos que pueden servir de columnas á un templo de gigantes, y pueden habitar familias enteras en las cuevas de sus troncos. Cuanto á ríos auríferos y caudalosos, y al número y magnificencia de ígneas montañas, el Ecuador es el primer país del mundo: el Vesubio es un enano al lado de estos gigantes, y el Danubio y el Rin temblarían ante los mugidos de un Topo, de un Esmeraldas, y se sentirían humildes y pequeños ante la imponente majestad del Napo y el Amazonas. Vente, amigo, vente. Quito es una ciudad singular, célebre no solamente por su altura más aún por su peregrina situación: parece nido de águilas en los Andes. Desde que leí el Childe Hárold de Byron, el nombre de Quito se grabó en mi memoria, y deseaba conocer esta ciudad, que tan pintoresca me ha parecido. Está en

las faldas del soberbio Pichincha, rodeada de altas y verdes colinas. Hay al sur de la capital un cerro, verde como una esmeralda, que semeja la forma de un seno de mujer, que hoy llaman el Panecillo, y en lo antiguo el Yavirac: unos le creen obra de la naturaleza, otros, obra de los hombres: sea el que fuere su origen, él es el encanto de los quiteños, y el campo de batalla de los muchachos guerreros. En otro tiempo alzábase en su cima el templo del Sol, fabricado por los Schiris, y en sus faldas el *Aellahuasi* ó “Casa de escogidas”, donde vivían reclusas las vírgenes esposas del Sol, que salían de entre las más nobles y bellas de los Incas. Frente al Yavirac, en la colina del norte dicen que estaba el templo de la Luna.

Hay leyendas á cual más interesante, sabrosas unas, dramáticas otras.

El Machángara corre por una cuenca tan estrecha y profunda, que es imposible seguirlo con la vista: es difícil, á causa de este río y del Jerusalén el acceso por el sur á la ciudad. Cuando llueve en las alturas se convierte el Machángara en formidable avenida, no menos que las hondas quebradas que cruzan la capital, y entonces Quito es una verdadera boca del infierno, en cuyas negras sombras

cien legiones de demonios truenan. Todo allí es poesía. Vente, Carlos, vente: las quiteñas son muy buenas: tienen fama de buenas y de hermosas, y te aseguro que es bien merecida fama. La sola esperanza de verte me reanima. Muy abatido me hallo: ¡Cuántas veces se ha mudado mi fortaleza en abatimiento y en anonadamiento mi orgullo! Ver á Ernestina en tortura, ser yo la causa de su daño, y no poderlo remediar . . . Y todo por haber nacido pobre. ¡Qué lepra es la pobreza, Carlos, y cuán horrendo crimen! Los que sin bienes de fortuna hemos nacido, deberíamos renunciar al mundo para siempre y remontarnos á donde nadie nos vea ni nos oiga.

Mucho te agradezco tu himno á la Poesía que has sido servido de enviarme. Tanto lo he leído y releído, que me lo he tomado en la memoria. La primera vez lo leí con Ernestina al pie de un capulí. ¡Sabes que se conmovió tanto, que se le fueron las lágrimas? Si el que todo lo puede me ofreciera concederme una gracia, yo no le pediría otra que el que puliese mi entendimiento y cambiase estas broncas fibras de mi organismo por otras más finas y delicadas. ¡Ver padecer y no morir e, Carlos! Si cantar supiera, cantaríá al Amor en versos desgarradores . . . Mo-

mentos tengo de lucidez, en que los horizontes más oscuros se me aclaran, en que mi sér se convierte en sonoro y delicado instrumento, que vibra á las pulsaciones de una mano invisible y divina; y siento ráfagas de inspiración, en que mi fantasía bate sus aéreas y brillantes alas . . . Ráfagas y nada más, que cual fugaz estrella pasan, y quedo sumergido otra vez en el entorpecimiento más profundo. Me avergüenzo de ser yo el más insensible de los mortales. Castígueme el Cielo por rebelde, más no puedo menos que quejarme de que haya puesto tanta desigualdad entre los hombres, de que unos puedan elevarse tanto y tanto, hasta casi confundirse con la soberana Esencia, mientras estamos otros clavados á la tierra, luchando en vano por derribar las puertas de tan oscura cárcel. Yo creo que la lectura de tus versos me ha hecho más mal que bien.

Vuelve á mandarme otros de la laya, Carlos amigo . . . ”

Hasta aquí hemos podido descifrar la dicha carta, que lo que sigue está sucio y roto, y es imposible distinguir palabras, sino cuando más una que otra letra aislada. Decimos descifrar, por la gran dificultad que ha costado leerla, que tan rota está en los dobleces que



parece que la han llevado largo tiempo en el bolsillo.

La que sigue no lleva el año, pero sí el mes, pues al final se lee: "Julio".

Dice así:

"Estos días están en fiestas en Latacunga: ayer fuimos á ver la entrada de los *danzantes* á la plaza principal. Ya te he dicho en mis anteriores lo que aquéstos son. (1) Sus movimientos tienen no sé qué de estratégico: diríase que son reminiscencias guerreras de sus antepasados. Por lomas y valles van de choza en choza, adornados de piedras preciosas, bailando, alfange en mano, al són de pitos y tambores, cubiertos con máscaras la cara. Desde lejos los reconoces al través de grupos de indios por sus altos plumajes de vivísimos colores.

Está situada nuestra casa en el seno de un bosque: la noche de ayer era tinieblas, y por dos veces tronó sordamente el Otopaxi. Atraída sin duda por ese ruido extraño, salió Ernestina á la azotea. Cuando el volcán callaba, dejábase oír el sonido monótono del tambor en las laderas de enfrente. Yo no sé qué tienen de aterrador y solemne esos golpes repetidos del tambor, sobre todo en el campo en medio de la noche. Adentro jugaban al tresillo.

doña Manuela, lord Hámilton y don Francisco. Causado de esperarla salí yo también á la azotea, donde se me apareció Ernestina como un bello fantasma.

—Ernestina qué haces? le pregunté, acercándome á ella con timidez.

—He salido á respirar el aire de la noche, me respondió.

No me atreví á proferir una palabra más: su noble actitud me imponía silencio.

Acabo de rato dejóse oír por tercera vez un trueno prolongado. Parecía una estatua de piedra la mujer; cuando de pronto volvió hacia el lado del trueno, á lo cual le dio la luz de la sala en el rostro, y con mirada vaga, fijos los ojos y centellantes, cual si algo extraordinario contemplase dentro de sí, haciendo puños las manos é inclinando el cuerpo hacia adelante como para levantar el vuelo, exclamó con vehemencia:

—Yo vi, yo sentí pasar la tempestad por sobre mi cabeza en una noche oscura . . . ” Después de lo cual enmudeció.

Entendí que era éste un pasaje de mi manuscrito “La Noche” (2), que yo le había leído una tarde junto á una mata de *sigse*, en el cual la tempestad es una imagen de las pasiones juveniles.

Pues Safo en un arranque de desesperación y frenético delirio, en que concibe el negro pensamiento de dar el salto de Leucade, exclamó de esta manera:

“Yo vi, yo sentí pasar la tempestad por sobre mi cabeza en una noche oscura. A la luz del relámpago yo la vi . . . ¡Horrible gesto el de su rostro! dos negras cuevas son sus ojos; trae abierta su enorme boca como un dragón hambriento, y va devorando los vientos y el espacio: suenan y se tuercen sus cabellos cual serpientes, silbadoras, y negras nubes giran en torno de su cuerpo formando horrendos torbellinos. Por donde va, siembra desolación y espanto esta maga infernal: por donde va, va mataudo el placer en todos los corazones. A la luz del relámpago yo la vi . . .”

Inmóvil me había quedado contemplándola, sorprendido de tan inesperada escena: porque aunque de Ernestina se trataba, con todo, casi llegué á dudar de mis sentidos, pues no me atrevía á creer que á tanto llegasen los arrebatos de su pecho.

Arrimóse á la balaustrada sosteniendo la cabeza con la diestra, al tiempo que me tendió la otra mano, que llevó á mis labios conmovido y postrado de rodillas.

¡Qué alma la de esta mujer! qué

fuego devorador abriga! Esta mujer encierra en sí todo lo más noble y delicado del humano linaje. ¡Felices los ojos que la han visto! feliz el corazón que ha llegado á amarla! Carlos, Carlos en vano buscarías otra que á ella se pareciera en todo el universo mundo: linda es en su cuerpo, perfectas son sus formas, pero no sabes cuánto y cuánto realza su hermosura el sentimiento. Al solo recuerdo de esta mujer sublime, mi espíritu se encumbra á otras regiones. ¡Si vieras cómo vibro en este instante, y cómo mis lágrimas rebosan á este febril estremecimiento de mi sér! Cuán pequeño me siento en su presencia: no ser yo de naturaleza superior para ser digno de ella, ni tener otra cosa que darle en cambio de su abnegado amor que mi pobre corazón! Mas, puesto que nada soy ni nada puedo, á lo menos seré su esclavo para siempre. Ya no tengo pensamiento más que para pensarla; ya no tengo memoria más que para recordarla, y mis labios no invocan otro nombre noche y día. ¡Ernestina, Ernestina! razón tengo de llorar como lloro, mi gratitud es inmensa.

A un rato de estar ella en esa actitud salió don Francisco á la azotea, y haciendo rechinar los dientes preguntó por lo bajo á Er-

nestina qué estaba haciendo allí, y, asiéndola de una mano, arrastróla á un apartado, en donde, cuidando siempre de no ser oído, descargó sobre ella buena batería de imprecaciones en castigo de su porte desdeñoso de esa tarde con el lord. Por último, echóle en cara su desobediencia ó ingratitud para con sus padres, que le habían dado la existencia: le dijo además que era una necia, que quería echar la fortuna por la ventana.

—Padre mío, dijo ella, lord Hamilton es persona que lleva de vivir más de medio siglo, que está bien avenido con su cigarro y su botella de *whiskey*; que más que en mí piensa en la clasificación de la flora ecuatoriana; y aunque estoy lejos de negarle las buenas prendas que le adornan, ni desconocer su alcurnia y su riqueza, con todo, yo no puedo, yo no quiero casarme con el lord.

Apoderóse de don Francisco tal ira y coraje, que se puso ciego, y echó á dar golpes en el suelo con los pies apretándose la cabeza con las manos.

En esos arrebatos de ira el hombre era temible.

—Ya veremos, mujer perversa; deesa con tonante voz, ya veremos si mi autoridad de padre queda burlada. Y refiriéndose á mí, prosiguió: Un despreciable, un

quédam, un pobretón que se muriera de hambre si lord Hámilton no le diera de comer. ¡Pretender, necia, plantar á todo un lord por un villano!

En eso estaban, cuando se oyó la voz de lord Hámilton, que llamaba á Ernestina á la sala.

—No puedo pasar sin tí, le dijo. ¿Dónde te has ido Ernestina? Paseóle las manos por las mejillas en señal de cariño, y levantáudole por la barba el rostro, que ella quería bajar, quedóse largo rato contemplándola embelesado, como si por primera vez la viera.

—Ernestina, le dijo al fin, ya voy bajando por la pendiente de la vejez, y en los años que llevo de vivir en Inglaterra, te juro que no he visto mujer tan linda como la que tengo ante mis ojos. Yo creo que tu misma indiferencia para conmigo te ha vuelto más hechicera . . . Te aseguro, que á no llegar tú á ser mi esposa, será mi vejez insoportable. Yo te quiero con ternura infinita, no me prives Ernestina de tener por compañera un ángel como tú.

Cuando dijo "un ángel como tú" hizo un movimiento de cabeza tan fuerte y expresivo, que se le cayeron los anteojos, que ella se apresuró á levantar del suelo.

Luego la abrazó por la cintura, y la asentó en una silla, junto á

una mesa, invitándola á jugar al tresillo, cosa á que la joven se negó pretextando un fuerte dolor de cabeza, al tiempo que se la cubría con una manteleta; á poco de lo cual se recogió al dormitorio.

Viendo esto don Francisco, se puso lívido, y llegándose al oído de su esposa le dijo trémulo de ira: Esta mujer me va á matar”.

“Ernestina me descubrió ayer el pensamiento que abriga, dice Alfredo en otra carta, de correr las diligencias para casarnos volviendo de la correría de Quilotoa, adonde nos lleva lord Hámilton. Ernestina, le dije, ¿seré yo digno de ser tu esposo, yo, el más desvalido de la tierra, que así carece de oro como de blasones y de todo aquello que pudiera mantener vivo el resplandor de la alta esfera adonde te va encumbrando el destino? Yo nada puedo ofrecerte en recompensa de tu generosa abnegación. Tu padre te amenaza con desheredarte si le desobedece, mas en cambio de su obediencia ¿qué de bienes no te promete! Lord Hámilton dice que te llevará á correr la Europa entera: esa Italia que tanto ambicionas conocer, sólo con él podrás lograrlo. Después te llevará á Inglaterra á introducirte en la nobleza de Londres, y allí vivirás como una reina en las riberas del Támesis, en su

maguífico palacio que tiene en Windsor, entre bosques y praderas como tantas veces te ha descrito. En cambio, Ernestina, ¿yo qué tengo?

—No tienes fortuna, Alfredo, bien lo sé, me respondió: eres solo en la tierra y desvalido; pero tienes en cambio lo que vale más que el oro y los blasones: una alma noble. Tu mismo desamparo me interesa, y tu misma soledad es lo que más á tí me atrae. Créeme, Alfredo, quizá no te amara tanto como te amo, si te viera rodeado de todo el brillo y pompa que ostenta la fortuna. No sabes cuánto me cautiva un corazón como el tuyo, que sobrelleva con dignidad su desgracia. Tu infortunio y tus virtudes son tu aureola. Cuando me acuerdo de la relación que de tu historia infortunada hiciste á lord Hámilton en Granada . . . ¡Te amo Alfredo, te amo y te admiro!”

Púsose una grana su semblante, y con languidez amorosa dejó caer su frente sobre mi hombro derecho, ciñéndome el cuello con su brazo. ¡Momentos sublimes, Carlos, que no vuelven! que nada hay en el mundo más fugaz que la dicha! Parece que al punto se arrepintió de todo Ernestina, porque nunca la he visto tan esquiva como ahora, ni nunca como ahora me ha hecho padecer tanto. Des-



graciado, Carlos, desgraciado del que llegó á amar con este frenesí, porque siente desgarrársele el corazón . . . El día cuánto lloro, la noche cuánto padezco ¡qué fiebre me consume, Dios mío! A ratos pienso en la muerte . . . y la miro como un bien. ¡Felices los que reposan en los sepulcros!”

Alfredo era demasiado vehementemente para poder reflexionar en que la esquivez que en su amada notaba, en manera alguna podía ser duradera, puesto que la violencia de su misma pasión la había reducido á ello. Creyó ella que se había dejado arrebatado demasiado en su entusiasmo por Alfredo, y tuvo vergüenza de él: eso era todo. Lo cual fue causa que el pobre joven creyese ver en ella arrepentimiento ó indiferencia, y se tuviese por perdido. Ciertamente, sólo aquéllos que han amado alguna vez con ese ardor, pueden darse cuenta de ese estado de ánimo de todo en todo susceptible de Alfredo. Creyó que ella había cambiado, y entonces, él, que tan orgulloso y arrogante se había mostrado de verse correspondido de una diosa en forma humana, cayó en el anonadamiento más profundo cuando notó que ella evitaba sus miradas y aun huía de su presencia: una vez salió la muchacha de su aposento, cuando le vio á él.

en el corredor, é involuntariamente volvió las espaldas y se entró: Alfredo quedó mirando á la puerta fijamente, enagenado, como un reo que acabara de oír su sentencia de muerte irrevocable.

Por fortuna, no tardó Alfredo en convencerse de que sus apreciaciones respecto de la conducta de Ernestina eran falsas. El amor es como el mar: tiene flujo y reflujo, y las ondas van y vienen con el viento. Así se explica como á ese transportamiento amoroso en que su albedrío se vio como paralizado por la pasión, se siguió esa suerte de arrepentimiento que Alfredo tradujo en indiferencia. Después volvió el cariño de la muchacha á manifestarse con toda la expansión y vehemencia del verdadero amor

La carta que sigue nos convencerá de la verdad de lo que venimos diciendo. Lleva data de 15 de agosto.

“Querido Carlos: Te escribo desde las faldas de un volcán apagado cuyo cráter desde un tiempo inmemorial se ha convertido en lago: nos tienes en el Obaupi, al pie del Quilotoa. Ayer dejámos á Colaisa en numerosa caravana gracias á los guías y á dos familias de Latacunga, que vinieron la una con rumbo á las montañas de Munchipamba, y la otra con igual:

objeto que nosotros de visitar el volcán.

Ernestina vino jinote en su caballo blanco, vestida de azul.

Ya te he dicho que de Colaisa la vista de la naturaleza es magnífica: pues su magnificencia sube de punto cuando te hallas trepando las ásperas laderas de Mulinlibí á las espaldas de Pujilí, en la cordillera occidental de los Andes donde nos encontramos. Los más altos y lejanos montes, el Tunguragua, el Altar, el Chimborazo van elevándose, y los cerros que los cubrían van bajando á medida que subimos. Más de una vez suspendí el paso para volver la vista allá abajo, á esa hoya inmensa de Latacunga. Tan hermoso espectáculo me recordó aquel otro en Venezuela, cuando al ascender de La Guaira á Caracas me figuraba que la mar iba hundiéndose en el abismo y apartándose á los confines de la tierra. Hermosos ríos cuyas fuentes nacen al pie del Iliniza y el Otopaxi, cruzan la llanura entre arbolados y prados. Por dondequiera ves blanqueando aislados caseríos, aldeas y grandes pueblos, y, en vastos arenales, danzando el huracán con furor sublime. Al paso que las immaculadas nieves del Otopaxi resplandecen á los vivos rayos del sol, su rival de enfrente, el Iliniza, de ne-

gros nubarrones cubierto, trueno más terriblemente que el Olimpo de la Tesalia. El dios de estas montañas es sin duda más poderoso y terrible que el Júpiter de los antiguos. Una tempestad horrenda de granizo desencadenóse á nuestra derecha sobre el Iliniza, entre rayos y truenos que retumbaban en las montañas.

Acabada la cuesta entrámos en el páramo, por donde seguimos un camino llano por entre un laberinto de cerros y colinas; cuando de pronto nos vimos al borde de un suelo tan profundo, áspero y terrible, que parece que la naturaleza, cuya consternación dura todavía, ha sido víctima de un cataclismo horrendo. Por un lado, la vasta quebrada del Toachi, que se va al abismo; por otro, los almenados ~~bosques~~ del Quilotoa, que suben al cielo, cuyas faldas están cubiertas de tajos y barrancos. Más allá, cien y cien otras quebradas se cruzaban á cual más tétrica y profunda. Aquí un suelo ceniciento, cubierto con la lava de los volcanes; allí, escarpaduras de color de betún. Era la hora del crepúsculo, el aspecto de la naturaleza verdaderamente sublime, y la gama de las sombras y colores, daba á esta parte del globo la apariencia de un cuadro tan maravilloso, que hacía pensar en la bri-

*Bordes*

llante fantasía de los poetas orientales. Terror y admiración: he aquí los dos sentimientos que más vivamente se despiertan en el ánimo.

Empezámos el descenso interminable hacia el valle del Toachi, de cuyo oscuro fondo salía apenas el remoto ruido del río, que aun no se veía. Entre tanto, iban mis ojos recorriendo las faces diversas de esta naturaleza tan caprichosa y varia, no menos que la eterna inmovilidad de sus montañas. El fondo del horizonte era un dédalo de abismos velados de niebla transparente, semejante á un cendal de color de la amatista. Lo cual contrastaba admirablemente con el aspecto lúgubre de los cerros vecinos, donde llovía, y con el azul oscuro del alta sierra que en lontananza se dibujaba, mientras detrás de esas montañas el divino Artífice había dibujado en el cielo los más bellos y grandiosos cuadros con los más vivos y caprichosos colores.

Aun no habíamos llegado al río cuando nos envolvió la noche más tenebrosa. Imposible describirte, Carlos, ese aspecto aterrador de la naturaleza, esos precipicios que á cada paso nos amenazan devorarnos; esa corriente cuyo ruido aumenta á medida que avanzamos, pero que aun brama bien abajo,

cual monstruos que se tuercen ansiosos de nuestras vidas. La noche era tal que no distinguíamos ni la cabeza del caballo, menos, mucho menos el camino. El cordón de la caravana arrancóse en partes, y esas fracciones rodaban por su cuenta: ninguno sabía dónde su compañero estaba, y era menester llamar á gritos para oír sus voces cuadas arriba ó cuadas abajo. Las mujeres creyeron llegado el último de sus días, y con razón, ya que los peligros menudeaban. Enerespábanse los brutos y retrocedían delante de un obstáculo, que al fin tenían que salvar de un salto; lo cual era causa de que ellas creyesen verse ya descendiendo como un ovillo por los despeñaderos. Mi pensamiento estaba en Ernestina, que iba bien abajo, y á quien no podía seguirla por acompañar á su madre. En eso, un grito agudo y funesto de mujer, salido de lo profundo me heló la sangre: por la voz no pude saber cuál fuese: en vano di voces preguntando lo que había, nadie me respondió: el grito fue lejano, y una vez dado, todo quedó en silencio. ¡Qué eternidad la de esos momentos! Quiso andar con mayor presteza, pero imposible: una persona muy entrada en años que iba adelante me lo estorbaba, no menos que doña

Manuela, que más muerta que viva no cesaba de echar pestes contra tan malhadado paseo: y tan preocupada iba de su persona la señora, que no hizo gran caso del grito que abajo dieron. Fuera de eso el caballo se me estacaba á la continua, sin que me valieran las espuelas. Más de una vez hube de apearme á buscar camino á tientas, pues que la suerte quiso que algunos no tuviésemos ni fósforos anoche.

—Quién será ella? terrible pensamiento que me abrasaba el cerebro como un fuego voraz: no podía persuadirme que á ninguna otra pudiese ocurrir la desgracia que yo me figuraba, sino á Ernestina, y ya la veía rodando, muerta, despedazada . . .

Quién sabe? me decía en una ráfaga de esperanza, quién sabe si aún vive y espera mi socorro en una sima?

Las tinieblas se ennegrecieron más, si cabía: empezó á llovernos, y el suelo estaba resbaladizo. ¡Oh desesperación, oh angustia, no poder precipitarme por encima de todos á salvarla! Y á la vez que era en mí grande el ansia de avanzar á toda prisa, grande era también el miedo que mi ánimo embargaba de saber en lo que ese ay! siniestro consistía.

El grito había sido lanzado por

una muchacha que se cayó del caballo al tiempo de llegar al río, pero que nuestra buena suerte quiso que quedase suspendida de una peña, gracias al vestido que en ella se le enredara. El ruido del torrente impidió que oyeran mis voces, y fue causa que pasara yo momentos de mortal congoja, porque no es posible, te aseguro, verse nada más aterrador como ese grito dado á esa hora y en ese abismo.

Felices habríamos andado si hubiese terminado aquí nuestra aventura. Llegado que hubieron al río los que iban delante, aguardaron á los que veníamos atrás, para estar reunidos en lo más peligroso del viaje. Había llovido por las alturas á la tarde, y el río crecido como nunca. Todos temblaban aquel momento: las mujeres de miedo del peligro, que era inminente; los hombres, por el riesgo que ellas corrían, bien que aparentásemos serenidad, por infundir ánimo en los pechos femeniles. Como no había puente, debíamos pasar el río desafiando la furia de las olas. No faltaron quienes opinasen, sobre todo las mujeres, como más prudente desistir del tal paseo, y regresar de allí: pero los hombres dijeron que igualmente peligrábamos regresando que siguiendo nuestro camino; tanto más cuanto que el aguacero crecía, y el Chaupi se ha-



llaba á pocas cuadras de la cuesta, que de la parte de allá del río era relativamente corta.

Cuál es el más atrevido, cuál se lanza primero? Uno de los guías que al decir de todos era arrojado hasta la temeridad en los caminos malos, fue quien se puso al frente de nosotros, y quien apretando los ijares á su caballo se lanzó adentro.

No pudimos seguirle inmediatamente unos tras otros, porque los nuestros retrocedían espantados al punto en que metían los cascos en el agua, llegando el mío á encabritarse.

Ya se oía el sordo resoplido de los brutos, que hacían esfuerzos extraordinarios rompiendo la corriente, cuando en eso hirió mis oídos la desesperada voz de Ernestina avisando que el río la arrastraba. Según de donde la voz salía, deduje que no llevaba la misma dirección que los demás, sino que ya buen trecho había sido arrebatada.

¿Nunca puede el hombre conocerse á sí mismo, ni saber de cuánto es capaz en tanto que no se halla en los más duros trances de la vida! Yo, que vanamente luchaba con mi alazán, no sabría decirte cómo en un Jesús me puse donde ella estaba.

— Ernestina! llamé desesperado.

A lo que me respondió despa-  
vorida, al tiempo en que los cascos  
de su caballo sacaba chispas de  
un ancha piedra, sobre la cual bra-  
ceaba el animal fogoso haciendo  
esfuerzos por escaparse del torren-  
te: hasta que no pudiendo mante-  
nerse más tiempo sobre la bestia  
dio consigo en el suelo. ¡Ay ami-  
go! si la caída hubiera sido en la  
mitad del río, no existiríamos ni  
ella ni yo . . . igual suerte hu-  
biéramos corrido los dos. Mas  
quiso mi buena estrella que sobre  
esa piedra cayese y que ni el golpe  
fuese grave, caída feliz que hasta  
ahora no acierto á comprender, y  
así pude sacarla sana y salva á la  
orilla opuesta, donde en la oscu-  
ridad oculté el rostro en su seno y  
me deshice en llanto.

Esta mañana la contemplaba y  
me parecía mentira verla. Son-  
rióse un tanto conmovida com-  
prendiendo lo que pasaba en mi  
pecho.

Lord Hámilton ha resuelto des-  
cansar hoy día, á fin de mañana  
poder sin trabajo hacer la ascen-  
ción al Quilotoa.

El mayordomo del Ohaupi, que  
se ha envejecido por aquí, cuenta  
maravillas de la laguna. Difícil to-  
será, en esta relación del viejo, dis-  
tinguir la realidad de las poéticas  
ficciones en que la imaginación po-  
pular se ha complacido por aumen-

tar el misterio de estas regiones encantadas.

La laguna es insondable y desierta, dice: ni un ave cruza sobre sus funestas aguas, que á borbotones y con mucho ruido hierven de cuando en cuando, tornándose, cuando hierven, amarillas. Ocasiones hay que se enfurecen y levantan en forma de torbellino devorando cuanto encuentran; así es como se eugulleron una isla que á su centro se alzaba, isla que tornó á aparecer años adelante para volver á hundirse. Ardió el lago años há toda la noche, y tanto que abrasó el fuego muchas leguas á la redonda; el color de las llamas era siniestro; el agua se tiñó en sangre, los montes vecinos se enrojecieron: se esterilizaron los campos, el ganado de las cercanías pereció y las rocas de sus bordes quedaron negras desde entonces. Y en tanto que el cerro ardía, y apesataba el azufre los aires, grandes grupos de fantasmas giraban cual torbellinos en derredor del incendio dando aullidos espantosos.

Así nos cuenta el viejo.

Ernestina y yo hemos cometido involuntariamente una falta que nos va costando caro. Ignoro hasta dónde vayan las consecuencias de nuestra imprevisión: pues has de saber que nos fuimos al Quilo-

toa los dos solos sin que nadie nos guiase, exponiéndonos así á los más serios percances en nuestra correría.

Ya te he dicho que el Ochaupi está en sus faldas al fondo de un valle.

Como al mirar desde aquí las altas peñas que dominan la casería nos sentimos atraídos por sus cumbres, en almorzando salí-mos los dos, no con ánimo de subir al cráter, sino tan sólo de encaramarnos en las peñas que teníamos á la vista.

—Una toledana es una ardilla, dijo bromeando, cuando empezá-bamos la ascensión: las calles mismas de la ciudad son tan tortuosas y pendientes, que es imposible por algunas el tránsito de coches. Me imagino que estamos en Toledo.

A poco reposábamos ya por cima del más alto peñasco donde, volviendo ella la cabeza hacia nuestras espaldas, exclamó emocionada:

—Esto es grandioso! Mira Alfredo, prosiguió, como el Darro á la Alhambra, como el Tajo á Toledo, oíne aquí el Toachi al Quilotoa, volcán que, como la ciudad en donde yo nací, reposa, á lo que dice lord Hámilton, sobre eternas bases de granito. También en mi tierra se ven soberbios anfiteatros de montañas, los Montes de Tole-

do, ásperos y estériles, cubiertos sólo á trechos de olivares.

Profundamente distraídos por esta comparación, continuámos subiendo sin darnos cuenta de lo que hacíamos, atraídos por nuevas alturas que nuevos y más grandiosos espectáculos nos prometían.

A media hora de andar nos vimos al borde de un abismo, y ella, siempre en su afán de darme una idea exacta de su tierra, mostrando el fondo, dijo:—Así es el Tajo en Toledo: con la diferencia de que aquí todo es silencio y allí todo estruendo.

Seguímos subiendo paso entre paso mientras me contaba tantos recuerdos de su infancia.

Cuando menos pensé, un páramo igual había sustituido á las barrancas, toda señal de habitación humana había desaparecido, y la perdiz y el conejo eran los únicos habitantes de ese desierto sin límites. Sólo á lo lejos se dejó ver la última sombra humana en ese páramo: un indio que á más andar bajaba de las alturas con una carga de leña en las espaldas. Ella, embebecida en su relación, no advirtió nada de lo que en torno suyo sucedía. Espesa niebla, salida del fondo cual humo de volcán, iba derramándose por los bordes del Quilotoa cubriendo el suelo de negra sombra. Dicha niebla pa-

recía bajar al encuentro de la otra que á nuestras espaldas volaba hinchendo las quebradas y trepando las peñas.

Yo no cesaba por donde íbamos de romper papelitos y echarlos al suelo en tanto que á Ernestina escuchaba su conversación.

Cuánto hubiera dado porque fuese eterno ese camino! era tan desierto aquello . . . Oh Carlos, no hay dicha comparable, te aseguro, á la de hallarse en campos solitarios con la persona querida.

Todo esto fue causa de no reparar en que nos alejábamos demasiado de la casería.

—Hay cosas, dijo al cabo de breve pausa, para las cuales hubiera querido yo haber por completo perdido la memoria. Tengo en mi vida un hecho negro, prosiguió arrasados los ojos en lágrimas, que no he podido perdonarme, y que noche y día me remuerde la conciencia como un gusano roedor. Una mañana, recuerdo que era el 30 de abril, íbamos á la romería de la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, que está por cima de una montaña enfrente de Toledo. Al pasar el puente de San Martín nos apeámos del coche, por ver á nuestras anchas aquella quiebra salvaje y profunda causada en eso derecho por el Tajo. Llevábamos con

nosotros á una hermanita mía de cuatro años de edad, menor que yo con cinco. Traíala yo de la manecita, cuando no sé cómo se me zafó, y el rato menos pensado la vi alargando el cuello y mirando al fondo del abismo. Estremecíme al verla; y volé á ella y la saqué fuertemente, sin reparar en que convalecía de una fuerte enfermedad. Emperróse mi hermana, y en vez de darme la mano para llevarla al coche, se sentó allí á llorar de rabia redoblando el suelo con los talones. Esto me puso violenta y ciega de cólera, y le di tal pisotón . . .

La emoción la obligó á callar, pasada la cual, con voz trémula prosiguió:

—A los tres días recayó en su enfermedad, y á los quince murió.

Desde entonces me entregué á la devoción de Nuestra Señora de la Cabeza, y mi consuelo ha sido irme á llorar á sus pies, porque me he figurado que era ése el único medio que me quedaba para ponerme en comunicación con mi hermana, á quien no le pedí perdón en vida, no comprendiendo como no comprendí lo enorme de mi crimen sino cuando ella estaba muerta.

Esto me impresionó tanto más cuanto que á mí me había ocurri-

do un hecho parecido, y yo lloré con ella. . .

Entre tanto la niebla acabó por envolvernos, y Ernestina despertándose entonces á la realidad, tuvo gran susto. Miró para arriba, miró para abajo, y no vio más que niebla, espesa niebla, y se creyó perdida. Palideció tanto que me apresuré á sosegarla, ofreciéndole regresar al punto, si así era su voluntad.

—Será imposible acertar con el camino, dijo, aquí no veo senda ninguna, esto es un desierto.

Nada temas, le respondí, más muerto que vivo, arrepentido de haberla puesto en semejante situación, nada temas, que el camino que hemos traído está trazado con papeles: sólo este último trecho en que me contabas la escena de tu querida hermana se me olvidó esta precaución.

Esto la serenó algún tanto, porque, en efecto, me vio en esta ocupación mientras subíamos, cosa á que no había dado ella ninguna importancia. Con todo, no quiso dar un paso más hacia adelante, insistiendo en que nos volviésemos de allí. Saqué entonces mi reloj, y con él por delante le dije: —Si dentro de cinco minutos no hemos coronado el cráter nos volvemos: mira, estas piedras que co-



mienzan á cubrir el suelo anuncian su proximidad.

Efectivamente, mi cálculo casi fue exacto: bien pronto distinguimos casi sobre nuestras cabezas las ásperas peñas de sus bordes, donde tuve que darle la mano como un punto de apoyo, porque el ascenso era difícil. El terror de la naturaleza aumentaba, y sentíase algo así como la aproximación de una cosa desconocida y terrible, como el anuncio invisible de un espectro que va á mostrarse ante aquél que le ha evocado. Cuando nos parámos para tomar aliento, cogió mi mano, y poniéndola sobre su pecho me dijo:

—Mira cómo palpita.

Después de lo cual, corriendo sus ojos por mi rostro, cual si tratara de descubrir en mí la señal de alguna fuerza extraña, exclamó.—¡A lo que me obligas Alfredo!

La soledad no podía ser más funesta. Una manada de cabras que habían estado encaramadas sobre el más alto picacho, cruzaron de improviso por delante de nosotros cosa de hacernos retroceder espantados. En ese momento coronámos la altura y vimos dilatarse á nuestros pies una vastísima cuenca. Ernestina, que estaba asida de mi mano, retrocedió un paso,

mientras yo me quedé yerto contemplando.

Te digo que el Tártaro de los antiguos no es más horrendo, ni á una visión del Dante se erizan tanto los cabellos como al pararse al borde de esta región desolada y oír el silencio de este abismo henchido de niebla, donde cien negros peñascos se dejan entrever cual espectros que van saliendo del profundo. La niebla no es tan espesa que no se perciba hasta unas dos cuadras de profundidad. ¿Y más allá? . . . En medio de este silencio que amedrenta, sale del fondo el triste canto de una ave que parece el gemido de la muerte, al cual responde arriba el gemido del viento no menos triste. Pasado el primer momento de asombro mi primer cuidado fue calmar á Ernestina, que aunque mostró gran valor y se sintió sobrecogida de admiración, con todo, no podía su rostro ocultar el terror que su ánimo embargaba.

Pero cuándo mostró mayor inquietud fue cuando me vio bajar contrariando su voluntad por ese despeñadero sin camino. La atracción que sobre mí ejercía el abismo, tan poderosa fue que ciegamente obedecí. Había bajado algo más de dos cuadras, cuando me vi al borde de un tajo vertical tan grande que me dio vértigo al mi-

rar al fondo. Aun no se veía la laguna, pero imposible me fue dar un paso más hacia adelante. Absorto é inmóvil me había quedado, hasta que el vuelo siniestro de un ave que cruzó zumbando como una bruja por sobre mi cabeza, me sacó de ese estupor estremeciéndome.

Cuando subía de regreso, vi á través de la niebla la noble y alta figura de Ernestina de pie al borde del precipicio, lo cual me recordó las peñas de la Alhambra donde la vi por la primera vez.

Asidos de las manos comenzámos á más andar la bajada del desierto, cuando de pronto nos vimos en presencia de una visión tan espantosa que me creí que la muerte nos había salido al paso. Un toro corpulento salió de entre la niebla, y al percibirnos alzó la cabeza y se plantó á mirarnos con amenazador continente. Mi primer pensamiento en tan extremo trance fue poner á Ernestina á mis espaldas aconsejándola que huyese, ínterin yo, la mano en mi pistola, lo miraba de frente sin moverme. Afortunadamente para nosotros, un perro vino á poco hecho un saeta, y lo llevó á juntarse con el hato del cual probablemente se había apartado. Volví la vista hacia Ernestina y vi que había venido al suelo á causa de

un principio de desmayo. Estaba pálida y trasudando. Mi turbación no fue menos que mi susto, y así lo único que me ocurrió en ese trance fue arrimar su cabeza sobre mi hombro izquierdo, mientras con la diestra le refrescaba el rostro haciendo de abanico un pañuelo, que otra cosa no tenía.

Reanimada algún tanto, continuámos descendiendo aunque no sin gran trabajo, porque no obstante mi cautela para no perderlos, como el viento había arrebatado los papeles, no sé á qué hora nos habíamos desviado del camino, cosa de venir á salir á una hacienda no muy vecina del Ohaupi, donde tomámos guía que nos condujera á casa.

Cuando llegábamos aquí oímos en las alturas unas voces que llamaban.

—Y eso qué significa? pregunté al guía, quien, fijando los oídos hacia arriba, respondió:

—Señor, alguien se ha perdido en el páramo, y le están buscando.

—Dios santo! exclamó Ernestina toda ella asustada y acelerando el paso.

Entendí que ella pensaba como yo. Con efecto, no nos habíamos engañado: lord Hámilton había enviado gente que nos buscara, porque alguien le avisó que ha-

híamos tomado esa dirección y desaparecido en el páramo. Preveo cosas graves, Carlos. Son las dos de la mañana, y no puedo acostarme: tengo fiebre. No me veo hasta ahora con don Francisco: dicen que está enfermo: cuando vinimos ya estaba en cama. Doña Manuela había corrido desolada en busca de Ernestina: no bien esto me avisaron volé en su busca.

— ¡Y mi hija, dónde está mi hija! preguntóme con las manos tendidas al punto en que me vio, y haciendo un ceño tal como si fuera á devorarme: tales eran de centellantes los ojos que giraban terriblemente en sus órbitas. Lord Hámilton no ha salido ni á recibir á Ernestina. ¡Estoy resuelto á todo por ella! Ernestina se encerró á su vez en su cuarto y no quiso ni comer. Dios mío! tengo fiebre. Sólo porque me he impuesto la obligación de darte cuenta de todo he podido escribirte tan largo. Muchas veces he tenido que suspender esta carta. Tengo fiebre Carlos. . . A los amigos de La Tacunga les conté todo tal cómo sucedió, porque entendiesen cómo nuestra excursión había sido de una manera impensada: pero ellos se vieron las caras y callaron con un modo tan significativo que se me heló la sangre

en las venas. La noche es profunda: he vuelto á entrar porque llovizna. ¡Ella es tan buena! Ernestina es buena, yo no temo sino por ella. ¡Temo por todo, Carlos! Me arrepiento de haberla llevado. Dios sabe que no dependió de mí. Hay momentos por los cuales yo me dejara matar. ¡Oh Carlos, no sabes cuan hermoso es vagar con Ernestina por campos sin testigos!”

Los temores de Alfredo eran justos, pues todos en casa se indignaron contra él por estos avances á que antes no se había atrevido.

—Esta es una gangrena que requiere la mano firme del cirujano, decía lord Hámilton frunciendo el ceño y moviendo lentamente la cabeza de arriba abajo, señal de la firme resolución que le animaba en sus secretos designios contra Alfredo.

—Esta es una insolencia, un crimen inaudito, dijo don Francisco, paseándose con grande agitación del uno al otro extremo de la pieza: una ofensa de que no quedará vengado sino. . . Y parándose en su paseo apretó los dientes y sacó un revólver que ya se figuraba disparar sobre Alfredo que aún estaba en la laguna. Después, clavando esos ojos de furia en un punto, como si mirase fijamente á

un sér aborrecido, prorrumpió en imprecaciones contra ella:

—Hipócrita, loquilla, desvanecida . . . Yo sabré castigarte, loquilla, yo sabré. Y apretó más los dientes y el puño de la mano, volviéndose su rostro, inflamado en ira, más rojo que un camarón. Más de una vez se sentó y tornó á pasearse, balbuceando las mismas palabras amenazantes.

Lord Hámilton le observó que no había por qué exponerse á un atentado, que la prudencia podía en esos casos más que la violencia, dado que con ésta todo se precipitaba, y con aquella todo se conseguía.

—Ya estoy pensando en la mejor manera de dar un corte á la insolencia del mozo, prosiguió: ella le quiere, está visto, y hay que descartarse de él cuanto antes. Espero, eso sí, que U. no me estorbará que lleve á término feliz este negocio.

En esto le acometió la tos á don Francisco á quien le consumían las fuerzas tantos arrebatos de cólera, y se retiró á su lecho.

Al otro día mañana, Alfredo, que no había pegado los ojos en toda la noche, estaba paseándose en el corredor. Oyendo su voz don Francisco no pudo contenerse, y, olvidando las advertencias de lord Hámilton, salió á la puerta

en paños menores y llamó adentro al granadino, quien le obedeció sobre la marcha. Entonces don Francisco, gruñendo y mostrándole los dientes como un perro rabioso, soltó la rienda á un torrente de maldiciones al tiempo que le metía las manos en el rostro y redoblaba en el suelo con los pies. Alfredo no manifestó temor ni respondió palabra: allí se dejó estar, un tanto pálido por la mala noche y el sufrimiento, á pie firme, con una serenidad inquebrantable. Mas parece que esta misma actitud de Alfredo irritó más á don Francisco, quien sacó revólver contra el joven. Alfredo, muy lejos de defenderse, con firme paso avanzó adelante, ó irguiendo la cabeza, le mostró el pecho diciéndole:

—“Puede Ud. matarme don Francisco”. Quien al ver aquello quedó estupefacto: por un momento se les vio inmóviles á los dos: el uno parecía una estatua, el otro un tigre petrificado.

Cuando Alfredo salía, echólo como á perro el irritado anciano dándole un puntapié en las posas.

Esto sí que no pudo llevar en paciencia la altivez del noble granadino, y volviendo el rostro, fuera de sí de indignación, le cogió por la garganta á don Francisco, y le estrechó contra la pared con ira



tal que le dejó al pobre viejo sin defensa. Al forcejar éste salióle el tiro del revólver que tenía en la mano. Ernestina, que á la mañana se había quedado adormecida, se despierta con el ruido, y sin más tiempo que calzarse unos zapatos y terciarse unas enaguas púrpuras de seda que más á la mano estaban, salta de su lecho, abre la puerta asustada, y mira al grupo . . . Qué horror! Se le estremecieron los huesos. Alfredo! grita ella enajenada, y vuela á ponerse entre los contendientes. Y al ver Alfredo esa mujer divina, derramando gracia en medio de su angustia, los cabellos sueltos y un tanto desgredados, ojerosa porque no había dormido; desnudos los brazos, palpitantes los senos, y al ver que era á su padre á quien de tal suerte había ofendido, clamó al cielo con la vista, y apretándose las sienes con las manos salió desesperado corriendo como un demente por los campos.

El sonido del revólver y la bulla acabaron por despertar á todos los de la casa, y salió doña Manuela dando voces, y salió lord Hámilton, y los demás, y todos desde el patio clavaron atónitos los ojos en ese hijo de la desesperación que acababa de voltear la loma.

Enterado lord Hámilton del asunto, reprendióle con aspereza á

don Francisco, en quien ejercía el lord influencia decisiva. Díjole que puesto que él le había encargado le dejase á él la dirección de ese negocio, había hecho muy mal en violentarlo de esa suerte. Y llamándole aparte le descubrió por lo bajo su plan de ataque, el cual le pareció á don Francisco admirable y decisivo: siendo tal su alborozo que quiso compartirlo con su querida esposa doña Manuela, á quien corrió á descubrirle á su vez el secreto que lord Hámilton acababa de confiarle.

Grande fue la sorpresa de Ernestina al ver que sus padres no menos que lord Hámilton tan de buen humor se mostraban después de lo ocurrido. Y aunque la amargura de su pecho no le permitía participar del contento aparente de los otros, con todo, no dejó de sentir algún consuelo en su interior: consuelo que se reveló apenas en su rostro entenebrecido desde esa hora fatal.

Como para dar cima á su intento había menester lord Hámilton hacer la escursión á la laguna, tomó en seguida el desayuno, que era una especie de almuerzo, y acto continuo entregó á unos indios una tienda, salmón, jamón de York y otras carnes frías; galletas, cerveza refrescada con nieve, y con ellos, un guía, su paje de

estribo y dos latacungueños se marchó al cráter, de donde no volvió sino al siguiente día.

Lo primero que hizo de vuelta fue dirigirse á Ernestina para abrazarla, y aunque la vio pálida y llorosa abstúvose de preguntarle la causa. Sus padres le dijeron que la habían tratado con el mayor cariño y solicitud, y que ella se había mostrado á su vez muy complaciente. Quando les preguntó por Alfredo le respondieron que no había vuelto desde el día anterior; que por un momento llegaron á creerse libres del mozo, figurándose que del todo se habría ido, mas que acababan de notar con disgusto, no obstante la reserva que Ernestina guardaba, cómo envió al paje Manuel, que era el suyo propio y de su entera confianza, con alimento, ropa de cama y un papelito hacia el río, por el lado de una choza ocupada el día por un pastor de cabras y vacía la noche: después de lo cual asomó llorosa. Eran las cinco de la tarde.

Sentóse inmediatamente lord Hámilton á escribir una carta, después de enviar á otro paje llamado Juan en busca de Alfredo, hasta encontrarle y decirle de su parte que con urgencia tenía que hablar con él acerca de las observaciones científicas que venía haciendo en la laguna. Volvió el

paje á decirle que á tanto andar había dado con él á orillas del río donde estaba sentado sobre una piedra; que le dio el recado, pero que él ni alzó la cabeza ni contestó palabra, y continuó agachado llorando como le encontró.

Ernestina, que desde la pieza inmediata lo escuchaba todo, encaminóse al fondo sollozando y cubriéndose el rostro con las manos.

Lord Hámilton mandó decir por segunda vez á Alfredo que luego al punto viniese, que de toda necesidad necesitaba de su persona para enviarle de seguida á una comisión científica.

A este recado Alfredo se recogió á la noche, mas no al aposento de lord Hámilton sino al suyo propio: donde vino el inglés con una carta en la mano á decirle que quería que al otro día mañana partiese para Cayambe á entregar dicha carta á su amigo y compatriota Jorge, sin cuya contestación no podía volver.

“Yo supongo, dice Alfredo en una carta que desde Colaisa escribe á Carlos, yo supongo que lord Hámilton me envía con esta comisión á fin de que obre el tiempo en el ánimo de los padres de Ernestina, demasiado tirante desde aquel día nefasto. Lord Hámilton es muy buena persona: admiro su paciencia. Ernestina le está muy

agradecida, y me ha dicho que se portará con él con las mayores atenciones en reconocimiento de su buen porte. Efectivamente, lord Hámilton ha podido sin entrar en averiguaciones plantarme de patitas en la calle, con sólo alegar que no necesitaba ya de mi persona. Como yo en Granada no pensé en más que seguir á Ernestina aun cuando al fin del mundo fuera, el día que el noble lord me recibió á su servicio, ese día se abrieron para mí de par en par las puertas del paraíso, y no vi más, y á ojos cerrados firmé el documento que el buen lord me presentara, en el cual las condiciones más favorables son para él que para mí. Pero sería yo un malvado si te dijera que abusó alguna vez de esa coyuntura en mi daño. Lo que siento es que sea él el pretendiente de Ernestina, él que tan generosamente se ha portado conmigo.

Triste estoy, Carlos. Lord Hámilton me ha dicho que no vuelva sin traer de Mr. Jorge la contestación á la carta que le llevo. Veo la gran distancia que hay de aquí á Cayambe, y no sé cuándo vuelva. ¡Qué eternas son las horas para el que está ausente de su bien! Quisiera ser presto como un posta, pero en estos caminos tan malos y casi siempre llovidos, esto es imposible. Te he dicho

“caminos malos”, cuando en realidad no los hay ni buenos ni malos. Si vieras esa entrada á Quito, ¡esos Tarubambas, ese Outunlagua! Y ten entendido que esos puntos no son lo peor de aquí á Cayambe. Me viene desco de volver ¡que gana de volverme al Obaupi y verla una vez, siquiera una vez más! Esta mañana ella fue la primera en levantarse. El sirviente quiso despertarme á eso de las cinco, pero Ernestina lo estorbó, y no me levanté sino á las seis en que vinieron á decirme que ya el caballo estaba listo. A esa hora todos dormían, sólo Ernestina estaba en pie.

—Cuándo vuelves? me preguntó: yo la abracé sin responderla: ambos quedámos mudos de emoción.

Se sacó un escapulario y me lo echó al cuello con sus manos: también una liga suya llevo sobre mi pecho. Ambas cosas las he besado cien veces.

Anoche pasámos horas enteras conversando los dos por la ventana. Pero antes de eso los de Latacunga, atraídos sin duda por la luna, salieron al patio á sentarse en un montón de piedras. Uno de ellos está enamorado de una tal Adelaida, muchacha de tanto garbo y gentileza, que á no estar Ernestina de presente habríamos

todos confesado que era ella el sol de la hermosura. Sólo Ernestina ha podido aventajarla, y barto lo conoce la Adelaida, quien con orgullo y todo porque es bien orgullosa, no se causa de admirar á la española. El enamorado no es de Latacunga sino estudiante de ese Colegio. De tal manera se ha entregado á sus amores el pobre joven que ha perdido el año por ella; el padre del mozo está una pantera contra él, á juzgar por las cartas que le escribe llamándole á su provincia. Dicen que volviendo de esta escursión se va. Lo peor para él es que la apuesta joven no le corresponde sino á medias, que más decidida se muestra por un extranjero con quien probablemente va á casarse. Pues dicho amante infortunado cantaba anoche tan tiernos versos de despedida al són de la guitarra, que no pude resistir al ímpetu de la emoción. Estaba solo en mi aposento, me tendí en el suelo boca abajo ¡y Dios, sólo Dios sabe hasta dónde llegaron mi llanto y mis sollozos!

A eso de las once en que los músicos entraron, las puertas se cerraron y todo quedó en silencio; salí á vagar en torno de la casa atraído por la melancolía de la noche. Sentéme en una peña enfrente de la cerrada ventana de Er-

nestina cuyo cuarto estaba oscuro. Oh Ernestina! dije en mis adentros, quisiera ser mariposa para penetrar hasta tí, quisiera como el *quinde* picotear por un instante tus labios de carmín y embriagarme con el aroma de tu aliento . . . Después de lo cual me había quedado inmóvil no sé cuanto tiempo, abandonado á mis tristes pensamientos con la vista á la ventana, cuando vi con asombro entreabrirse y asomarse á ella Ernestina para llamarme:

—Por qué no duermes, Alfredo? me dijo en llegándome á sus pies, ¡hace tanto frío! Y sin aguardar respuesta me preguntó que á qué hora partía.

—El mozo, le dije, quedó en ensillar el caballo á las cinco de la mañana. Yo ya te hacía durmiendo.

—No tengo sueño, dijo: vi abierta tu puerta por la rendija de la mía y abrí la ventana creyéndote fuera.

En eso los músicos, que hasta aquí callaban, tornaron al canto con igual pasión y acaso más que primero. El alzarse y deprimirse la blusa que cubría sus pechos voluptuosos, me dio á entender que le palpitaba violentamente el corazón. La emoción rebosaba en mi pecho, la ausencia se me representó espantosa: la miré, la mi-



ré al rostro con avidez devoradora . . . y entre gemidos oculté mi frente en sus manos. Ella, compadecida de mí, posó sus labios en mis cabellos, y así permanecemos largo espacio.

—Ernestina, le dije al fin con voz trémula, tan buena eres, tan linda eres, que temo no haber nacido yo para tanta dicha. Sólo el día que tenga derechos sobre tí, que pueda decir delante de Dios y de los hombres: “Eres mía”, sólo entonces podré tranquilizarme.

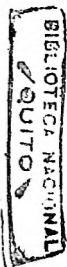
—Piensa en tu Ernestina y nada temas, me respondió poniéndome sus sedosas manos bajo la barba, como suele una madre con su hijo al tiempo de besarle. Yo espero, prosiguió, que á tu vuelta todo se arreglará. Si vieras . . . tan otros están mis padres en estos últimos días, que si en ellos estuviera alcanzarían las estrellas para darme. Yo no sé qué es mayor en mí, si mi gratitud ó mi asombro. Figúrate que precisamente cuando yo temblaba aguardando fatales consecuencias . . . Sin duda han reflexionado, yo entiendo así, que son vanos todos sus esfuerzos por separarme de tí, y han visto cuánto te amo y cuánto por tí padezco. Sí, han reflexionado, no cabe duda, ellos son inteligentes y todo lo han comprendido. Han de haber dicho: “De-

jémosla, que nuestra hija sea feliz uniéndose con quien ella quiere". Tan buenos son mis padres! yo les soy muy reconocida. Grande es mi gratitud, Alfredo. Ese lord, te digo que es un santo de bondad: ya se habrá convencido que mi corazón no es para él, que ha dejado de molestarme con inspidos requiebros: pues ahora me trata, con cariño sí, pero sin pretensiones de amante. Yo, á mi vez, me porto muy cariñosa con él y muy solícita. Hasta le ayudo á escribir y á clasificar hojas, añadió bromeando al tiempo que me componía la corbata: ya entiendo de flora, de fauna, de geología, de cuánto el quiera, con tal que no me hable de amores.

El canto de un gallo á lo lejos vino á interrumpir las palabras y el buen humor de Ernestina: quien sacando su relojito y alargando cuello y brazos fuera de la ventana, vio las horas al claror de la luna.

—Las cuatro de la mañana! exclamó asustada: ¡y teniendo que caminar tanto! Anda acuéstate Alfredo. Tienes tau quebrantado el color . . .

Hasta ahora está resonando en mis oídos ese "Adiós Alfredo" que con ternura infinita me dijo al separarme.



Nunca como ahora he comprendido que sin ella me sería imposible la vida. No sabes, Carlos, cuanto padezco desde esta mañana que me ausenté de su lado. Mientras yo hacía la maleta, ella se adelantó á una loma por donde debía yo pasar y de donde se domina largo trecho del camino. Ay! Carlos, está la tarde tan triste aquí, y tan lloviosa y fría. . . Nunca me he de olvidar de esa despedida. Quando ya comenzaba el descenso de la quebrada, volví por última vez la cabeza hacia la loma, y la vi enjugándose con el pañuelo los ojos. . .

Vuelvo á sentarme á continuar esta carta, que me vi obligado á suspender. Hay ratos que me acomete la tristeza con furia tal que me da gana de llorar á gritos. Si vieras, Carlos, con cuánta pasión recorro con la vista los lugares por donde con ella he andado. . . Esta casa donde me hallo es para mí un manantial de recuerdos: cuando entré á su dormitorio, no te puedo explicar lo que sentí. . . La cama, desarreglada, tal como quedó la mañana que partimos: delante de la cama, en el suelo, ha quedado un camisón suyo. ¡Si hubieras visto como me lancé sobre esa camisa, cómo la apretaba contra mi rostro y la mordía mientras lloraba! . . . Carlos, Carlos, hay algo

dentro de mí que me desgarraba el corazón. Tan tímido me he vuelto, que ya me figuro que llego á morirme sin poseerla. En vano me esfuerzo en desechar estos pensamientos. Adiós Carlos: ya te escribiré de donde pueda: no dejes de consolarme con tus cartas. Adiós”.

Infeliz Alfredo! Aunque sus presentimientos eran acertados, nunca pudo prever qué golpe mortal su negra estrella le tenía preparado. No sabía que consigo llevaba la carta de Urías, y que ese “adiós Alfredo” que le dio Ernestina al despedirse, era el adiós eterno!

No negamos que el plan de lord Hámilton era bien trazado: mas ya veremos que él por sí solo no hubiera bastado, á no haber el genio bronco de don Francisco rendido el corazón de la desventurada Ernestina con medidas tan extrañas. Dicho plan del lord era el siguiente: Enviar á Alfredo á Cayambe con una carta para Mr. Jorge, con la orden expresa á aquél, según queda insinuado, de que no volviese hasta que Mr. Jorge le diese la respuesta por escrito, al paso que á éste le decía, en esa carta que retardase cuanto en sus manos estuviera la tal contestación.

Como se ve, con esto apenas

conseguían otra cosa que ganar tiempo, pero dentro del cual se aparejaban eso sí á poner en juego todos los resortes que en sus manos estuvieran en orden á mover en su favor el corazón de la rebelde Ernestina.

Mr. Jorge, que estaba en el secreto, dado que la carta lo explicaba, sin los antecedentes que acerca del noviazgo de su camarada tenía, no anduvo tardo en eso de disponerlo todo á sabor y entera satisfacción de su muy amigo el lord. De suerte que no se contentó con entretenerle en las faldas del Cayambe, donde apenas sí tenían el miserable abrigo de la hacienda de Oluarpongo, buscando plantas nuevas, harañas, escarabajos; persiguiendo el cóndor, y más que todo una suerte de lombriz, que él reducía á la especie de los *Rhinodrilus Ecuadorionis*; sino que le llevó á aventurarse por las asperezas del Sara Ureu, so pretexto que tal vez era esa elevada región rica en plantas y animales no conocidos hasta entouces, puesto que aún para los viajeros más ilustres como La Condamine y Humboldt, fue desconocida dicha montaña, pues que nunca la habían mencionado en sus escritos.

No se cansaba Mr. Jorge de repetir á Alfredo que cuanto lord Hámilton le había pedido en su

carta le enviaría cuéstele lo que le costare.

Bien pronto comprendió la triste Ernestina que había sido víctima de un engaño, y que sus padres y lord Hámilton no habían esperado más que volver á Colaisa para llevar al campo de los hechos el negro propósito que contra ella abrigaban.

Cuando Ernestina escribió á Alfredo una carta que lo alcanzó en Quito, áun estaba en el Chaupi. En esa carta le decía:

“Todo marcha bien, no temas nada, Alfredo. Vuélve presto: confío en Dios y en la bondad de mis padres que tú serás mi esposo; juntos viviremos en Toledo, en Granada ó donde tú quieras, aun cuando sea en estas montañas solitarias. He pasado tan triste desde que te fuiste que se me hacen eternas las horas de tu ausencia. Lo que quiero es vivir contigo, Alfredo, contemplando el cielo y las montañas y amándonos los dos: esa es toda mi ilusión, Alfredo mío . . .”

Una vez en Colaisa, trataron en un principio de rendir la voluntad de la muchacha, primero lord Hámilton y doña Manuela á fuerza de ruegos y deslumbradoras promesas; después don Francisco por medio del temor y la amenaza. Hasta que hubo de convencerse

su padre, ante la evidencia, que iban á ser burladas sus esperanzas estrellándose contra tan terrible escollo; pues veía con satánico despecho que á la muerte misma estaba resuelta á desafiar la inexorable Ernestina.

La última tentativa de don Francisco se verificó una tarde en que la amenazaba de muerte, cosa de tener que interponerse entre los dos lord Hámilton, ya que doña Manuela no era por sí sola harto poderosa á contener los ímpetus brutales de su marido.

El amor de lord Hámilton, frío en un principio, iba prendiendo cada vez más en su pecho, alimentado con los desdones de Ernestina; y si antes lo hubiera hecho de buen grado, ahora no podía resignarse á renunciarla. Se acercó á ella y la habló tiernamente: díjole que sentía en el alma ser él la causa de que ella padeciese tanto y que ella era libre para querer á quien más le viniese en voluntad. Todo esto le decía abrazándola como podría hacerlo un padre. De repente se quedó mirándola con ojos apasionados, absorto de tanta beldad. La cabellera ligeramente desordenada, cierta negligencia en esa bata que traía, todo parecía realzar su hermosura en ese rato. Sintió pues lord Hámilton ese momento lo que acaso no había sen-

tido ni en los días más floridos de su mocedad: amor, entusiasmo, adoración, y en ese arrobamiento en que estaba, en esa especie de éxtasis celestial á que lo redujeron el amor y la belleza juntamente, hincóse de hinojos á sus pies sin reparar en los que allí estaban, rompiendo á hablarla con la elocuencia de la verdadera pasión.

—Nó, lord Hámilton, eso nó, dijo ella, dándose prisa á levantarse por la mano: no merezco esa adoración que está Ud. obligado á rendirla tan sólo á la Divinidad.

—Tú mereces que postrados te adoren todos los ángeles del cielo, le respondió lord Hámilton con vehemencia.

A un rato, como si de algo se acordara el lord, salió de pronto afuera: á lo cual don Francisco, cuya indignación había llegado á su colmo en presencia de esta nueva escena, en que tanto rendimiento vio en el uno y tanta indiferencia y hasta desdenes en la otra, comenzó de nuevo á lanzarle imprecaciones: le dijo que si no se casaba con el lord, haría cuenta que había ella muerto para él, y que sería gran complacencia verla devorando hambre y nadando en la miseria—Te engañan llamándote hermosa, prosiguió, fea eres, un monstruo eres, y si algo tienes de bueno, esa es falsa hermosura, que



la verdadera consiste en la virtud, la cual no puede existir donde falta la obediencia á los padres, la gratitud que á nosotros se nos debe.

Le dijo también que era una desvergüenza que tan friamente viese á lord Hámilton postrado á sus plantas, cuando ya querrían otras mejores que ella siquiera una mirada de aquel caballero tan cumplido, tan ilustre por su ciencia, como por su alcurnia y su riqueza.

Ernestina, que hasta aquí estaba callando, se paró encendida y resuelta, y poniéndose en pie y apretando con la mano izquierda la manteleta que del hombro derecho le caía, le dijo con resolución y firmeza:

—Padre mío, yo te quiero, yo te respeto, te quiero mucho, te obedeceré en todo hasta morir, pero ahora no puedo obedecerte, porque no quiero ser casada ni me casaré nunca. Te juro papá que si un ángel del cielo bajara á proponerme matrimonio, á ese ángel del cielo le diría que nó! Y descargó con fuerza á estas últimas palabras el brazo tendido, como si señalara con el dedo un punto dado, al tiempo que tenía erguida la cabeza.

Don Francisco, acostumbrado como estaba á una obediencia cie-

ga de parte de su hija, púsose á temblar de pies á cabeza, rojo de cólera: iba á lanzarse contra ella, cuando entró lord Hámilton trayendo consigo una riquísima cajita llena de joyas, y tendiéndosela á Ernestina, le dijo:

—No te doy estas joyas con la esperanza de que te cases conmigo, Ernestina mas en recuerdo del día fatal en que me has renunciado.

—Lord Hámilton, le dijo ella, os agradezco infinito vuestra generosidad: mas no puedo jamás recibir esas alhajas por lo mismo que no puedo ser vuestra esposa.

Y en diciendo esto se salió, dejando á lord Hámilton con las joyas en las manos.

Don Francisco, que devoraba con los ojos, con el alma tan precioso tesoro rechazado por Ernestina: presa de la ira, de la venganza, de la desesperación, de todas las pasiones del infierno, sintió helársele la sangre, estremecérsele los huesos, y por la primera vez en su vida concibió el más negro designio que imaginarse puede, y que lo llevó á cabo con la horrible tenacidad de su carácter.

Llamó aparte á su mujer ó hija, encerróse con ellas en su aposento, y sin más testigo que las dos, con voz estentórea y diabólico semblante, hizo un juramento tal que

quedaron entrambos como de piedra de asombro y de terror:

—Pártame un rayo, dijo haciendo la cruz con la diestra, pártame un rayo si falto un ápice á mi palabra, pero por esta cruz en que yo creo, por todo lo más sagrado que en los cielos y en la tierra existe, juro que me dejo morir de hambre si esta mujer no se casa con el Lord! Y en diciendo esto salió.

Este juramento era tanto más terrible para ellas, cuanto que don Francisco era enfermizo, y harto conocían su carácter de todo en todo obstinado.

Entonces doña Manuela, después de la pausa que se siguió al juramento de don Francisco, volviéndose á su hija, con calma aterradora le pregunta:

—Y piensas matar á tu padre?

Ernestina, que sintió vacilarle el cuerpo, dio un paso atrás, y allí, las manos cerradas, los ojos en el suelo, permaneció inmóvil sin proferir palabra. Las fuerzas le faltaban, y retrocedió unos pasos, hasta que tocó en el respaldo de un sillón, sobre el cual se apoyó porque ya daba muestras de caer desfallecida: estaba pálida como una cera, y le trasudaban las sienes. Su madre, llorando, la ayudó á pasar á un sofá en que la sentó arrimándola al respaldo boca arriba: abrióle la bata y aflojóle el

corsé. Un cojín forrado de raso de color azul, que estaba á su alcance, lo cogió y apoyó en él la cabeza de la enferma. Aunque prendida, no lo estaba del todo: de suerte que su abundante y ondulosa cabellera colgaba en parte, mientras la otra le entrecubría sus agitados senos, que cual dos blancas palomas de encendidos picos palpitaban. Como las batientes hojas de la puerta se cerraron por sí mismas tras don Francisco, y faltaba aire puro en ese pequeño aposento, abrió la ventana doña Manuela porque entrase por allí el fresco del jardín, á lo cual le bañaron á la enferma los dorados rayos de la luz del ocaso.

La más rica imaginación con toda la fuerza de su inventiva no podrá nunca figurarse cuán encantadora estaba aquella fantástica hermosura.

Si Alfredo la viera se quedara sin sentido.

Doña Manuela, ahí se dejó estar delante de su hija, de rodillas mirándola al rostro con la mayor ansiedad, temerosa de descubrir en ella algún síntoma alarmante. La joven parecía dormida, y al ver su madre prolongarse el desmayo se enterneció hasta el llanto y ocultó sus ojos húmedos en el seno virginal de la inmóvil Ernestina.

Vuelta en sí la enferma, corrió



doña Manuela á poner en conocimiento de su marido el accidente que á su hija había causado su terrible amenaza. Mas se engañará él que crea que esta noticia llegase á ablandar en lo más mínimo el duro y coñicioso pecho de don Francisco.

Ya antes de ahora había Ernestina escrito á su Alfredo avisándole cómo conspiraban contra ella todos los de su casa, y conjurándole á que cuanto antes se viniese en auxilio de su persona; pero Mr. Jorge, que todo lo había previsto, de forma dispuso las cosas, que toda comunicación de Ernestina cayese en sus manos, y así, no fue Alfredo mas el inglés quien recibió las cartas de Colaisá, quedando el pobre joven ignorante de cuanto por su Ernestina pasaba.

Hecho el juramento, fuese don Francisco á la cama.

Llegó la hora de comer; y no comió: llegó la hora de cenar, y no cenó.

A Ernestina no se le ignoraba cuanto daño hacía á su padre no tomar alimento á sus horas, y más todavía no tomarlo del todo, aun cuando esto fuese por una sola vez.

Esa misma tarde, en tanto que los demás se fueron al comedor; don Francisco en su dormitorio hablaba á solas con un carpintero; que mandó llamar de Latacunga.

Fueron á rogarle que comiese: todo en balde. A lord Hámilton le ocultaron la causa de ello, atribuyéndola á una indisposición que se le dejó sentir desde la noche antes: Ernestina no se atrevía á decirle cuál era el verdadero motivo; su madre, menos, puesto que á todo trance evitaba que con tales extremos apareciese á los ojos del lord la tenaz resistencia de su hija inobediente.

Otro día, amaneció don Francisco más enfermo que de ordinario: tenía dolor de espalda y los ojos hundidos; la tos se le había aumentado considerablemente: tosió toda la noche.

La sed le devoraba.

—Tengo sed, dijo ávidamente, como para martirizar más á las pobres mujeres, y cuando le dieron de beber, cogió la copa y la arrojó lejos de sí.

Madre é hija amanecieron llorosas. Ernestina no pudo conciliar el sueño en toda la noche: tenía remordimientos que le devoraban las entrañas, al tiempo que sentía que á su Alfredo amaba con más pasión que nunca.

Aunque de natural medroso, levantóse Ernestina aquella noche á eso de la una de la mañana, y salió afuera. Todo en su torno dormía: la tierra, el viento, el ave; y el silencio de la naturaleza era

solemne. Escurrióse por el bosque meditando y triste. El cielo estaba sin estrellas: la luna, detrás de una nube, aclaraba la tierra débilmente, y las colinas y los lejanos cerros semejaban sombras suspendidas entre el sér y la nada.

Miró hacia Quito, miró hacia Cayambe . . . y se quedó inmóvil como una estatua.

De improviso salió de su garganta una voz comprimida y temblorosa; voz que tenía de funesto y de trágico, que hubiera hecho estremecer á las piedras; voz salida de ese abismo tenebroso del alma; voz de tumba, semejante á un gemido de la eternidad . . . Esa voz no pronunció más que una palabra, no llamó más que un nombre:

—Alfredo ! . . .

Largo rato permaneció inmóvil mirando hacia Cayambe, después de esta exclamación.

Vuelta á su aposento, se miró en el espejo: pálida, ojerosa, pero divina: el dolor parecía haber realzado la hermosura de su rostro, y esto le disgustó.

Estaba peinada á sabor de Alfredo, quien más de una vez le había dicho que así estaba más linda: una peineta al modo de diadema le adornaba la frente.

Quitóse las peinetas y las orqui-

llas, y peinóse á la llana cual señora de edad proveccta: quitóse asimismo el par de pendientes que llevaba, que no eran otra cosa que dos botoncitos de diamante negro del Brasil, engastados en oro, y que tan bien le caían en esa oreja chiquita y en ese blanco de nieve. Sacó su arquilla, obsequiada por lord Hámilton en Granada, en la cual tenía entre otras cosas dos preciosos collares, uno de perlas negras, otro de perlas argentadas, gruesas y redondas; otro de diamantes, de tres vueltas, con uno hermosísimo de las Indias orientales en el centro, tallado en brillante á modo de aquél famoso denominado Regente. Tenía además muchos anillos de oro y brazaletes adornados de piedras preciosas, como rubíes del Oriente, turquesas occidentales, topacios, zafros y esmeraldas. Tanto las peinetas como las horquillas eran de oloroso ámbar, y aquéllas, esmaltadas en oro, con un cielo rojizo y nubes de color de la amatista. Pues todo lo arriba mencionado: brazaletes, collares, horquillas, aretes, peinetas, alfileres, brocamantones y cuanto más tuvo lo metió en su preciosa cajita á la que echó la llave: hecho lo cual salió afuera, atravesó un potrero, y arrojó la arquilla con joyas y todo en las aguas del Outuchi.



Entrada de vuelta á su estancia, cerró las puertas, y dejó caer bocabajo sobre el almohadón de un diván su cuerpo desfallecido. Apoyada la frente sobre un brazo y colgadas las manos fuera del asiento . . . ¡ nunca su ánimo y sus fuerzas físicas se habían agotado tanto como entonces en esa hija del dolor, que llegó á hundirse en el abatimiento más profundo! Si la melancolía se revistiera de carnes mortales, no inspiraría tanta compasión como inspiraba aquella noche esa infeliz Ernestina. Más de dos horas se mantuvo en esa actitud, y así hubiera continuado á no herir sus oídos el ruido que afuera hicieron y la voz de lord Hámilton que la hizo estremecer.

En efecto, ya la luz de la aurora había comenzado á penetrar por las rendijas de las puertas, y los pajarillos, á cantar alegres en las ramas, cuando sonó fuera ruido de pasos: era lord Hámilton que andaba en el corredor aprestándose á partir á una correría de la cual no debía regresar sino á la noche.

Lentamente comenzó Ernestina á moverse en su diván, semejante á una aletargada que poco á poco va saliendo del más profundo sueño. Y paseaba la vista en torno suyo, como si vuelta de lejano viaje, quisiese reconocer sus

cosas; de que apenas conservaba la memoria.

Levantóse de allí y comenzó á andar por el cuarto con aire de demencia. Veíasele á ratos seguir á alguién á toda prisa, y pararse de pronto mirado á un punto fijamente con ojos medio sátones. Una vez tendió los brazos como para llamar á un sér amado: ¡sér amado á quien tal vez en su delirio veía á la distancia alejarse más y más de su presencia! . . . Después, alzando los brazos con cierta coquetería involuntaria, hija de su enajenamiento, se miró la bata blanca que usaba. Acercóse otra vez al espejo, pasó la mano por sus cabellos en ademán de asestarlos, torció á mirarse la bata blanca, y habiendo con la cabeza un movimiento de coquetería sublime, se rio, al tiempo que una lágrima le brillaba en las pestañas.

A poco se vistió de negro.

Llegó la hora de almorzar, y don Francisco no almorzó.

Doña Manuela dirigía á su hija miradas llenas de angustia y de reconvección. Ernestina bajaba los ojos.

Todo el día lo pasó en su lecho don Francisco. En balde su mujer le rogaba horas enteras que comiese, á lo menos que bebiese algo: caldo, leche, vino. Sentada á sus pies ó de rodillas delante de

su lecho, abrazándole como á niño le lloraba, le ponía las manos ó las levantaba al cielo desesperada; don Francisco permanecía implacable en medio de su desfallecimiento. Ni los cargos que lo hacía, ni la triste viudez á que iba luego á reducirla, ni sus clamorosas quejas pudieron hablandar en lo más mínimo ese pecho de bronce de su marido. Hacían á veces los dos causa común contra Ernestina, llamándola voluntariosa, mala hija, desnaturalizada, cruel, sin entrañas. “Ella, que tanta bondad aparentaba, decía don Francisco, ella la humilde . . . Visto está, hipocresía, y nada más que hipocresía”.

Ernestina á su vez no tomaba alimento: su almuerzo fue dos bocados de leche, su merienda del día antes una taza de café con agua. Hubiera querido entrar á ver á su padre, pero no se atrevía: le suponía irritado, fuera de que á sí propia se miraba como una parricida.

La que más atormentaba á Ernestina era su madre: el amor de tal no era en ella tanto poderoso para contenerla en sus arrebatos de indignación contra su hija endurecida, que como á tal la miraba. Casi siempre la señora acompañaba á su llanto la ira mordaz, la burla sangrienta, que tanto y tau-

to herían á la pura y delicada Ernestina.

—Sí, máta, máta á tu padre, le decía, presto lograrás lo que desees, presto será cadáver . . . y tú y tu Alfredo, convertidos en perros carnívoros, devoraréis sus carnes y roeréis sus huesos. Máta, máta á tu padre, y báila sobre su cuerpo, ¡presto le seguiré! Pasarán los días y los años, y al solo recuerdo de tus hazañas, de haber tan cruelmente reducido á cenizas á los que te dimos la existencia, ¡ya lo veo! te pondrás loca de alborozo, y compartirás tu alegría con tu dios!

La cándida Ernestina, harta de oír tan monstruosas acriminaciones, la cabeza echada para atrás y la mano en la frente, salió de la casa y se internó en el bosque, exclamando en su desesperación:

—¡Dios mío, Dios mío, protégeme!

Llegó la hora de comer y don Francisco no comió.

Nadie fue á la mesa. Como lord Hámilton no estaba en casa, no tenían por qué simular merienda.

A la noche estuvo de vuelta el lord, quien después de saludar y abrazar á doña Manuela y su hija, se dirigió al dormitorio de don Francisco, de quien le dijeron que seguía en cama. Al verlo, retrocedió asustado:

—¡Francisco, dijo viendo á la vez

—¿La señora, que estaba dentro, y á Ernestina, que yacía en pie á la puerta: veo que te mueres!

—Eso es lo que quiero, respondió cavernosamente el anciano, ¡morir!

No bien hubo dicho esto cuando entró el carpintero con quien tan en secreto dos días antes había hablado.

—Señor Francisco, la obra está terminada.

—Y dónde está?

—Aquí, señor, dijo el carpintero haciendo entrar á un indio que venía cargando un ataúd.

—En este ataúd me han de enterrar, dijo el terrible anciano, dirigiéndose á su esposa con una sonrisa de diabólica satisfacción.

Ernestina, que se había quedado yerta de terror, sin acertar á darse cuenta de lo que significaba ese fúnebre aparato, al oír decir á su padre: "En este ataúd me han de enterrar" entró loca y despavorida abriéndose paso impetuosamente por entre el carpintero y lord Hamilton, y de rodillas delante de don Francisco, prorumpió en sollozos y en las más dolorosas quejas que imaginarse puede, y las manos juntas le pedía de todo mil perdones. Y tan tierna y desgarradora aquella lamentación estaba que todos los espectadores se enternecieron, pues ni el carpin-

tero ni el indio fueron indiferentes á la vista de ese ángel que de tal suerte lloraba y tan fervientes súplicas á su padre encaminaba.

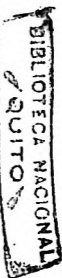
Sólo don Francisco dio pruebas una vez más de tener un corazón de bronce: frunció el ceño y volvió la cabeza hacia la pared.

A lo cual Ernestina, cuyos cabellos estaban en desorden, ocultó el rostro en el pecho de su padre, y con lastimera voz continuó sollozando con mayor fuerza y desesperación que de primero.

Al ver eso los concurrentes, todos á una imploraron perdón para la bella Ernestina. Doña Manuela se lanzó á su vez sobre el grupo, y abrazando con el un brazo á su hija y con el otro á su marido, trató de unir sus corazones juntándoles al tiempo que lloraba.

Pero sólo cuando lord Hámilton con grande enojo le echó en cara esa conducta inconveniente y cruel con una hija tan inocente y buena como Ernestina, fue cuando don Francisco volvió el rostro y se dejó que su hija le besara muchas veces en la frente, en las mejillas, en los ojos, y le acariciara el rostro con ambas manos. Después de lo cual dirigiéndose ella á lord Hámilton, le dijo:

—Ud. es bueno, muy bueno conmigo, yo lo quiero mucho, y nadie



sino Ud. será mi esposo. Y le cogió la mano á estas palabras.

—Ahora sí, de buenas querido papá: estás enfermo y necesitas de mis cuidados; yo te cuidaré en persona. Que llamen al médico. Quíten eso! añadió con un gesto, creyendo que todavía estaba allí dentro el ataúd. Ahora vas á comer algo ¿no es verdad papá? es preciso que comas: yo misma voy á la cocina.

A poco volvió con una buena taza de caldo, huevos pasados por agua y pan, y le sirvió á su padre.

Dos horas habrían transcurrido de esto, cuando don Francisco dijo:

—Vayan á comer, que aun no han comido: anda hija, anda, añadió dirigiéndose á Ernestina. Estando así, su madre la abrazó diciéndole: ¡Que el cielo te bendiga! vamos á la mesa, que ya nos llaman.

Gracias mamá, dijo Ernestina, ya vuelvo. Y se encerró en su alcoba; sacó el retrato de Alfredo y se quedó mirando un buen espacio, y al tiempo que lo miraba, salieronle de lo hondo del pecho sollozos que le ahogaban la garganta. Y arrojando el retrato lejos, tendióse bocabajo en un sofá, y aunque parecía que todas las fuentes de su pecho se habían secado con su padre, tuvo para do-

rramar por Alfredo más abundantes lágrimas todavía. Sólo cuando vino un recado de parte de Doña Manuela y el lord cesó en su llanto.

Estaba á la mesa, cuando regresó de Latacunga el paje enviado por el lord, con la noticia de que el solo médico que había estaba durmiendo, pues que era costumbre en dicha ciudad recogerse temprano; pero que había ofrecido acudir al otro día de mañana. El caballo que lord Hámilton le mandó lo detuvo esa noche para venirse en él á la hora prometida, pero viendo al día siguiente que no venía, tornaron á enviar al paje en su busca, y así lograron tenerlo en casa á la tarde: examinó al enfermo y lo declaró de muerte.

A pesar de lo mal que se hallaba, quiso don Francisco que se hiciese cuanto antes el matrimonio, y aun en los momentos de delirio no hablaba de otra cosa. Así que costó gran trabajo lograr convencerle de que era preciso desde luego atender á lo otro.

Diez días de guardar el lecho y de curación asidua fueron necesarios para que el médico declarase al enfermo fuera de peligro.

Mas, en este intervalo de los diez días, tomó Ernestina un aspecto cada vez más sombrío, an-



tes desconocido en ella. Ya no lloraba, es verdad, ¿por qué? porque su corazón iba petrificándose. ¡Diríase que día por día bajaba un peldaño más por una pendiente lúgubre, en cuyo fondo eterna noche le aguardaba! Si alguna vez reía, esa risa era siniestra á los ojos del observador, porque eso de reirse con cierta contracción del rostro, levantando el un ángulo de la boca más que el otro, con cierto gesto de disimulada amargura, en una palabra, eso de reirse por mera condescendencia, eso no es el alba que anuncia un sol interior. No de otra suerte las tinieblas se reírían.

En una pequeña pieza inmediata á su estancia, tenía lord Hámilton una especie de laboratorio ambulante que acostumbraba á traer consigo. En uno de esos días advirtió la desaparición de un pomito lleno de un líquido, de que se servía para sus experimentos químicos. Lord Hámilton, persona muy sagaz, no podía ver con indiferencia aquello, y vacilaba.

No bien oyó don Francisco á su médico que ya su convalecencia había comenzado, cuando dirigiéndose á lord Hámilton le dijo que era preciso proceder con la mayor diligencia al casamiento, estando como estaban todas las

cosas dispuestas para el efecto. Ya las dispensas se habían traído de Quito, y las demás diligencias se habían corrido.

Ernestina no se opuso á nada, y sólo pidió como un favor especial que no la llevasen á casarse á Latacunga, sino tan sólo á un vecino pueblo de indios llamado San Felipe: dijo también que quería que ese acto fuera de noche, y con el mismo traje negro que llevaba.

A lo cual se miraron unos á otros, pues que ya tenían preparado un hermoso vestido blanco para el efecto.

Lord Hámilton lo dijo que no había por qué irse á Latacunga ni á San Felipe, puesto que bien podrían hacerlo en casa, como tenía determinado.

Mas Ernestina insistió en lo que había pedido se le concediese como único y último favor.

Su madre, dirigiéndose á don Francisco le dijo que le parecía tan fácil aquella concesión, que no había por qué contrariarla en cosa tan baladí. Y con los ojos seguía diciendo á su marido que lo principal era que se casasen, fuese dónde y como quiera, temiendo como tenían que la presa, esto es, lord Hámilton se les fuera de las manos.

Y así lo hicieron.

Fueron los padrinos un<sup>a</sup> inglés y su esposa, que á la sazón vivían en Latacunga. Don Francisco y doña Manuela quedaron solos en casa, que todos los criados se marcharon con los novios: también la señora quiso acompañarles, más se opuso á ello Ernestina, alegando que su padre se quedaría solo, necesitando como necesitaba de cuidados.

Pero antes de salir de casa encerróse la joven por un momento en su alcoba. Tenía un pequeño cuadro de Nuestra Señora de la Cabeza, que mandó pintar al óleo por un artista de nota, porque cual otro Donatello le repugnaba adorar imágenes imperfectas. Postróse á los pies de esa imagen y mantúvose en el más profundo recogimiento. Terminada la oración, guardó en su seno el retrato de Alfredo y se sentó á escribir. Imposible nos ha sido saber lo que en ese papel escribió.

La noche estaba oscura y lluviosa: quisieron llevarla á caballo ó en silla de manos, pero ella manifestó que era su voluntad irse á pie.

Como al condenado que marcha al patíbulo, todo gusto le dieron.

La marcha era lenta. Ernes-

tina iba cubierta el rostro con un velo largo y negro. Cuatro faroles con velas de sebo aclaraban apenas y de un modo siniestro ése que más parecía convoy fúnebre, que nupcial acompañamiento.

Así cruzaron el Ejido de Latacunga, así llegaron á San Felipe.

Lord Hámilton llegó allí más que de buen grado, de por fuerza, convencido como estaba de la repugnancia de Ernestina, y hubiera querido evitar ese paso. Pero su amor le arrastraba á su pesar, y con su amor la tenacidad y codicia de sus futuros suegros.

En la puerta de la iglesia se casaron.

El sí de Ernestina tuvo no sé qué de solemne y cavernoso, que le hizo estremecer á lord Hámilton. Después de lo cual hizo ella un movimiento súbito, dando las espaldas á su marido. Lord Hámilton adivinó que algo trágico iba á ocurrir en ese instante, y se lanzó á sujetarla por el brazo derecho, al tiempo que ella lo levantaba: entonces cayó en el suelo y se rompió el pomito aquel que había desaparecido en días anteriores de su laboratorio: era el más activo veneno que tenía.

La madrina, á quien se le ignoraban los antecedentes, no supo al pronto lo que ocurría, pero luego

lo comprendió. ¡Imposible sería describir el horror pintado en todos los semblantes! Cuál si se hubieran convertido en piedras, todos quedaron inmóviles y mudos.

La alta figura de Ernestina, de pies sobre el umbral, vuelto el rostro hacia la jamba de la puerta, mantúvose inmóvil como los otros: su cuerpo, parte á la sombra, parte á la luz, aclarada sólo del lado del interior de la iglesia por esa luz mortecina de la cera, tenía ese momento la majestuosa y terrible actitud de una divinidad trágica.

Don Francisco esperaba con ansia la vuelta de su familia para dar un abrazo á los desposados; pero Ernestina, lejos de entrar á saludar á su padre, entró primero á su cuarto, rompió el papel que había dejado escrito, y escribió en seguida una carta dirigida á Alfredo en estos términos.

“Hoy veinte días que te fuiste. No has querido volver á pesar de mis ruegos. ¡Con cuántas lágrimas te he llamado, cuánto y cuánto te he rogado que vengas en mi amparo, y tú te has mantenido sordo! Ahora es tarde. . . . Estoy viviendo á pesar mío, Alfredo. Tu Ernestina quiso desaparecer de la tierra, y lo estorbaron. No es mi culpa si vivo todavía ¡Tu Ernestina! . . . ¡Aca-

bo de casarme, Alfredo! ya no soy, no puedo ser tuya. Hoy he muerto á la dicha, hoy he muerto la esperanza. Tan sólo días de maldición me esperan. Está mi pecho negro como la tumba. ¡Adiós Alfredo para siempre! adiós”.

Aquí rompió la pluma, y ocultó su frente en la mesa, donde permaneció hasta que vino doña Manuela á llevarla junto á su padre.

Esa misma noche despachó al paje á Cayambe con la dicha carta.

Esto era domingo.

El mismo día Alfredo estaba en Quito de vuelta de Cayambe, y de paso hacia Colnisa.

Hé aquí la carta que ese domingo por la noche escribió Alfredo en Quito á su amigo Carlos, que ya estaba en Guayaquil.

“Estoy de vuelta, Carlos ¡Veinte días que me han parecido una eternidad! Tengo ansias de volar. Sólo el temor de disgustar á lord Hámilton me ha obligado á permanecer tanto tiempo ausente de mi bien. Oh Carlos, no me canso de leer la carta de mi Ernestina. ¡Es tan buena conmigo! “Todo marcha bien, me dice, no temas nada, Alfredo. Vuelve presto. He pasado tan triste desde esta mañana de tu despedida, que se me hacen eternas las horas de tu ausencia. Vivir contigo, ésta es toda mi ilusión, Alfredo mío”.

Tengo pues que darle gusto á lord Hámilton, tengo que servirle en todo: yo seré su esclavo. ¡Pero si hubieras visto esa paciencia de Mr. Jorge! colecciones que en días, en horas podía hacerlas, hacíaslas en semanas! Para ellos nada vale el tiempo ¡qué fría es la inteligencia del sabio! ignoran estos infelices lo que pasa en el corazón del amante. Por mal de mis pecados, Mr. Jorge no había estado en Oayambe sino en Otavalo, de suerte que tuve que andar de una en otra población hasta venir á Oayambe con Mr. Jorge. Pero ésta fue ocasión, eso sí, de volver por esos lugares por donde habíamos andado con Ernestina. ¡Qué hermoso era aquello en otros tiempos, qué triste me pareció esta vez! Esos lagos, esas cascadas, esos collados y montañas . . . . Vi la piedra donde una tarde se sentó Ernestina al pie de la cascada de Peguche, ¡y besó aquella piedra como una ara sacrosanta! Acordéme de aquella tarde que nos embarcámos en San Pablo en unas balsas que llaman "caballitos": vestida de blanco, si parecía un cisne la mujer: su esbelto cuello no traía otro adorno que un collar de negra felpa, Entré también, atraído por los recuerdos, á la casa donde lord Hámilton se hubo alojado, que

ahora está vacía por haber sus dueños, esto es padres ó hijas, venido á conocer la capital. Una de ellas, llamada Lola Jaramillo, de ojos negros y muy agraciada se enamoró de mí desde que me conoció. Con frecuencia me daba arroje de moras. Recuerdo que una tarde, acabadas las corridas de toros que hubo en la plaza, vinieron unos indios á bailar en el patio. Aprovechando de la música bailámos nosotros también, es decir unos jóvenes de Otavalo, yo y las tres jóvenes caseras. Yo salí con la ojinegra, pero como todo mi pensamiento estaba en Ernestina, de tal modo me olvidé que bailaba con esa pobre muchacha, que no le dije esta boca es mía, ni mis ojos se desprendieron de la española que nos veía sentada desde el corredor. De suerte que no comprendí mi imprudencia y falta de atención sino cuando la otavaleña, haciendo muestra de cólera y despocho, me dejó en lo mejor del baile. Yo no dejé en mis adentros de darle la razón. Esta Ernestina me ha hecho perder el juicio. Sólo tú que la conoces puedes comprender mis desvaríos. ¡Quisiera hablar de ella y sólo de ella día y noche! Despierto ó dormido, su imagen está aquí, fija entre ceja y ceja como una estrella. Me



tienes impaciente por volar á ella. Tenía que comprar en la botica cosas que lord Hámilton me pidió, y aunque de los cuatro ingredientes que debía llevarle, sólo uno tienen, áun ése dicen que sólo hasta mañana podrán despacharme. Anoche llegué á las ocho y ya estaba cerrada: hoy la abrieron muy de día. Por otro lado el caballo se me cansó, y hube de buscar esta mañana otro de refresco, pero en vano: todos me han ofrecido para dentro de segundo día. He tenido pues que desistir de mi empeño de continuar de seguida mi camino, resolviendo ocupar mi propia cabalgadura, que bien comida y descansada ya habrá recobrado sus perdidas fuerzas hasta la hora que en la botica me despachen. Son las once de la noche: mañana sigo mi camino, y á cualquier hora del día ó de la noche, mañana mismo estaré en Colaisa. Apenas son las once... ¡qué tardas son las horas! quisiera empujarle al tiempo.

Sabrás que esta mañana tuve una pesadilla tan horrible que me ha conmovido malamente. La vi á ella á mi Ernestina presa de las ondas en un mar proceloso. Hundíase y volvía á aparecer. En las dos veces que salió á la superficie, tendíme las manos des-pavorida: quise arrojarme á ella

desde lo alto del promontorio en que me hallaba, pero imposible, porque me vi paralizado sin poder moverme ni gritar . . . . Y á los esfuerzos que por desatar mis miembros y mi lengua vanamente hacía, despertéme. El corazón me palpitaba con grande aceleramiento, y aunque estaba mi ánimo embargado todavía por el terror, con todo gran consuelo sentí al ver desvanecerse tan horrenda visión.

Levantéme y tomé la puerta.

Hice las diligencias que debía, y no pensé en más que alejarme del lugar. Salvando barrancos, escalando peñas, trepé por las escarpas del Pichincha, donde cansado de andar me paré sobre un peñasco, y volviendo las espaldas vi á Quito bien adentro, cruzada de profundísimos barrancos. (3) Primera vez que había subido por estas alturas, mi sorpresa fue grande al ver cuánto esplendor y magnificencia ostentaba en la tierra el universo. Hacia el norte, en lontananza, entre el Imbabura y el piramidal y agudo Cotacachi, alzábase en picachos el vasto y sombrío Mojanda, por cuyos pies hacia el sur corre por entre abismos el impetuoso y agreste Guayllabamba, al mismo tiempo que oculta a sus espaldas á Otavalo. El Mojanda es asimismo un volcán

convertido en lago como el Quilotoa, y casi tan tético el uno como el otro. (4) También por esa cordillera anduve con Ernestina. ¡Cuán de otro modo aparecen las cosas á los ojos del amante! La naturaleza sin los recuerdos puede imponer al hombre y subyugar su inteligencia; mas le deja frío el corazón: y sólo desde el momento en que uno ama, y ve los lugares por donde anduvo un día con un sér querido, todo cambia! Las lágrimas se me fueron al ver los cerros del Mojanda y recordar esas horas de ventura que una vez idas no vuelven.

Vengamos á lo que te iba contando:

Hallábame al borde de una quebrada profunda cubierta de breñas: descendí al fondo de ella, y tomando quebrada arriba y abriéndome paso á duras penas por entre malezas, llegué al pie de una altísima chorrera, cuyas frescas y cristalinas aguas que por áspero lecho de piedra se desploman, corren á alimentar las fuentes de la ciudad. Oh! y con qué amor se contempla desde Quito esta chorrera! Casi no se percibe el movimiento, á causa de la distancia, pero hasta se figura uno oír el ruido de cuando en cuando. Los hijos del Pichincha nunca tienen sed: bástales mirar á la

Ohorrera para sentirse saciados y frescos.

Allí me senté al pie de esa chorrera, donde á poco me había quedado profundamente dormido. El sonido de un trueno que hizo estremecer la tierra, me despertó: sin duda había el rayo caído no muy lejos de mí, que el ruido fue tal que semejaba al estampido de un cañonazo disparado en mis oídos. Llovía á cántaros sobre el Pichincha y sobre Quito. Jamás he visto cielo más negro ni más sañudo, ni más furibunda tempestad de viento y agua y rayos. Afortunadamente, tan torrenciales lluvias duran poco: presto escampó, y el sol asomó su faz resplandeciente por entre luminosas nubes. Las tres de la tarde serían cuando el estómago me recordó que me hallaba ayuno hasta esa hora. Saliendo de la quebrada, eché á vagar por esos contornos, cuando distinguí á lo lejos entre un matorral una chocita que humeaba; la cual tanto más me atrajo cuanto que salía de allí el repetido y monótono són de un tamboril. Sucede que habían estado de boda unos indios de Otavalo, y amigos y compadres acudieron á celebrarla. Escondíme detrás de unas matas al ver cómo al són de flautas y tamboriles danzaban en el patio de la casa. Cuando

son muchos los concurrentes, el cuarto, el único de que se compone la casa, les viene estrecho, y salen al patio. No bien hube yo llegado, cesó la pareja danzadora: era una india que traía á cuestas una criatura dormida, y un vejete que de puro alegre se metió en oficio ajeno. A poco bailaban también los novios en medio de la algazara universal. Mientras tanto, el aguardiente de guarapo y la chicha menudeaban sin término: para el aguardiente, una sola copa; para la chicha, un solo pilche: la misma copa y el mismo pilche pasan por todos los labios: una y otro de madera. Yo temía que con mi entrada se les quitara el gusto y dejaran los novios de bailar; pero me engañó, que viendo que llevaban término de no acabar, entré, y los bailarines ni siquiera advirtieron en mi entrada, igualmente que dos grupos que, ebrios ya, charlaban sin medida á manera de brindis, tambaleando.

El indio, cuando está en juicio, respeta sobre modo al blanco; mas, cuando se toma de la chicha, pierde todo temor, y bien que humilde siempre, se lanza á invitar al blanco á participar de su alegría. En entrando que entré, adelantáronse unos cuantos á recibirme, el sombrero en la mano,

con muchos y repetidos cumplimientos.

— Amo niño, su merced, niño de mi vida, me decían con su media lengua.

Unos me ofrecían aguardiente, otros chicha, y arrimándome una buqueta me dieron asiento.

A poco entré al cuarto á entenderme con el dueño de la función, una india vejaucona, que en compañía de otras preparaba la merienda junto al hogar. Como le pidiese que comer, puso á mi disposición con la mayor buena voluntad *mellocos*, gruesas papas, humeantes todavía, con ají molido y queso fresco, una buena presa de *cuí* y chicha. Es esta bebida una especie de cerveza hecha de maíz germinado que llaman *jora*. El indio no deja la chicha ni en vida ni en muerte: en las sepulturas de los antiguos indios se ven tinajas llenas de este licor. El *cuí* es un animalito doméstico que vive y procrea en las indianas habitaciones. Para el indio el *cuí* vale más que faisanes y perdices. Aunque el tabaco es americano, estos indios no conocen el humo de esa hoja, porque no fuman, en cambio conocen por demás el humo de la leña, que carbón no usan, y esta tarde hubo tanto en esa cocina sin chimenea que mal de mi grado me hizo llorar mientras comía.

Mucho me agradeció la india las piezas de moneda que le di.

Iba á despedirme, cuando entró una comisión de los que en el patio se divertían á rogarme que bailase con la novia.

Todos en el patio me rodearon.

—Amu mío niño, amu de mi vida, bailá pues con la longa, me decían en cuanto me besaban las manos profundamente inclinados en señal de reverencia.

*Longa* llaman ellos, y llaman los blancos á la india joven.

El baile requiere muy buen humor, y mi ánimo estaba lejos de eso, pues había pasado un día triste á causa de ese sueño que á la mañana tuve.

Pero se divierten estos indios con tanta inocencia y sencillez; su humildad y mansedumbre es tal, que me figuró ver no una función de hombres sino de niños, que ignoran el pasado y á quienes no les preocupa el porvenir: para ellos el todo es el presente. Se muestran por fuera tales como son por dentro: sin rodeos, sin engaños, sin ceremonias, quiero decir, sin esa máscara de hipocresía que ha inventado la etiqueta. Además, tiene el indio fija en la cabeza la idea de que le desprecia el blanco, y yo no quiero que tal piense de mí, que lejos estoy de despreciarle, siendo más bien el blanco el

despreciable, él que á tanta estrechez le ha reducido. Antes al contrario experimento singular complacencia en conformarme con con estos ángeles caídos.

¡Oh amigo, el corazón del soberbio, bronco y duro como el corazón del avaro, no tiene barta luz para comprender estas cosas, y sentirá repugnancia de verme descender tanto!

Por otra parte, se me acordaba que Ernestina había bailado con indios en las afueras de Otavalo, y ya gozaba al pensar cómo le contaría que también yo había bailado con ellos, y que haríamos fiesta los dos, y así pasaríamos juntos largos ratos.

Así que, deponiendo mi mal humor y olvidando lo pasado, no pensé aquel momento más que en divertirme con los indios, y salí al campo con la novia.

En las danzas indianas, no se estila darse las manos ni abrazar el hombre á la mujer por la cintura. Todos sus bailes son sueltos, y así lo hicimos el *Sanjuani- to* al són de harpas, flautas, oboes y violines. Esto me recordó esas febriles zambras moriscas, porque á pesar de ese fondo de tristeza, tan animada es esta música, y alegre, que parece que las piedras mismas se mueven á su són, y si la melancolía tuviera cuerpo, la



melancólica bailara oyendo el sanjuanito.

La bulla fue grande el momento en que empezámos. ¡Tres razas, decía para mí, cuyo origen se hunde en la noche de los tiempos, bailando en las faldas de un volcán! La graciosa longa estaba fuera de sí de contento. Sus enaguas que se veían á su izquierda por la abertura del *anaco*, eran el ampo de la nieve, y de sus talones brotaba sangre. Toda ella limpia y fresca como una flor de mayo, con ropa nueva, vestida de colorado, pies y pantorrillas al aire, la sonrisa en los labios, lánguidos sus ojos, ebrios de placer y de chicha, la veías girando y zapateando con una coquetería singular. Oh! sería necesario no ser de sangre y huesos para quedar frío junto á esa hoguera que ciegamente se mueve y se agita en forma humana! El placer es contagioso, electriza, y cuando menos pensé, yo era otra fuerza ciega como la longa, movido de no sé qué impulso extraño. Y tal fue mi frenesí que saqué dos pañuelos: pareciéndoles demasiado pequeños, sacaron ellos dos grandes, colorados, que puestos horizontales y paralelos á la altura de nuestros pechos, sujetámos, ella con ambas manos las dos puntas, y yo las otras en el senti-

do diagonal de los pañuelos. Y en los momentos de mayor fogosidad, girábamos con asombrosa rapidez sobre nosotros mismos, yo de derecha á izquierda, ella en el sentido contrario, y viceversa, pasando los pañuelos por encima de nosotros de manera de trazar cilindros imaginarios, siendo nuestras cabezas los centros de sus extremidades. Dos indios, de cuclillas á los pies de cada arpista, acompañaban al tañedor, cantando y golpeando á cuatro manos sobre la caja del instrumento. La india sudaba á chorros, y yo también: éramos un torrente.

Hasta aquí somos dos los bailaradores. Ahora? . . . . apenas somos parte de una gran rueda compuesta de todos los concurrentes, en que alternan los hombres con las mujeres. Al centro de la rueda, se alza verticalmente un palo fijo en el suelo, de muchas varas de altura, en cuya extremidad superior cintas de varios colores se sujetan, que bajan á nuestras manos. Yo había aprendido en mi corta permanencia en Otavalo á bailar el sanjuanito, y esta vez lo hice con tal habilidad, que casi igualaba á mis compañeros. Prosiguió pues la música con mayor animación todavía y con mayor bulla que primero, y rompieron esas figuras á rodar en derredor

de derecha á izquierda con rapidez vertiginosa. Como bolillos en manos de una encajera, así nos alternábamos girando nosotros los danzadores. De suerte que á la novia, ora la veías delante, ora á mis espaldas, ora lejos de mí, rodando siempre en graciosas ondulaciones, impetuosa y febril como una bola de fuego. Bien pronto vimos el palo cubierto cuan largo era con las cintas, que formaban las más hermosas labores; y para destejer lo tejido, volvimos las espaldas, cogimos las cintas con nuestras izquierdas, y animados por esas nuevas oleadas de música que, cual marca que sube, con mayor fuerza azotaban, echámos á girar en sentido contrario con tal arrebatamiento, que parecía aquello un torbellino.

Oh Carlos! llegámos al delirio de una orgía dionisiaca! jamás me olvidaré de tan hermosa tarde. Me figuro haber bailado con espectros, que para mí los indios ya no son sino que fueron: sombras son, y nada más, que revolotean sobre la tierra y se alejan de nosotros día á día, hasta que se desvanecerá la última de ellas, como se desvanecen los recuerdos.

De allí á poco me veías bajando por las peñas á la ciudad, envuelto en las tinieblas de la noche.

Pobre Alfredo! ésta era la última vez que bailaba! Al otro día siguió su marcha á Colaisa, y en el camino le sorprendió, no diré la muerte, más aún algo peor que la muerte: la carta de Ernestina.....

Cosas pasan en el corazón del hombre tan grandes y extraordinarias, que no es posible describir, porque están por encima de todo poder humano. ¡Que vengan sinó todos los poetas de la tierra y ocupen mi puesto en esta narración! que vengan y nos presenten al vivo el interior de Alfredo en ese instante! Juro que no podrían, porque el Arte mismo es impotente para hacernos sentir lo que siente un corazón que se ha hundido en la sima tenebrosa del dolor, y hacernos escuchar esos gritos interiores y horrendos, que sin herir nuestros oídos llegan al infinito. ¡Con qué sonda mediremos lo insondable? Decidme, ¿qué es un océano en tormenta, qué son las entrañas de un volcán, qué la noche con todos sus espectros, comparado todo eso con un alma que cae de lo más alto de la dicha á lo más profundo y negro del infortunio? Pobre Alfredo!

La vida humana es á veces como ciertos ríos que en un principio corren mansos por bellas y espaciosas playas, y en cuyas

aguas tranquilas se miran las nubes del cielo y los árboles de las riberas: hasta que llegan á estrechos cauces, á profundos barrancos, á ásperas pendientes. Y entonces, ¡adiós sol, adiós prados risueños, adiós aves canoras! Esas aguas tranquilas se han convertido en torrentes y cataratas, y no van sino de precipicio en precipicio echando humo en carrera atornadora por vastos subterráneos, donde todo es estremecimientos, horror y sombras . . . .

Leído que hubo la carta y oída la relación que con lágrimas en los ojos le hiciera el amoroso padre de cuanto á su señor había ocurrido, quedó Alfredo como si un rayo le arrancara la vida dejándole prendido en la tierra por los pies su cuerpo rígido.

No es Dios más elocuente á los humanos ojos ni en los terremotos, ni en otros mayores cataclismos del universo, como lo es en esa inmovilidad profunda que se sigue en el hombre á la muerte de toda esperanza, en esos trances horrendos que deciden de todo un porvenir.

No sabemos cuánto tiempo quedó en esa actitud el desdichado Alfredo, ello es que cuando pudo hablar:

Adiós Manuel! dijo con voz que no era de este mundo, y no dijo

más. Le entregó el caballo en que venía y todo lo demás que traía, y sin proferir palabra se apartó del camino, comenzando desde entonces esa ruda y errante vida á que se entregó hasta la sepultura.

El triste paje regresaba cabizbajo hacia Colaisa, enjugándose los ojos, parándose de cuando en cuando á mirar á Alfredo, que cada vez más lejos subía por las breñas de una quebrada, viéndole cómo se le había detenido el sombrero en las ramas, y cómo sin cuidarse de recogerlo seguía adelante su carrera de peregrino.

Suponemos que el lector habrá experimentado como nosotros vívisimos deseos de saber lo que fue de ella después de sus malhadadas nupcias, y de él después que hubo recibido la carta de Ernestina. Pero aquí la laguna es grande por desgracia, y todo testigo enmudece y todo queda sepultado en el olvido, no obstante nuestro empeño por conocer algo siquiera de aquella gran parte de la historia de tan desdichados amantes.

De suerte que no volvemos á verla sino cuando transcurridos largos años, yace tendida en su lecho de muerte á orillas del Támesis, en su palacio de Windsor.

Eran las tres de la mañana.

El médico había ordenado aquella noche que si conciliaba el sue-

ño, la dejasen, saliendo todos del dormitorio, tanto por evitar el demasiado calor como la bulla.

En efecto, á eso de las dos y media se adormeció. Sólo un paje había quedado á la puerta cuidándola.

Cuando la vio el médico á las once, tenía más de cuarenta grados de calentura.

A las tres se despertó, y echando lentamente una mirada exploradora á todas partes, se quedó quieta puestos los ojos en la corona del pabellón. Tenía el rostro encendido. De pronto sacó de entre las sábanas los brazos, tiró el edredón al suelo, y los tendió sobre su colcha á lo largo de su cuerpo, como para recibir en esas carnes rosadas y ardientes la fresca atmósfera de la madrugada: hecho lo cual se quedó tranquila con la cabeza vuelta al rincón.

—Manuell llamó de allí á un rato en oyendo la voz del paje que acababa de toser: qué es de mi hija? Como el paje le respondiese que dormía, calló. Sacó un pañuelo de debajo del almohadón, se limpió el sudor del rostro, y haciendo almohada de su brazo, quedóse otra vez pensativa.

—Acórame una luz” dijo, y cuando el paje le puso un candelabro con dos bujías en el velador, sacó de entre el colchón de

plumas y el de muelles una cartera, y de ella una carta muy ajada. Leyóla . . . después de lo cual tendió los brazos hacia abajo empuñada la carta. Mientras tanto el sudor se le había aumentado. Puso la carta sobre la mesita y se quedó mirando al rincón. Como sentía mucho calor, dobló más la sábana cosa de quedarse con el pecho descubierto.

—¿Y á mi hija por qué no me la traen?" tornó á preguntar. El paje le respondió lo que antes le había respondido.—Verdad,—dijo ella, á quien se le había olvidado la anterior respuesta del paje.

De cuando en cuando respiraba soplando levemente como que quería refrescarse con sus propios labios.

—Y William? preguntó á cabo de rato.

—Está con la niñita, respondió el mozo.

—Lláñale.

En saliendo el paje, tomó la carta y la miró con un semblante que revelaba el estado tempestuoso de su pecho: eran dos fuentes sus ojos. Besóla después, y apretándola contra su corazón, como quien quisiera detener por la fuerza una cosa querida que para siempre se le iba de las manos, la quemó : hecho lo cual apagó de se-



guida las luces, quedando una muy escasa que tras el biombo ardía.

Entrado lord Hámilton:

—¡Ernestina, por Dios! exclamó asustado cubriéndole los brazos y el pecho.

Quedóse mirándola, hablando para sí cómo en poco más de media hora se había empeorado tanto.

—En qué piensas? le preguntó ella al tiempo que le cogió la mano y le acercó á sí para darle una palinadita cariñosa en la mejilla; después de lo cual puso entre las suyas la mano de lord Hámilton, y se quedó viéndole fijamente.

—Sé que María duerme, dijo ella.

—Sí, respondió él: al principio lloraba mucho, pero al fin recibió el pecho á la nodriza, de cuyos brazo la tomé dormida. Ahora duerme en la cuna.

A un rato de pausa dijo ella, sin dejarle la mano.

—Cuánto has padecido por mi causa, Guillermo!

—Te suplico que en nada de eso pienses, dijo él, piénsa en cuidarte, en mejorarte pronto.

—¡Hoy siete años que vinimos de Colaisal!

—Duérme Ernestina, duérme, siquiera basta que sea hora de darte la bebida.

—Guillermo! le dijo de repente

acongojada: quiero verla á María, yo sé por qué te digo esto, quiero verla!

Lord Hámilton, que notó que ya el velo de la muerte la rodeaba, salió enagenado y mandó á llamar á uno de los médicos que tenía á su disposición y que era vecino y muy amigo suyo.

Entre tanto, una señora anciana, tía del lord, entró á darle la bebida á la moribunda. No sabemos si fue mera coincidencia, pero ello es que en tomando esos tragos le acometió la tos con fuerza. Es verdad que la expectoración era mayor en un principio, pero en contra, la tos se le aumentó después, y con la tos el ahogo. Así, la fatiga fue grande cuando lord Hámilton en persona condujo la cuna de la dormida criatura á su presencia.

Era la única que habían tenido en los siete años de casados.

La vista de su hija le causó un paroxismo.

—Dios mío! alcanzó á balbucear, quedándose al punto sin sentido.

—¡Ernestina está muerta! exclamó lord Hámilton saliendo desesperado. A sus voces, todos los de casa acudieron en tropel llorando al lecho de la enferma. “¡Ernestina está muerta!” tornó á exclamar

el lord, abrazando al médico que entraba.

Entró el médico y la encontró sin conocimiento, pero con vida: estaba pálida como una cera: le tomó el pulso y meneó la cabeza: el estado de la enferma no le pareció nada consolador.—Quién trajo aquí esa cuna? preguntó impaciente. Como le respondieron que Ernestina lo había querido, —Mal hecho, dijo: he ordenado evitarle esta suerte de impresiones: la calentura ha subido”

Gracias á medicamentos oportunos que le administró en persona, volvió la enferma á la razón. Como si se despertara de un profundo sueño se desperezó bostezando: abrió los ojos y los clavó en el médico.

—Cómo se siente U. señora?

—Bien, — dijo ella maquinalmente. Luego se incorporó apoyándose sobre el codo izquierdo, y fijando los oídos á algo que sólo ella oía, dijo de pronto:

—Por qué me la hacen llorar cuando tengo leche de sobra? al tiempo que se apretaba el seno derecho moviéndolo con la mano. La criatura dormía á ese tiempo en la pieza inmediata.

—Cómo va la salud, señora? tornó el médico á preguntarle.

—Estoy mejor gracias,—respondió, limpiándose el sudor y mirán-

dose la mano amarillenta.—Tengo calor, añadió, antes tenía mucho frío.

—Para ese calor es buena la bebida que le voy á dar,—dijo él, y se sentó á escribirla.

Entre tanto, Ernestina llamó á lord Hámilton y le habló al oído: le pedía quedarse sola con él por un momento. Diéronle gusto: el médico pasó á la librería, no sin advertir otra vez que la evitasen toda mala impresión, pues de otro modo no respondía de su vida.

Todos los demás salieron tras el doctor.

Eran las cuatro de la mañana.

Dos veces intentó Ernestina romper el silencio, pero en vano: esa fuerte agitación de su ánimo era cada vez mayor, á medida de los esfuerzos que por hablar hacía. Al fin, sobreponiéndose á la emoción y cogiéndole de la mano, con temblorosa voz le habló de esta manera:

—No hay para qué alucinarnos, Guillermo: la hora suprema llega . . . mal me siento.

La fatiga la obligó á interrumpir su discurso; luego prosiguió:

—Te he hecho sufrir tanto, Guillermo, pagándote con ingratitud tus favores. Quiero reparar esta falta ahora que tan cercana siento la muerte: eres el padre de mi hija, y no puedo mentir, no puedo en-



gañarte á los umbrales de la eternidad. Tú sabes de aquel joven que desapareció en las selvas americanas, tú sabes . . . .

Aquí el silencio fue tan prolongado y tanta su emoción, que al cabo de un cuarto de hora en que ya pudo hablar, aún le temblaban los labios.

Pues bien, prosiguió, él ocupaba mi corazón y yo me tenía lejos de él por desgraciada. Pero desde el momento que me vi madre de tu María, todo cambió. Y ahora? ahora es cuando debo estar pura ante tus ojos, Guillermo . . . .

En ese instante tomó las cenizas de la carta quemada, que hechas un montoncito tenía en un papel del velador, y las aventó diciendo:

—¡Este es el último recuerdo de aquel amor pasado! . . . .

En eso se entenebreció su rostro, se mordió el labio inferior, le apretó la mano á Lord Hamilton y aún quiso abalanzarse al cuello de la camisa, como un ahogado que en su desesperación busca de qué agarrarse. La punzada que le acometió fue tan aguda, que casi le hizo perder el sentido.

Pasado el accidente, le dieron la bebida que el doctor acababa de propinarle.

—Qué bien me ha sentado!

dijo á cabo de rato, qué fresca me siento.

—Sería bueno que procurases dormir, le dijo el lord.

—Sí, respondió ella, ya no tengo ese calor que tenía. Querría que me trajeses á mi hija, dormiré con ella siquiera un sueño más.

Lord Hámilton quiso convencerla que ante todo procurase dormir, que en despertándose la pasaría.

—Quiero verla, nada más que verla, dijo ella, que la traigan en su misma cuna, que me la pongan delante, la veré y me dormiré.

Lord Hámilton, no obstante la expresa prohibición del médico, creyó prudente consentir en lo que ella quería, y le acercó la cuna. La criatura, gordilla, era una plata de blanca: dormía tranquilamente medio encogida, descansando sobre el pecho sus manecitas cerradas. Brillaron de gozo los ojos de Ernestina á la vista de ese ángel salido de su vientre, y en poco estuvo que no saltase sobre la cuna. Y de tal modo clavó los ojos en la niña con muestra de enagenamiento, que le pareció á lord Hámilton aquélla la mirada de una loca furiosa, y tuvo susto. Pero mudó semblante la enferma, y dirigiéndose al lord con ademán de súplica le pidió traerle á sus

brazos la niña.—Un beso, nada más que un beso! exclamó.

Lord Hámilton, que acababa de ver que la simple vista de María la había hecho tanta impresión, se negó á acceder á su deseo con mucha prudencia y disimulo.

Ella, vehemente como estaba, no oyó razones y montó en cólera.

—¡Negar á la madre el derecho de besar á su hija, es no saber lo que es ser madre! Dios mío, y que esto me nieguen á mí que no la he de ver más! . . .

Lord Hámilton le dijo que por lo mismo que estaba mejor, cuidase de no exaltarse tanto, que restableciéndose tendría á su hija en sus brazos no solamente un rato, sino el día y la noche y toda la vida; que entonces dormiría con ella, la besaría, la acariciaría, pero que para hacer todo eso necesitaba restablecerse por completo.

Pero si ya estoy restablecida, dijo, sentándose de pronto: no siento nada, no tengo nada, estoy fuerte. Y al decir esto, sacudió los brazos, mostrando así todo el vigor de la salud que aseguraba tener. Estoy sana, estoy contenta, prosiguió, puedo reírme, puedo jugar. Y se rio á carcajadas.

A la verdad, no todo lo que ella aseguraba era efecto de su enagenación: sintióse fuerte unos ins-

tantes. Mas el mismo esfuerzo que hizo al sentarse y sacudir los brazos para tratar de persuadir al lord que ya estaba sana, acabó por agotar las últimas fuerzas que le habían quedado: y en el momento de la carcajada, la risa se confundió en su semblante con la angustia de la muerte. Le cogió á lord Hámilton con ambas manos, miró la cielo y expiró dando un suspiro profundo, postrer adiós que el alma diera al cuerpo al partir al seno del Eterno.

Así acabó su mísera existencia la hermosa y angelical Ernestina de Toledo.

¡Oh celeste criatura! recibe allá en la mansión en donde moras, las lágrimas que hemos vertido al contar tu desventurada historia!

La carta que redujo á cenizas la toledana momentos antes de morir, era la misma que Alfredo le escribió un mes más tarde de aquella hora fatal en que, yendo de Quito á Colaisa, recibió en el camino aquella otra de Ernestina.

Pues una noche se dejó ver Alfredo en una loma que dominaba á Colaisa. Fue su aparición postrera en tierra habitada por cristianos. Sin duda esto lo hizo en momentos de lucidez, que días antes le vieron loco de remate por las faldas del Cotopaxi, ahuyen-



tando á los pastores y durmiendo en una cueva.

En esa loma le vieron taciturno y tempestuoso devorando con ojos de fuego la casa de Ernestina. Su cerebro era una fragua y sus encontrados pensamientos giraban en torbellino en su cabeza.

—¡Te amo, Ernestina, te amo!!! gritó como un león de repente.

Y como si hubiera exhalado su alma con ese grito de desesperación, permaneció inmóvil y mudo como un petrificado. Por el sudor de las sienes y ese torvo mirar, por el desorden de su abultada y crespa cabellera, se comprende cuánta era su agitación interior en ese instante. Una ave nocturna pasó por sobre su cabeza, pero él como si fuera de piedra no sintió nada. Más de una hora permaneció en esa actitud, inmóvil, como un cedro azotado fieramente por impetuoso huracán.

A esa loma había subido después de escribir una carta, aquella misma cuyas cenizas debían volar más tarde por las riberas del Támesis. Al pie de esa loma había una cabaña, adonde le vieron acercarse al taciturno Alfredo cual negra sombra en medio de la penumbra de la noche. En dicha cabaña á la luz de un mechero, escribió la mencionada carta, última de su vida: despertó á un in-

dio anciano que allí dormía, le dio dinero y le entregó la bien cerrada carta, rogándole encarecidamente que con el mayor cuidado la llevase á su destino.

Ignoramos lo que en ella decía, pues sólo uno que otro rasgo hemos llegado á conocer con la mayor casualidad:

“¡Me voy mañana! dice en esa carta. Adónde? no lo sé, sólo sé que parto para siempre del lugar donde murieron todas mis ilusiones. ¡Quizá una flecha encuentre por allá que me cure estas heridas que me matan! quizá las fieras de los bosques me den la vida abriéndome las entrañas! Me vestiré de pieles, me alimentaré de yerbas. Dicen que huyendo me curaré . . . Todo lo sé, Ernestina, todo lo sé . . . Tu padre! . . . Adiós Ernestina: ya no volverás á ver en carnes mortales á tu Alfredo. Me voy á donde nunca más oigas mi nombre, ¡te amo, Ernestina, te amo! Es media noche, y la hora fatal de mi partida llega; al rayar el alba ya habré partido. ¡Adiós Ernestina para siempre! . . . ”

Partiendo desde esa noche, son muy vagas las noticias que acerca de él hemos podido recoger. Lo que se sabe de fijo es que de la loma de Colaisa se hundió en las selvas orientales. Había perdido la razón, según hemos insinuado,

mas no le venía la locura sino á tiempos. Y cuando le acometía, era su tema llamar á grandes voces á Ernestina. Ernestina! repetía entonces el eco de las cavernas. Ernestina! repetía el viento en las copas de los árboles, y el nombre de Ernestina resonaba como un trueno en los ríos y montañas. Había aprendido la flauta del dios Pan, que llamamos *ron-dador*, y tocaba en él *yaravíes* y *sanjuanitos* con tal expresión y sentimiento, que las gentes que andaban por allí en busca de caucho y quina, que conocían su historia, lloraban conmovidos de verle en tal estado.

¡Inerta Ernestina áun la buscaba Alfredo en nuestras selvas!

Como no era loco furioso, podían conversar con él, y un día le preguntaron que por qué andaba tanto.

—Voy en busca de Ernestina, respondió.

Tres años más tarde, otros le preguntaron que hacía por allí.

—Busco á Ernestina, dijo, y no la encuentro.

Y bajando la cabeza, como quien trata de recordar algo, prosiguió:

—Yo la vi un día, no há mucho que la vi . . . era una noche, cuando un lucero entraba detrás de

una montaña oscura, y yo tocaba en el valle la flauta . . .

—De dónde eres?

—Soy nacido en Granada.

—Cuál es tu nombre?

—El Moro: las gentes de aquí no con otro nombre me conocen, y cuando me llaman para darme de comer, no me llaman de otro modo.

Un día, conversando entre sí dos exploradores de caucho, decía el peón á su amo:

—¿Ha visto usted el loco estos días?

—No me hables de él, respondió el otro, porque me da pena verle.

—Qué viejo está! no es verdad?

—Ni es para menos la vida que lleva el infeliz: comiendo mal, durmiendo á toda intemperie . . . Y si hubieras visto con qué desprecio le sirvió ayer la comida en una piedra la Dolores, la hija de tu paisano!

—Dicen que el amor de una mujer le ha puesto así.

—Por eso me da más pena. ¡Yo amé también un día! . . . Era una mujer que de lejanas tierras vino acompañada de su consorte: vino, y como un cazador certero, me hirió en el corazón, y se fue . . .

La última vez que á Alfredo le vieron fue en la segunda mitad del siglo pasado: estaba ya enju-

to de carnes y casi desnudo, con barba larga y cana, descompuesto el cabello, que le bajaba hasta los hombros.

Traía terciada una bolsa de cuero.

Atravesó una pradera en una playa, y desapareció entrándose por los árboles tocando el rondador.



# NOTAS

---

## 1

(Pág. 60)

Esta carta se ha perdido



## 2

(Pág. 61)

Desgraciadamente se nos ha perdido dicho manuscrito.

## 3

(Pág. 133)

Quito, la ciudad de nuestros días, es muy otra de la del tiempo de Alfredo, y el ecuatoriano que no la conoce, se engañará con mucho al verla con los ojos del joven granadino.

Esos Turubambas, esa cuesta de Tambillo, ese Cutunlagua, tan peligrosos entonces para el caminante de á pie y más aún para el de á caballo, se han convertido ahora en la hermosa carretera de García Moreno, y el suelo inmediato, en

pastos succulentos, donde pace el ganado en abundancia, gracias á lo cual vemos introducir diariamente á la ciudad espesa y sabrosa leche en numerosas recuas.

El temido Machángara antiguo se ha vuelto ahora en el más ameno valle que imaginarse puede. Que lo digan sinó los paseantes, que ahora á pie, ahora en coche, en automóvil ó velocípedo, van de Quito á las quintas de la Magdalena y Ohillo Gallo por las faldas del Panecillo. Con frecuencia les he visto detenerse en el tránsito á contemplar desde esas alturas los hermosos paisajes que ostenta el Machángara: Desde luego el vasto monasterio de la Recoleta con sus jardines por un lado y sus árboles sombríos que se dilatan hasta el despeñadero; con su plaza triangular por el otro, donde los muchachos juegan á la pelota los días festivos; adornada de lindas casas, de la capilla de la Virgen de la Escalera, y una estatua y una fuente en medio, donde acuden á coger agua las mozas. Detrás de lo cual se extiende un laberinto de lomas, cerros y quiebras por donde el río se precipita. Frente al monasterio, á la derecha del río, álzase sobre un promontorio la pintoresca quinta de Luluncoto. Entre las dos alturas se extiende el valle del Machángara con su hermoso

punte adornado de pretilos y galerías, cuyos ojos se distinguen al través de los árboles. Del fondo de esa profundidad salen columnas de humo y cien ruidos diferentes, de grandes golpes de agua, de molinos aquí, de fábricas de tejidos allí, de fundición acullá; y de la algazara de los muchachos bañistas, que desde el trampolín se arrojan de cabeza en ese vasto y hermoso estanque de los baños del Sena. Entre estos ruidos se distinguen también el golpear de las lavanderas la ropa contra las piedras y aquel otro del hacha dentro de los bosquesillos. Mientras los oídos escuchan estos múltiples sonidos, los ojos se recrean en esa variedad de objetos y en el reposo de unas vacas que como pensativas se dejan estar recostadas en los prados.

¿Pues las profundas quebradas que vio Alfredo en la ciudad? Ya no se ve hoy en día más que la de Jerusalén, (\*) y aún ésta sólo á

---

(\*) De la primera á la segunda edición de este libro, Jerusalén ha sufrido una gran transformación; en la obra de cal y canto de esa ancha y profunda quebrada de muchas cuadras de extensión, hemos visto hasta mil trabajadores diarios. Ya Quito escucha conmovida los barretazos que en sus cercanías están dando los yanquis que nos traen el Ferrocarril del Sur. En este año veremos llegar la locomotora á Quito y mudarse Jerusalén en la hermosa "Avenida del 24 de



trechos, pues que en ella están los más gigantescos puentes de Quito; uno de los cuales, en obra todavía, bien pronto quedará terminado sobre muros y arcadas de mampostería, cuyas piedras se traen de nuestras inagotables canteras en los contornos de la capital.

La aproximación del ferrocarril se anuncia moral y materialmente en la reina del Pichincha. La ciudad de donde salió el primer periódico ecuatoriano y el primer grito de la Emancipación latinoamericana, llamada está sin duda á ser una de las más notables de todo el Continente. El periodismo de hoy día es sin ejemplar en los anales de Quito, á lo menos por lo que toca al número de periódicos, como diarios, hebdomadarios y revistas quincenales y mensuales, si bien cuanto al contenido de ellos habría mucho que decir, porque si bien es cierto que algunos honran la cuna de Espejo y de Mejía el Mirabeau americano, en cambio hay otros estériles y aun nocivos, que sólo destilan ponzoña, al paso que revelan muy escaso caudal de conocimientos, como que para insultar no se requiere ciencia. Multiplíquense diariamente bibliotecas y librerías y co-

---

Mayo", que se extenderá al pie de los riscos donde Sucre alcanzó en esa fecha la victoria de Pichincha.

mienza la creación de museos. No há muchos años, casi todas las calles de Quito estaban cruzadas de acequias inmundas, que hacían imposible el tránsito de carros. Ahora, ni una sola. Y los numerosos coches y automóviles, toda suerte de carruajes, no menos que las diversiones públicas como las carreras de caballos, las corridas de toros á la española, aumentan considerablemente la animación de la ciudad, muerta en los días que pasó por aquí el granadino. Que entonces no había ni un teatro, ni conservatorio de música, ni jardines públicos, ni hermosas lagunas. Dudo que en tiempo de Alfredo haya habido casas de dos pisos, y si las hubo, serían rarísimas, siendo como eran casi todas de á pie llano, y algunas cubiertas de paja, de que apenas se nos ha conservado la memoria. Ahora las de tres pisos abundan, en las cuales las anchas y toscas puertas y ventanas antiguas se han mudado en las altas y esbeltas que vemos hoy día, según el gusto moderno inspirado en los principios estéticos del verdadero arte clásico. La cal y los colores chillones van desapareciendo de las fachadas, que están tomando un aspecto marmóreo. Pues aunque el material de las construcciones sea el ladrillo y la piedra ordinaria,

parecen construidas muchas de ellas, á juzgar por la apariencia, de jaspe, pórfido ó granito, cuando no de blanco mármol. En buen número de casas, los patios como las plazas públicas están adornadas de plantas, y algunas, de surtidores. Aquí como en Sevilla da gusto mirar al paso de noche al través de los zaguanes, algunos interiores donde las plantas parecen arrojar de sí grandes y vistosas flores de vivísima luz. Es el arte que ha invadido los dominios de la electricidad. Las quiteñas, como las turcas y las francesas, son muy amantes de las flores, y vemos flores por todas partes, en los comedores, en los patios, en las ventanas y en las salas adonde han penetrado también las plantas verdes. En algunas casas de Quito, el lujo y adorno de los salones revela en sus dueños un buen gusto refinado. No hay en Quito escultores-ebanistas á lo Boule, mas por las preciosas muestras que tenemos á la vista, se comprende cómo nuestros trabajadores en maderas finas no han menester sino escuela para desenvolver ese admirable talento artístico de que naturaleza les ha dotado.

La ciudad, lejos de ser reducida como en tiempo de Alfredo, extiende ahora sus cien brazos en

todas direcciones, si por entre las colinas, si por encima de ellas, y las torres y cúpulas y palacios se levantan atrevidas sobre grandiosas bóvedas de cal y canto, que cubre los barrancos.

No será por demás rectificar al paso un ligero error que se advierte en el Diccionario Enciclopédico editado en la Casa Montaner y Simón de Barcelona, en el cual, en uno de los grabados de la voz "Quito", la plaza de San Francisco, donde se ve la iglesia del mismo nombre, se llama equivocadamente "Plaza de la Catedral", siendo ésta otra muy diversa donde se alzan el Palacio del Gobierno, la Catedral y otros palacios monumentales.

Oierto que las quiteñas en todos tiempos han sido hermosas, y en esto estoy en un pensamiento con Alfredo; pero no en todos tiempos elegantes, pues años atrás no era raro verlas, cual difuntos andantes, embosadas hasta los ojos en unos como negros y largos sudarios. ¡Cómo corren los tiempos, y con ellos las costumbres! Las quiteñas de nuestros días, á Dios gracias, son unas reinas en el andar, unas parisienses en el vestir. Da gusto verlas esos pechos levantados y esas cabezas erguidas, soberbias de su propia gentileza. Hasta las chiquitas nos encantan.

Cuando Alfredo, es probable que no hayan usado medias señoras ni señoritas, puesto que no hace mucho muy pocas las traían, según testigos de vista me lo han contado, y cuando sí, eran blancas ó coloradas. Ahora, la media negra, el guante blanco son el lujo de la quiteña.

Las muchachas que no andan en cuerpo y están reñidas todavía con el sombrero de las francesas, usan unos mantones de punto tan transparentes y vaporosos que dejan entrever las graciosas formas de su cuerpo. Y con tal gracia los traen que parecen unas griegas, pues no de otra suerte andaban las helenas de Beocia, si es verdad que son una copia ó reflejo de sus costumbres esas lindas figuritas de Tanagra, que se admiran en los museos de Europa.

En las procesiones públicas, cuando alguna vez las hay, ya no se ven en los balcones esas coberturas de cama, que sacaban orgullosas las señoras principales por ostentar sus ricos forros de seda. En lugar de estos gruesos cobertores, que malamente han dado algunos en llamar edredones, se emplean ahora blanquísimos y delicados lios y lindos y caprichosos festones.

Este reflujamiento en el buen gusto que se observa en Quito, se

debe sin duda alguna á las vías de comunicación que día á día se van abriendo, merced á las cuales entran los pueblos de la Sierra en comunicación con el exterior del país. Las inmigraciones que el gobierno trata de provocar á nuestras inexploradas selvas del Oriente, acabarán por ensanchar nuestra esfera de acción, y la actividad humana en el Ecuador llegará bien pronto á ser vertiginosa, gracias á las riquezas naturales del país y á los otros elementos de progreso.

Y el Ferrocarril del Sur, el imposible vencido, que puede considerarse como el esfuerzo épico del patriotismo, es el verdadero precursor de la grandeza ecuatoriana. Gloria exclusiva del Partido Liberal, ~~y más exclusiva aún de su digno Caudillo Eloy Alfaro.~~ (\*)

~~Si las generaciones presentes no cumplen con su deber, cumplirán las por venir levantando una es-~~

(\*) A esta obra gigantesca podemos añadir ahora el ferrocarril del Curaray, del cual ha sido el alma nuestro amigo D. Luis Martínez desde la administración del General Plaza; ~~obra que ha merecido en el día el más eficaz apoyo del Gobierno del General Alfaro.~~ Este ferrocarril que si no es tan difícil como el del Sur, es igual y acaso lo supera en las trascendentales consecuencias para el futuro engrandecimiento de la República, pondrá en rápida comunicación intelectual y comercial el Brasil, el Perú y el Oriente ecuatoriano con el Océano Pacífico, y en consecuencia con la América del Norte.

*sucesio  
lo contra  
rio*

~~tatua á este Caudillo infatigable,  
en reconocimiento de su obra  
maestra.~~

Todo contribuye ahora al desarrollo moral y material del país. Esa libertad absoluta de imprenta de que gozamos todos con el Partido liberal, es un verdadero timbre de gloria para todos los que pertenecemos á él.

Libertad en sus múltiples manifestaciones, es nuestro lema: libertad de pensamiento, libertad de conciencia, libertad en todas las esferas de la actividad humana. Ya hemos conquistado algunas, y estamos en camino, en nuestra lucha, de extender hasta las masas populares las ya conquistadas, y de conquistar las que todavía nos faltan. Sin libertad no hay ciencia, sin libertad no hay arte, y sin ella no es posible llegar al conocimiento del verdadero Dios. En una palabra, donde reina el fanatismo y la superstición, donde yacen esclavos el pensamiento y la conciencia, reina la ignorancia, y todo progreso es imposible, y la moralidad se convierte en mogigatez ó hipocresía.

En este tiempo que hay garantías para todos, para propios y extraños, ya podemos envanecernos de que el extranjero no tendrá ese horror que antes tenía á nues-

tro suelo: antes al contrario, se verá atraído á él por las riquezas inagotables de que la madre naturaleza nos ha colmado. El Ecuador es uno de los países más privilegiados del globo por su belleza, por sus riquezas minerales y vegetales y por sus grandes y numerosos ríos navegables.

Más arriba hice mención del Conservatorio Nacional de Música. Una palabra más sobre tan importante asunto, y habré concluído: Del fundado por García Moreno apenas han llegado hasta nosotros las noticias: débese el que tenemos al general Alfaro, y el incremento que día á día va tomando es en verdad consolador. (\*) Los quiteños van comprendiendo la alta importancia de esta escuela. En los pueblos civilizados la miran como á un verdadero templo adonde no deben entrar sino los ungidos del Señor. Y con razón. Sin estos artistas subalternos ¿de qué nos aprovecharía el que la humani-

---

(\*) Ahora repetimos esto con mayor convicción todavía. El Ecuador se enorgullece de contar entre sus hijos con verdaderos talentos para la música: el público de Quito ha gozado ya más de una vez de conciertos de violín, de flauta, de violoncelo, ejecutados por los discípulos del Conservatorio. No pasará mucho que tendremos una orquesta nacional, pues á este fin se encaminan los esfuerzos del eminente Director de dicha Escuela, nuestro amigo D. Domingo Brescia.



dad haya dado de sí esos genios que con nombre de Gounod, de Rossini, de Beethoven están llenando el mundo con su fama? Una obra literaria, por alta y difícil que sea, cualquiera puede leerla de por sí y comprenderla, si este cualquiera tiene inteligencia y corazón. ¡Pero cuánto más no se comprende á un Dante, por ejemplo, al leerle á través del alma de un Doré! Una ópera no está en las manos de todos leerla, y de toda necesidad se necesita de fieles intérpretes que nos muestren sus primores: estos intérpretes salen de los conservatorios de música. Europa los tiene á millares. Colonne, Lamoureux, Niskisch son esos sacerdotes del genio, esos intermediarios entre el dios de las artes y los profanos. Aquí no hacemos todavía todo el aprecio que hacer se debe de ellos, por creernos caudorosamente que la zarzuela nos basta. (\*) “Aquí pega mejor la zarzuela; nos gusta más la zarzuela” oigo por todas partes. ¡Pero es porque lo habéis penetrado en esas regio-

---

(\*) La Compañía de Opera, que no ha mucho vino á esta capital, nos ha convencido de las felices disposiciones de que está dotado el público quiteño para comprender las bellezas que encierra el drama musical. Se han disputado los asientos cuando se ha tratado de representar Rigoletto ó la Gioconda, Carmen ó el Fausto, Aida ó la Africana; y más de una vez lo hemos visto llorar.

nes nuevas y misteriosas de la armonía! ni os habéis saboreado aún en esos divinos efluvios de poesía y sentimiento, que emanan á torrentes de las obras de los grandes maestros! Quando oigáis el triste llanto del violín, y al solemne y pontifical bajón, y al cavernoso contrabajo; la voz melancólica y agreste del oboe, y esos gritos sobrehumanos y satánicos del trombón, y esos clamores horrendos del clarinete . . . , cuando escuchéis todo esto estremecidos, entonces comprenderéis la alta y soberana misión del drama musical, y que la orquesta ocupa el lugar de la familia humana, y que sus voces son nuestros gritos interiores, el lenguaje de todas las pasiones. Porque así como la inteligencia habla á la inteligencia por medio de la palabra, así el corazón habla al corazón por medio de los instrumentos musicales. La zarzuela es una brisa preñada de aroma, que os acaricia el rostro blandamente y os hace sonreír con voluptuosa alegría: las grandes composiciones, son tempestades de viento y rayos que azotan furiosas el corazón humano. Madres, hijas, amantes, todas las que tenéis sensibilidad, todas las que padecéis tormento ¡con cuánta pasión lloraríais y con qué gratitud veríais

á esos hombres superiores, que habiendo padecido tanto, han sabido por lo mismo interpretar tan bien á la humanidad doliente! Padres, lloraréis con Lotario en Mignon; madres, os experimentaréis en el Profeta cuán terrible y amargo es para una madre verse negada tan cruelmente del hijo de sus entrañas; y vosotras las jóvenes ardientes, os enterraréis vivas en Aida, á lo meos en espíritu, con vuestro amante desgraciado, si os amáis con la vehemencia de esa etíope apasionada.

¡Adelante pues discípulos del Conservatorio! noble es vuestra misión, y digna de un pueblo culto. No temáis murmuraciones de gentes frívolas vosotras las señoritas sobre todo: que la inteligencia, que sabo abrirse paso por entre las preocupaciones, ha de salir vencedora en esta nueva lucha, y entonces veréis con orgullo entrar en esta Escuela, con el respeto que á un templo, talentos esclarecidos de todas las escalas sociales.

#### 4

(Pag. 134)

Reduciéndome al Ecuador, confieso que he estado en algunos

pero no en todos los puntos por donde anduvo Alfredo. Conozco verbigracia los Colaisas de Latacunga, igualmente que el Quilotoa, donde logré descender á las salobres aguas del fondo. Pero no conozco todos, lo repito, y en lo que no conozco no puedo responder de la exactitud de las descripciones hechas por Alfredo, en lo cual serán jueces competentes tan sólo aquellos que han tenido la fortuna de andar por tan bellas regiones.





E0040108